ALBERT PIKE

Moral y Dogma

del rito Escoces Antiguo y Aceptado



LOGIA DE PERFECCIÓN

(Grados 4 a 14)

Traducción de
Alberto Moreno Moreno



LBERT PIKE

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados cuatro a Catorce
(LOGIA DE PERFECCIÓN)

Traducción:
Alberto Moreno Moreno

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados cuatro a Catorce
(Logia de Perfección)

Serie Azul

Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección)
Albert Pike

editorial masonica.es®
Serie Azul (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

EntreAcacias, S. L.
Apdo. Correos 32
33010 Oviedo
Asturias (España)
Teléfono: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: septiembre, 2009

ISBN edición impresa: 978-84-937392-7-0
ISBN edición digital: 978-84-937392-6-3

Edición digital

Esta traducción está dedicada
a mis padres Alberto y Francisca
ALBERTO MORENO MORENO

Moral y Dogma

del

Rito Escocés Antiguo y Aceptado

de la

Francmasonería

Grados de cuatro a catorce

(Logia de Perfección)

Albert Pike

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

Traducido al español
por

Alberto Ramón Moreno Moreno
(septiembre de 2009)

Este volumen contiene los capítulos 4 a 14 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro),* publicado en marzo de 2009 por MASONICA.ES (www.masonica.es) con ISBN 978-84-937078-2-8.

IV

Maestro Secreto

La Masonería es una sucesión de alegorías que no son sino meros vehículos de grandes lecciones de moralidad y filosofía. Apreciarás en mayor grado su espíritu, objeto y propósitos según avances en los distintos grados, que descubrirás como un vasto sistema, completo y armonioso.

Si has quedado decepcionado con los tres primeros grados, *tal y como los has recibido*, y si te ha parecido que los resultados no han estado a la altura de lo prometido, que las lecciones de moralidad no son nuevas, que la instrucción es rudimentaria y que los símbolos son explicados de manera insuficiente, recuerda que las ceremonias y lecciones de esos grados han ido abreviándose y cayendo en la mediocridad durante siglos para acomodarse a la con frecuencia limitada memoria y capacidad del Maestro Instructor así como al intelecto y necesidades del Alumno Iniciado. Recuerda que nos llegan de una época en que los símbolos se empleaban, no para revelar, sino para ocultar; cuando el aprendizaje más común era reservado para una selecta minoría y los más sencillos principios de moralidad parecían verdades recién

descubiertas. Y que esos grados antiguos y sencillos ahora aparecen como las columnas derruidas de un templo druídico sin techo, en su tosca y mutilada grandeza. Igualmente, muchas partes han sido corrompidas por el tiempo o desfiguradas por adiciones modernas e interpretaciones absurdas. Estos primeros grados no son sino la entrada al gran Templo Masónico, la triple columnata del pórtico.

Has dado el primer paso a través de su umbral, el primer paso hacia el santuario interior y corazón del templo. Te encuentras en el sendero que conduce a la cima de la montaña de la Verdad, y depende de tu discreción, obediencia y fidelidad que avances o permanezcas detenido.

No imagines que te convertirás en un masón tan solo aprendiendo lo que comúnmente se denomina "el trabajo", o sencillamente por familiarizarte con nuestras tradiciones. La Masonería tiene una historia, una literatura, una filosofía. Sus alegorías y tradiciones te enseñarán mucho, pero es mucho también lo que debe ser buscado en otras partes. Las corrientes de conocimiento que ahora corren rebosantes y amplias deben ser remontadas hasta sus manantiales en las fuentes que brotan en el pasado remoto, y allí hallarás el origen y significado de la Masonería.

Unas escasas lecciones de arquitectura, unas pocas máximas de moralidad admitidas universalmente y algunas tradiciones menores cuyo significado real es desconocido o malinterpretado, no satisfarán a aquel que busca la verdad masónica con seriedad. Permitid a quien se contente con estas que no pretenda ascender más alto. Pero aquel que desee comprender las proporciones armónicas y hermosas de la Masonería debe leer, estudiar, reflexionar, seleccionar y discernir. El verdadero masón es un ardiente buscador del conocimiento, y él sabe que tanto los libros como los antiguos símbolos de la Masonería son naves que descienden colmadas con las riquezas intelectuales del pasado y que en la carga de estos bergantines viajeros es mucho lo que arroja luz sobre la historia de la Orden y justifica su pretensión de ser reconocida como benefactora de la humanidad, nacida en la misma cuna de la raza humana.

El Conocimiento es el más genuino y real de los tesoros humanos, pues es Luz, como la Ignorancia es Oscuridad. Es la esencia del desarrollo del alma humana, y la adquisición de Conocimiento hace crecer el alma, que en el nacimiento no conoce nada y por lo tanto, en cierto sentido, puede decirse que no es nada. Es la semilla que

tiene la capacidad de crecer, de adquirir Conocimiento, y al adquirirlo de desarrollarse, como la semilla se transforma en el brote, la planta y el árbol. “No necesitamos detenernos en el argumento común de que por el aprendizaje el hombre supera al hombre en aquello en que el hombre supera a las bestias; que por el aprendizaje el hombre asciende a los cielos, a la esfera divina, donde no puede llegar corporalmente, y a sus motivaciones. Más bien contemplemos la dignidad y excelencia del conocimiento y el aprendizaje en aquello a que la naturaleza más aspira, que es la inmortalidad o continuidad. Pues a esto tiende la generación, la construcción de casas y la creación de familias; a esto tienden los edificios, los cimientos y los monumentos; el deseo de memoria, fama y celebración, y en efecto la fuerza latente en todos los demás deseos.” Que nuestra influencia nos sobreviva y sea una fuerza viva cuando estemos en nuestras tumbas; y no solamente que nuestros nombres sean recordados, sino más bien que nuestros trabajos sean leídos, se hable de nuestros actos, nuestros nombres sean mencionados cuando estemos muertos, como evidencias de que esa influencia permanece y gobierna, rige y controla alguna porción de la humanidad y del mundo, esta es la aspiración del alma humana. “Entonces

vemos cuánto más duraderos son los monumentos del genio y el aprendizaje que los monumentos del poder o de labores manuales. Pues ¿no han continuado los versos de Homero veinticinco siglos o más sin la pérdida de una sola sílaba o letra, tiempo durante el cual infinitos palacios, templos, castillos y ciudades han decaído y han sido demolidos? No es posible tener las verdaderas imágenes o estatuas de Ciro, Alejandro o César, no, ni de los reyes o grandes personajes de épocas muy posteriores; pues los originales no pueden durar, y las copias no pueden sino perder vida y verdad. Pero las imágenes del genio y conocimiento humanos permanecen en libros, exentas del perjuicio del tiempo y susceptibles de renovación perpetua". Tampoco es correcto llamarles imágenes, pues todavía son generatrices e implantan su semilla en la mente de otros, provocando y causando infinitas acciones y opiniones en los tiempos venideros; de forma que si la invención del barco fue considerada tan noble, pues lleva riquezas y bienes de lugar a lugar, y conecta a las más remotas regiones para participar en común de los frutos, cuánto más hay que exaltar las letras, que, como los barcos, navegan a través de los vastos océanos del tiempo y hacen que épocas muy distantes participen de la sabiduría, ilustración e

invenciones, las unas de las otras.

Aprender, adquirir conocimiento, ser sabio, es una necesidad para toda alma verdaderamente noble; enseñar, comunicar ese conocimiento, compartir esa sabiduría con los otros y no esconder ese patrimonio bajo llave ni poner un centinela para ahuyentar al necesitado, es igualmente un impulso de naturaleza tan noble como el más meritorio trabajo humano.

“Había una pequeña ciudad”, dice el Predicador, el Hijo de David, “y pocos hombres dentro de ella; y llegó un gran Rey y la asedió, y construyó grandes catapultas contra ella. Pero resultó que había un hombre pobre y sabio, y gracias a su sabiduría salvó la ciudad; y sin embargo nadie recuerda a ese pobre hombre. Y aunque la sabiduría es mejor que la fuerza, la sabiduría de ese hombre fue despreciada y sus palabras no fueron escuchadas.” Si te aconteciese, hermano mío, que prestases un buen servicio a la humanidad y fueses recompensado con la indiferencia y el olvido, no te descorazones, recuerda el posterior consejo del sabio Rey. “Por la mañana siembra la semilla, y por la tarde no ocultes tu mano, pues no sabes cuál prosperará, si esta o esta otra, o si las dos serán igual de buenas.” Planta tu semilla sin importar quién la siegue. Aprende que puedes ser capaz de hacer el

bien, y hazlo porque es lo correcto, encontrando en el mismo acto suficiente premio, recompensa y retribución.

Alcanzar la verdad y servir a nuestros semejantes, a nuestra nación y a la humanidad, este es el más noble destino del hombre. En lo sucesivo y durante toda tu vida este debe ser tu objetivo. Si deseas perseverar en él, ¡adelante! Si tienes otros propósitos menos nobles y te contentas con un vuelo menos elevado, ¡detente! Deja a otros escalar las alturas y a la Masonería completar su misión. ¡Si vas a avanzar, prepara tu hígado para la lucha! Pues el camino es largo y laborioso. El placer, siempre atractivo, te llamará por una parte, y por otra la indolencia te invitará a dormir entre las flores. ¡Prepárate, por el secreto, la obediencia y la fidelidad a resistir los encantos de ambos!

El Secreto es indispensable en un masón sea cual sea su grado. Esta es la primera y casi la única lección enseñada al Aprendiz Entrado. Las obligaciones que hemos asumido cada uno hacia todo masón vivo nos requieren la puesta en práctica de los más serios y onerosos deberes hacia esas personas que son desconocidas para nosotros hasta que solicitan nuestra ayuda, y deben ser cumplidas incluso a riesgo de la propia vida, o nuestros solemnes juramentos serían rotos

e incumplidos, y seríamos tachados de falsos masones y hombres indignos de confianza; y esas obligaciones nos enseñan cuán profunda locura sería entregar traicioneramente nuestros secretos a aquellos que, no ligados a nosotros por ningún lazo de obligación mutua, al obtenerlos podrían reclamar nuestra ayuda en caso de extrema necesidad, cuando la urgencia de la ocasión no nos concede tiempo para averiguaciones y el perentorio mandato de nuestra obligación nos obliga a cumplir nuestro deber de hermano con un indigno impostor.

Los secretos de nuestro hermano, cuando nos son comunicados, deben ser sagrados, si son de tal clase que la ley de nuestra nación nos permite que lo sean. No estamos obligados a guardar ningún secreto si es contrario a una ley que sea una verdadera ley, es decir, que haya emanado de la única fuente de poder, el Pueblo. Ante los edictos que emanan únicamente de la voluntad arbitraria de un poder despótico, contrario a la Ley de Dios o a la Gran Ley de la Naturaleza, o destruyen los derechos inherentes al hombre, o que violan la libertad de pensamiento, la libertad de discurso o la libertad de conciencia, es legítimo rebelarse en contra y luchar por derogarlos.

Pues la obediencia a la Ley no significa

sumisión a la tiranía, ni que, por un disoluto sacrificio de cada noble sentimiento, debamos ofrecer al despotismo el homenaje de la adulación. Con cada nueva víctima que cae, podemos elevar nuestra voz en una adulación cada vez más audible. Podemos caer ante los orgullosos pies, podemos mendigar, como beneficio, el honor de besar la mano ensangrentada que ha sido levantada contra los indefensos. Podemos hacer más: podemos traer el altar y el sacrificio, e implorar a Dios que no ascienda demasiado pronto al Cielo. Esto podemos hacer, y de ello da cuenta el triste recuerdo de lo que seres de forma y alma humana ha hecho. Podemos dominar nuestras lenguas para que hablen falsedades, y nuestras facciones para que se acomoden al semblante de apasionada adoración que deseamos mostrar, y nuestras rodillas caerán postradas. Pero no podemos dominar nuestro corazón. Ahí la virtud tiene todavía una voz que no puede ser ahogada por himnos ni aclamaciones. En él, los crímenes que laudamos como virtudes son todavía crímenes, y aquel a quien hemos hecho un dios es el más desdeñable de la especie humana; si, desde luego, no nos sentimos nosotros que somos aún más despreciables.

Pero esa ley que es la expresión justa de la

voluntad y juicio del pueblo, representa a todos y cada uno de los individuos. Acorde a la ley de Dios y a la gran Ley de la Naturaleza, acorde al derecho puro y abstracto pero temperada por la necesidad e interés generales -en tanto contrapuesto al interés privado de los individuos-, esa Ley es obligatoria para todos, pues es la obra de todos, la voluntad de todos, el solemne juramento de todos, ante el cual no hay apelación posible.

En este grado, mi hermano, debes especialmente aprender el deber de la obediencia a esa ley. Hay una ley verdadera y original, conforme a la razón y a la naturaleza, que impregna todo, invariable, eterna, que llama al cumplimiento del deber, a abstenerse de la injusticia, y llama con una voz irresistible que se siente en toda su autoridad donde quiera que es escuchada. Esta ley no puede ser abolida o menoscabada, o sus sanciones alteradas por ninguna ley humana. Todo un senado, todo un pueblo, no pueden disentir de esta obligación suprema. No requiere comentador para volverse claramente inteligible, ni significa una cosa en Roma y otra en Atenas, ni una cosa ahora y otra en los tiempos venideros; sino que en todos los tiempos y en todas las naciones es, ha sido, y será una y eterna; una como que Dios, su gran Autor y Promulgador, Soberano Común de toda la

humanidad, es Él Mismo Uno. Ningún hombre puede desobedecerla sin traicionar su propio albedrío y repudiar su propia naturaleza; y en este mismo acto él infligirá sobre sí mismo el más severo y justo de los castigos, aunque escape de lo que se considera terrenalmente como castigo.

Es nuestro deber obedecer las leyes de nuestro país, y cuidar de que ni el prejuicio o la pasión, la imaginación o el afecto, el error y la ilusión sean confundidos con la cordura. Nada es más habitual que pretender sensatez en todas aquellas acciones del hombre que son públicas y por lo tanto no pueden ser ocultadas. Los desobedientes rehúsan someterse a las leyes, y en muchas ocasiones simulan ser juiciosos; y así la desobediencia y la rebelión se convierten en una cordura en la que no hay ni conocimiento ni fe, ni verdad ni caridad, ni razón ni religión. La sensatez está unida a las leyes. El Derecho o la Conciencia cierta es la verdadera razón llevada a la práctica y dirigiendo actos morales, mientras la Conciencia perversa se basa en la imaginación o en los afectos –un cúmulo de principios anómalos y defectos- y es a la sensatez y la conciencia lo que la deformidad es al cuerpo o la irritabilidad es a los afectos. No es suficiente con que la Conciencia sea enseñada por la naturaleza, sino que debe ser enseñada por Dios, conducida por la razón, hecha operativa por

el discurso, inspirada en la elección, instruida por las leyes y por sobrios principios; y entonces es correcta, y puede ser cierta. Todos los principios generales de la justicia son leyes de Dios, y por lo tanto constituyen las reglas generales de gobierno de la Conciencia; pero la necesidad también tiene mucho que decir en el arreglo de los asuntos humanos y en la disposición de las relaciones y leyes humanas. Y esas ideas generales, como un gran río que se divide en pequeñas corrientes, se transforman en riachuelos y regueros por la Ley y la Costumbre, por las sentencias y los acuerdos de los hombres, y por el despotismo absoluto de la necesidad, que jamás permitirá que ni una justicia perfecta y abstracta ni la equidad sean los únicos criterios de gobierno civil en un mundo imperfecto; pero ese imperativo debe reflejarse en leyes que sean lo más beneficiosas posibles para el mayor número posible de ciudadanos.

Cuando eleves un juramento ante Dios, cúmplelo con presteza. Más vale no jurar que jurar y no cumplir. No seas ligero con tu boca, y no permitas a tu corazón ser precipitado en pronunciar nada ante Dios, pues Dios está en el Cielo, mientras que tú estás en la Tierra; por ello haz que tus palabras sean pocas. Sopesa bien el alcance de tu promesa, pero una vez que la promesa y el

juramento han sido dados recuerda que el que es desleal con sus compromisos es desleal a su familia, a sus amigos, a su país y a su Dios.

Fides servanda est: la fe siempre debe ser mantenida en las dificultades, era una máxima y axioma incluso entre los paganos. El virtuoso romano afirmaba: no permitáis a aquello que parece conveniente ser vil, o si fuese vil, no le permitáis parecer conveniente. ¿Qué puede haber en la así llamada conveniencia de valioso, si te priva de tu reputación de buen hombre y te roba tu integridad y tu honor? En todas las épocas, aquel que incumple su palabra empeñada ha sido tildado de indescriptiblemente perverso. La palabra de un masón, como la palabra de un hidalgo en los tiempos de la caballería, una vez dada debe ser sagrada; y el juicio de sus hermanos sobre aquel que viola su juramento debe ser severo como los juicios de los censores romanos contra aquel que violaba el suyo. La Buena Fe es reverenciada entre los masones como lo era entre los romanos, que colocaron su estatua en el Capitolio, junto a la de Júpiter Máximo Óptimo; y nosotros, como ellos, sostenemos que debe escogerse la calamidad antes que la maldad, y como los caballeros antiguos, uno debería morir antes que ser deshonrado.

Sé leal, por lo tanto, a las promesas que haces, a

los compromisos que adquieres y a los votos que asumes, pues faltar a ellos es mezquino y deshonroso. Sé leal a tu familia, y desempeña todos los quehaceres de un buen padre, un buen hijo, un buen esposo y un buen hermano. Sé leal a tus amigos, pues la verdadera amistad no solo tiene por fin el sobreponerse a todas las vicisitudes de la vida, sino el perdurar de forma eterna; ni debe únicamente aguantar el choque de opiniones en conflicto y el rugido de las revoluciones que agitan al mundo, sino perdurar cuando los cielos hayan dejado de existir y manar fresca de las ruinas del Universo. Sé leal a tu país, y antepón su dignidad y honor a cualquier popularidad y honor para ti mismo, mirando por su interés más que por el tuyo propio y prefiriéndolo al placer y aprecio del pueblo, que varían siempre en función de su propio bienestar. Sé leal a la Masonería, que es lo mismo que ser leal a los más elevados intereses de la humanidad. Trabaja, con la enseñanza y el ejemplo, para elevar la calidad del carácter masónico, para aumentar su esfera de influencia, para popularizar sus enseñanzas y aunar a todos los hombres en el Gran Apostolado de la Paz, la Armonía y la Buena Voluntad en la Tierra y entre los Hombres; en el Gran Apostolado de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

La Masonería es útil a todos los hombres: a los ilustrados, porque les da la oportunidad de poner su talento en asuntos eminentemente merecedores de su atención; a los iletrados, porque les ofrece una importante instrucción; a los jóvenes, porque les ofrece sanos preceptos y buenos ejemplos, y les habitúa a reflexionar acerca del modo correcto de vivir; al hombre de mundo, porque le proporciona recreo noble y útil; al viajero, porque le permite encontrar amigos y hermanos en países donde de otro modo se encontraría aislado y solitario; al hombre de valía en la adversidad, pues le proporciona ayuda; al afligido, al que prodiga consuelo; al hombre caritativo, pues le permite hacer aún mayor bien al unirlo con aquellos que son caritativos como él; y a todos cuyas almas son capaces de apreciar su importancia y de disfrutar los encantos de una amistad fundada en los mismos principios de religión, moral y filantropía.

Un masón, por lo tanto, debe ser un hombre de honor y responsable, mirando más por su deber que por cualquier otra cosa, incluso su propia vida. Debe ser independiente en sus opiniones, de buena moral, respetuoso con las leyes, comprometido con la humanidad, con su país y con su familia; debe ser cortés e indulgente con sus hermanos, amigos y todos los hombres

virtuosos, y siempre estar presto a ayudar a sus semejantes por todos los medios en su mano.

De esta manera serás leal a ti mismo, a tus semejantes y a Dios, y de esta forma honrarás el nombre y grado de Maestro Secreto que, como el resto de grados masónicos, se degrada si no es merecido.

V

Maestro Perfecto

El maestro Hiram era un hombre honesto y laborioso, que se entregaba con diligencia a aquello para lo que era contratado, y lo realizaba bien y lealmente. Nunca recibió salario que no fuese el debido. La Laboriosidad y la Honestidad son las virtudes específicamente inculcadas en este grado. Son virtudes comunes y cotidianas, pero no por ello quedan por debajo de nuestra percepción. Al igual que las abejas no aman ni respetan a los zánganos, la Masonería tampoco respeta al holgazán ni a aquellos que viven del cuento; y menos aún a esos parásitos que viven de la picaresca. Pues aquellos que son indolentes probablemente se volverán disipados y viciosos; y la honestidad perfecta, que debería ser característica común de todos, resulta más rara que los diamantes. Realizar seriamente y con diligencia, con lealtad y honestidad lo que tenemos que hacer, quizá esto no merezca, en apariencia, ocupar una gran parte de todo un tratado sobre la Ley Moral; pero incluso en su aplicación más común y diaria estas virtudes pertenecen a la personalidad de un Maestro Perfecto.

La holgazanería es la tumba del hombre vivo, pues un holgazán es inútil para los propósitos tanto de Dios como del hombre, lo que es como estar muerto, despreocupado de los cambios y necesidades del mundo. Él sólo vive para pasar el tiempo y comer los frutos de la tierra. Como una sabandija o un lobo, cuando llega su hora muere y perece, pero mientras tanto no es nada. Ni mueve ni soporta cargas. Todo lo que hace es estéril o perjudicial.

Hay una vasta labor que realizar para el hombre que nunca es perezoso, y es el gran camino que un hombre puede recorrer hasta llegar a la Virtud, si nunca se sale del camino por un hábito vicioso o un gran crimen. San Ambrosio, y siguiendo su ejemplo, San Agustín, dividía cada día en estas *tercias* para su empleo: ocho horas para gastar en las necesidades de la naturaleza y el recreo, ocho horas para la caridad, prestando ayuda al prójimo, ayudando en la solución de sus negocios, reconciliándolos con sus enemigos, reprimiendo sus vicios, corrigiendo sus errores, instruyendo su ignorancia, y despachando los asuntos de su diócesis; y las otras ocho horas se empleaban en el estudio y la oración.

A los veinte años pensamos que la vida es demasiado larga para lo que tenemos que aprender y hacer; y que hay una distancia casi

fabulosa entre nuestra edad y la de nuestro abuelo. Pero cuando tenemos sesenta años, si somos tan afortunados como para llegar a esa edad, o desafortunados, como puede ser el caso, según hayamos aprovechado o malgastado nuestro tiempo, nos detenemos y miramos atrás al camino recorrido y sopesamos e intentamos juzgar nuestra cuenta con el tiempo y lo que hubiésemos podido alcanzar, y encontramos que la vida ha resultado mucho más corta de lo que pensábamos y hemos desperdiciado una buena parte de nuestro tiempo. Entonces, mentalmente, restamos del total de nuestros años las horas que hemos pasado durmiendo innecesariamente; las horas trabajadas cada día, durante las cuales la superficie de la masa flácida del cerebro no ha sido agitada por un simple pensamiento; los días que hemos desperdiciado en una demora irritante esperando algo mejor; las horas peor que desperdiciadas en locuras y disipación, o malgastadas en estudios inútiles o improductivos, y admitimos, con un suspiro, que hubiésemos podido aprender, solo con la mitad de años pero bien empleados, más de lo que hemos conseguido en cuarenta años como seres humanos.

¡Aprender y hacer! Este es el trabajo del alma aquí abajo. El alma crece tan realmente como crece un roble. Conforme el árbol toma el

carbono del aire, el rocío, la lluvia y la luz, y el alimento que la tierra proporciona a sus raíces, y por su misteriosa química los transmuta en savia y fibra, en madera y hoja, flor y fruto, color y perfume, así el alma absorbe el conocimiento y por una alquimia divina torna lo aprendido en propia sustancia, y crece desde dentro hacia afuera con una fuerza y poder propios, como el que descansa escondido en el grano de trigo.

El alma, como el cuerpo, tiene sus sentidos, que pueden ser cultivados, agrandados y refinados, al igual que el cuerpo crece en estatura y proporción; y aquel que no puede apreciar una buena pintura o escultura, un noble poema, una dulce armonía, un pensamiento heroico o una acción desinteresada, o aquel a quien la sabiduría de la filosofía resulte una estupidez insulsa y jerigonza y las más elevadas verdades le sean de menor importancia que el precio del lote de algodón o la promoción de los perversos a los cargos públicos, únicamente vive en el nivel de la mediocridad y se enorgullece, soberbio, de esa inferioridad de los sentidos del alma, que se trasluce en la inferioridad e imperfecto desarrollo del alma misma.

Dormir poco y estudiar mucho; hablar poco, y escuchar y pensar mucho; aprender qué somos capaces de hacer, y entonces realizar, con

seriedad y vigor, cualquier cosa que se nos requiera por deber y por el bien de nuestros semejantes, nuestro país y la humanidad – estos son los deberes de todo masón que desee imitar al maestro Hiram. El deber de un masón como hombre honesto es sencillo y simple. Requiere de nosotros honestidad en los contratos, sinceridad al afirmar, sencillez al regatear y lealtad al actuar.

Nunca mientas, ni en lo pequeño ni en lo grande, ni en los esencial ni en lo circunstancial, ni de palabra ni de hecho: es decir, no simules lo que es falso, no cubras lo que es verdad, y haz que la medida de tu afirmación o tu negación sea comprensible para tu interlocutor, pues aquel que engaña al comprador o al vendedor de forma que es verdadera pero en un sentido no comprensible por el otro es un mentiroso y un ladrón. Un Maestro Perfecto debe evitar aquello que lleva a engaño, al igual que lo que es falso.

Pon tus precios conforme a la medida del bien y del mal establecida por la fama y cuentas comunes del más sabio y piadoso de los hombres, entrenado en la manufactura y en la fábrica; y que tu ganancia sea tal que, sin escándalo, sea legítima para personas en las mismas circunstancias.

En el intercambio con otros, no hagas todo lo

que puedas hacer legalmente, sino que mantén un margen dentro de tu esfera de poder; y, puesto que hay una latitud en la ganancia al comprar y vender, no tomes hasta el último penique que te sea permitido por la ley, o que tú creas que está permitido. Pues aunque sea legal, no es seguro; y aquel que obtiene todo lo que legalmente puede este año, el año siguiente estará tentado de obtener algo ilegalmente. No permitas a ningún hombre, por su pobreza, volverse opresor y cruel en su regateo, sino que con calma, modestamente, diligentemente y pacientemente encomienda su patrimonio a Dios, y favorece su interés y déjale el éxito a él.

No demores el pago a tu arrendador, pues cada día de retraso del pago más allá de plazo es injusto y falto de caridad, y arruga su rostro hasta que brotan las lágrimas y la sangre. Págale exactamente según lo convenido y teniendo en cuenta sus necesidades.

Guarda religiosamente todas las promesas y alianzas, aun las que te dejan en desventaja y aunque pienses después que hubieses podido conseguir un pacto mejor, y no permitas que un acto previo tuyo se altere por cualquier incidente posterior. Que nada te haga romper tu promesa, a no ser que se convierta en ilegal o imposible, esto es, que en tu naturaleza o tu condición civil te

encuentres bajo el poder de otro; o que sea intolerablemente perjudicial para ti mismo y de nula utilidad para el otro; o que tengas el beneplácito de la otra parte, ya sea de forma expresa o razonablemente presumible.

No permitas a un hombre tomar salario o jornal por un trabajo que no es capaz de hacer, o que probablemente no es capaz de acometer o de gobernar apropiadamente, con soltura y de forma provechosa. No permitas a ningún hombre usar para beneficio propio lo que Dios, por una especial misericordia, o la República, han dispuesto para el bien común, pues eso es contrario al mismo tiempo a la Justicia y a la Caridad. Que un hombre se encuentre en situación precaria directamente por nuestros actos o por nuestras intenciones va contra las reglas de la Equidad, la Justicia y la Caridad. Cuando eso sucede estamos incumpliendo el mandamiento de hacer a los otros lo mismo que nos habríamos hecho a nosotros mismos, pues nos enriquecemos sobre la ruina de la fortuna del prójimo.

No es honesto recibir nada de otro sin devolverle algo equivalente. El jugador que gana el dinero de otro es deshonesto. No debería existir tal cosa como las apuestas y el juego entre masones, pues ningún hombre honesto debería desear a cambio de nada lo que pertenece a otro.

El mercader que vende un artículo de mala calidad a precio de buena y el especulador que aumenta su hacienda explotando las desgracias y necesidades del prójimo no son honestos, sino ruines, innobles e indignos de la inmortalidad.

Vivir, tratar y actuar honradamente debería ser el más firme deseo de todo Maestro Perfecto, de forma que cuando le llegue la hora de la muerte pueda decir, y así lo juzgue su conciencia, que ningún hombre es más pobre porque él es más rico, que lo que tiene ha sido ganado honestamente, y que nadie pueda presentarse ante Dios y reclamar por las leyes de la Equidad administrada en Su gran Tribunal, que la casa en la que morimos, la tierra que legamos a nuestros herederos, el dinero que dejamos a los vivos que llevan nuestro apellido, es suyo y no nuestro, y que ante Dios solo somos sus depositarios. Pues es bien cierto que Dios es justo, y respaldará severamente esa reclamación. Y decretará una compensación total y adecuada para aquellos a quienes expoliemos, a quienes defraudemos y para aquellos de quienes tomemos algo sin darles una contrapartida justa.

¡Ten cuidado, pues, de no recibir un salario, aquí o en cualquier otra parte, que no hayas merecido! Pues si así lo haces, perjudicas a alguien, llevándote algo que en el Tribunal de

Dios pertenece a otro, y sea lo que sea que tomas, sea salud, rango, influencia, reputación o afecto, deberás satisfacerlo totalmente.

VI

Secretario Íntimo

En este grado serás especialmente instruido para ser escrupuloso y leal, desinteresado y benevolente, y para actuar como pacificador en caso de disensiones, disputas y querellas entre los hermanos.

El Deber es un magnetismo moral que controla y guía el rumbo del verdadero masón sobre las tumultuosas aguas de la vida. Mientras que las estrellas que representan el honor, la reputación y las recompensas brillan o no brillan, tanto a la luz del día como en la oscuridad de la noche de la adversidad y las tribulaciones, tanto en la calma como en la tormenta, la brújula infalible siempre muestra el verdadero rumbo a seguir e indica con total certeza el término donde se halla el puerto al que, en caso de no arribar, conllevaría naufragio y deshonor. El masón obedece su silenciosa dirección de igual manera que el marinero, cuando hace días que ya no se divisa tierra, y el océano sin senderos ni postes se extiende alrededor suyo, sigue la guía de la aguja magnética, que jamás duda de dónde está el Norte. Cumplir la propia obligación, tanto si esa acción es recompensada como si no, es su única

intención. Y es indiferente que ese hecho no cuente con ningún testigo o que lo que haga permanezca desconocido para toda la humanidad.

Una breve reflexión nos enseñará que la Fama tiene unos límites distintos de los de las montañas u océanos, y que aquel que busca la felicidad en la frecuente repetición de su nombre puede emplear su vida propagándolo, sin ningún riesgo o anhelo de nuevos mundos o necesidad de atravesar el Mar Atlántico. Aquel que considera que el mundo debe ser llenado con sus hechos y alabanzas, restará del número de sus entusiastas a todos aquellos que estén ubicados por debajo del vuelo de la fama, y a quienes no escucharán en el valle de la vida más voz que la de la necesidad; a todos aquellos que se consideran a sí mismos demasiado importantes para contemplarlo y que considerarán la mención de su nombre como una usurpación de su tiempo; a todos aquellos que están demasiado o demasiado poco satisfechos con ellos mismos para prestar atención a nada externo; a todos los atraídos por el placer, o a los que están encadenados por el dolor a ideas monótonas; a todos los que, por estar pendientes de diferentes empresas, no les será dado contemplar su triunfo; y a todos los que duermen sumidos en la negligencia universal. El que busca la fama encontrará su renombre entorpecido por

límites más cercanos que las montañas rocosas del Cáucaso, y percibirá que un hombre no puede ser venerable o formidable más que para una pequeña parte de sus semejantes. Y por lo tanto, ya que no podemos languidecer en nuestros intentos de alcanzar la excelencia, es necesario que, tal y como Africano aconsejaba a sus descendientes, elevemos nuestros ojos hacia altos propósitos, y contemplemos nuestro estado futuro y eterno sin que nuestros corazones cedan a la alabanza de las multitudes, o depositemos nuestras esperanzas en las recompensas que el poder humano puede proporcionar. No nacemos únicamente para nosotros. Nuestra nación reclama su parte de nosotros, y nuestros amigos otra parte. Y puesto que todo lo que la Tierra produce es creado para el uso del hombre, así los hombres son creados a la salud del hombre y para que se hagan el bien mutuamente los unos a los otros. En esto deberíamos seguir el dictado de la Naturaleza, y entregar a la propia ciudadanía los puestos de utilidad general en base a una reciprocidad de deberes, unas veces recibiendo y otras veces aportando, y en ocasiones cimentando la sociedad humana por el arte, la industria y nuestros recursos.

Si hubieseis de sufrir cómo otros son alabados en vuestra presencia, alimentad su gloria y su bien

con alegría, y en ningún caso los menospreciéis, o rebajéis sus méritos o los empañéis. Y no penséis que el logro de vuestro hermano es en menoscabo de vuestra valía. No realcéis la debilidad de nadie para consternarlo, ni la hagáis pública para desacreditarlo, ni te recrees en recordarlo para empequeñecerlo o para ponerte a ti mismo por encima de él; ni nunca te alabes a ti mismo o minusvalores a otro, a no ser que una razón lo suficientemente valiosa lo santifique. Recordad que habitualmente menospreciamos a los demás por pequeñas faltas y minúsculas razones, y cuando un hombre es altamente recomendado, lo consideramos lo suficientemente menoscabado cuando le hemos cargado un pecado, insensatez o debilidad en su cuenta. Deberíamos ser más severos con nosotros mismos, o más indulgentes con los otros, y pensar que por mucho bueno que uno pueda decir o pensar de nosotros, nosotros podríamos contarle de muchas acciones nuestras indignas, insensatas y quizá peores, acciones que de haber sido cometidas por otro nos bastarían para destrozar su reputación.

Si consideramos que el pueblo es sabio y sagaz, justo y perspicaz, cuando nos alaba y nos convierte en ídolos, no lo llamemos iletrado e ignorante, ni juez débil e idiota, cuando es nuestro vecino el ensalzado por la fama pública y el

alboroto popular. Cada hombre lleva suficientes pecados en su vida, suficiente desasosiego en su alma, suficiente maldad en su fortuna y más que suficientes errores en sus trabajos para entretenerse buscando reproches en sí mismo; de forma que la curiosidad en los asuntos de otros no puede suponer sino envidia y una mente perversa. El hombre generoso se entregará de forma solícita y estricta a la belleza y orden de una familia bien gobernada, y a las virtudes de una persona excelente; pero todo aquello para lo que los hombres disponen cerrojos y barrotes, o aquello que produce sonrojo cuando ve la luz, o es tanto vergonzoso en los modales como reservado por la naturaleza, esto no será de su incumbencia ni asunto suyo.

Debería ser una razón suficiente para excluir a cualquier hombre de la sociedad de masones, que este no sea desinteresado y generoso tanto en sus actos, como en sus opiniones de los hombres, como en su forma de conducirse por la vida. Aquel que es egoísta y avaro, o mezquino e interesado, no permanecerá durante mucho tiempo dentro de los estrictos límites de la honestidad y la verdad, sino que en breve cometerá alguna injusticia. Aquel que se ama a sí mismo demasiado, necesariamente ama al prójimo demasiado poco; y aquel que juzga de manera

severa no tardará en dictar una sentencia injusta.

El hombre generoso no está pendiente de dar según lo que recibe, sino que prefiere que los apuntes en la contabilidad sean favorables a los demás. Aquel que ha sido pagado al completo por todo el bien y los favores que ha otorgado es como un derrochador que ha consumido toda su hacienda y se lamenta de tener la cartera vacía. Aquel que agradece mi generosidad con ingratitud aumenta, en vez de disminuir, mi riqueza; y aquel que es incapaz de devolver un favor es igualmente pobre, ya provenga su debilidad de pobreza de espíritu, sordidez de alma o indigencia material.

Si es opulento aquel que tiene grandes sumas invertidas, y el grueso de su fortuna consiste en obligaciones que exigen a otros hombres pagarle dinero, más deudor es en realidad hacia aquellos a los que debe una larga lista de amabilidades y favores. Más allá de una moderada suma cada año, el hombre rico tan solo invierte su capital, y la parte que nunca usa es como favores no devueltos o amabilidad no restituida, y suele ser una importante parte de su fortuna.

La generosidad y el espíritu liberal hacen a los hombres ser humanos y vivaces, de corazón abierto, francos y sinceros, responsables en su bonhomía, de trato fácil y afable y benevolentes

con la humanidad. Protegen al débil contra el fuerte, y la inocencia ante la rapacidad y el artificio. Socorren y confortan al pobre y son los guardianes, ante Dios, de sus pupilos inocentes e indefensos. Valoran a los amigos más que la riqueza o la fama, y a la gratitud más que el dinero o el poder. Son nobles por patente divina, y sus escudos de armas y sus linajes se encuentran inscritos en el gran libro heráldico de los Cielos. Ningún hombre puede ser más masón que gentilhombre a no ser que sea generoso, liberal y desinteresado. Ser liberal, pero únicamente con aquello que es nuestro; ser generoso, pero habiendo sido primeramente justo; dar, cuando dar nos priva de lujo o confort, esto es realmente la Masonería.

Aquel que es mundano, codicioso o materialista debe cambiar antes de ser un buen masón. Si somos gobernados por las pasiones y no por el deber, si somos descorteses, severos, criticones o maledicentes en las relaciones humanas a lo largo de la vida; si somos señores ásperos o sirvientes desleales; si somos padres descuidados o hijos irresponsables; si somos amigos traicioneros o malos vecinos o competidores desagradables o políticos corruptos y sin principios o mercaderes abusivos en los negocios, estamos vagando a gran distancia de lo que es la verdadera Luz Masónica.

Los masones deben ser corteses y afectuosos los unos con los otros. Al frecuentar los mismos templos y arrodillarse ante mismos altares deberían sentir por los demás ese respeto y cortesía inspirados en su relación común y común aproximación al Dios único. Hace falta mucho del espíritu de la antigua fraternidad entre nosotros; más ternura ante los errores de los demás, más perdón, más interés por la mejora y buena fortuna del otro, y algo de sentimiento fraternal, de forma que no sea vergonzoso emplear la palabra "hermano".

Nada debería interferir con esa amabilidad y afecto: ni el espíritu de los negocios, absorbente, ansioso, acaparador y duro en el regateo, hiriente y amargo en sus competiciones, bajo y sórdido en sus propósitos; ni tampoco el espíritu de la ambición, egoísta, mercenario, incansable, taimado, que vive únicamente de la opinión de los otros, envidioso de la fortuna ajena, miserablemente pagado de su propio éxito, injusto, sin escrúpulos y farsante. Aquel que me hace un favor me obliga a un eterno retorno de gratitud. La obligación no nace de un pacto ni por una manifestación de intenciones, sino por la naturaleza misma del hecho. Y es un deber que nace en el espíritu de la persona obligada por un favor, para la cual siempre será más natural amar

al amigo y devolver bien por bien que no mal por mal; pues un hombre puede olvidar una ofensa, pero nunca debe olvidar un favor. Aquel que rehúsa hacer el bien a aquellos a los que está obligado por amor, o que rehúsa amar a quien le hizo bien, es antinatural y de sentimientos monstruosos, y cree que el mundo entero ha sido creado a su servicio; padece una avidez peor que la del mar, pues al menos el mar, aunque recibe todos los ríos en él mismo, provee a las nubes y a los manantiales de toda el agua que necesitan. Nuestro deber para con todos aquellos que son nuestros benefactores es estimar y amar a esas personas, devolverles el servicio o beneficio proporcionalmente, según lo que podamos, o según su necesidad, o según lo que la ocasión permita, y de forma acorde a la grandeza de sus amabilidades.

El hombre generoso no puede sino lamentar las disensiones y disputas entre sus hermanos. Únicamente el perverso y egoísta se deleita en la discordia. No hay ocupación más pobre para la humanidad que hacer pensar a los hombres mal del prójimo, como se hace desde la prensa, y demasiado frecuentemente desde el púlpito, que suplanta al estrado político y la tribuna. El deber del masón es esforzarse en conseguir que el hombre piense mejor de su vecino; aplacar, en vez

de agravar, las dificultades; reconciliar a aquellos que están separados o enemistados, impedir que los amigos se enemisten y persuadir a los adversarios para que traben amistad. Para hacer esto, él necesita controlar sus propias pasiones, no ser irascible ni precipitado, ni rápido al ofenderse ni fácil de enojar. Pues el enojo es enemigo declarado del consejo. Es una tormenta directa, en la que no se puede escuchar a ningún hombre hablar ni se puede ofrecer enseñanza; pues si aconsejas moderadamente eres ignorado, pero si la alimentas y eres vehemente, la provocas más. No es varonil ni juicioso. Convierte el matrimonio en un conflicto constante e inevitable y hace de la amistad, la sociedad y el trato familiar algo intolerable. Multiplica los males de la embriaguez y precipita la suave merced del vino en locura. Convierte una broma inocente en el comienzo de una tragedia. Torna la amistad en odio, y hace que un hombre se pierda, junto con su razón y juicio, en porfías. Convierte los deseos de conocimiento en irritación y querella. Añade insolencia al poder, convierte la justicia en crueldad y el albedrío en opresión. Convierte la disciplina en tedio y odio a las instituciones liberales. Provoca envidia hacia el hombre próspero y aleja el sentimiento de piedad para con el infortunado.

Por lo tanto, mira primero por controlar tu propio temperamento y de gobernar tus propias pasiones, pues así serás capaz de mantener la paz y la armonía entre otros hombres, especialmente entre los hermanos. Ante todo, recuerda que la masonería es el reino de la paz y que "entre masones no debe hacer disensión, sino únicamente noble emulación, que favorece el trabajo común y el mejor acuerdo". Donde quiera que haya disputa y odio entre los hermanos no hay Masonería, pues la Masonería es Paz, Amor Fraternal y Concordia. La Masonería es la gran Sociedad de la Paz del mundo. Donde existe, lucha por impedir las dificultades y disputas internacionales y por unificar las repúblicas, reinos e imperios en una gran partida de paz y amistad. No habría conflictos en vano tan a menudo si los masones conociesen su poder y valorasen sus juramentos en su justa medida.

¿Quién puede relatar los horrores y aflicciones acumuladas en una sola guerra? La Masonería no está deslumbrada por la pompa y circunstancia de la guerra, su oropel y su gloria. La guerra entra sigilosamente con sus manos sangrientas en nuestras propias casas, y se lleva de diez mil hogares a aquellos que allí vivían en la paz y confort que proporcionan los dulces lazos familiares y domésticos. Se los lleva a rastras

para dejarles morir abandonados, por fiebre o congelación, en entornos insalubres; o ser destrozados, despedazados y mutilados en la feroz contienda; o caer en el sangriento campo de batalla para nunca más levantarse, o ser llevados en agonía a hospitales malolientes y horrorosos. Los gemidos en el campo de batalla encuentran su eco en los lamentos de duelo de miles de corazones desolados. Hay un caído en cada casa, una silla vacía en cada mesa. Al volver a casa, el soldado trae a su hogar aún mayor pesar, sea por la infección que ha contraído o por los vicios adquiridos en la vida de soldado. La nación está desmoralizada, el alma del país se degrada del noble intercambio de tareas y oficios con el resto del pueblo, a la ira y la venganza, al orgullo malvado, y al hábito de medir fuerza bruta contra fuerza bruta en la batalla. Se consumen erarios que hubiesen bastado para construir diez mil iglesias, hospitales y universidades, o articular y unir todo un continente por medio de raíles de acero. Por si no fuese bastante calamidad que ese tesoro se hundiese en el mar, se emplea para un fin aún peor, pues se consume en cortar las venas y arterias de la vida humana hasta que la Tierra queda anegada en un mar de sangre.

Estas son las lecciones de este grado. Has hecho voto de convertirlas en ley, precepto y guía de tu

vida y tu conducta. Si así lo haces estarás legitimado, pues serás merecedor, para continuar avanzando en la Masonería. Si no lo haces, ya habrás llegado demasiado lejos.

VII

Preboste y Juez

La lección que este grado inculca es la Justicia, en las decisiones y en el juicio, así como en nuestras relaciones y trato con otros hombres.

En una nación donde el juicio con jurado es conocido, todo hombre inteligente es susceptible de ser llamado a actuar como jurado, ya sea únicamente *de facto*, o bien *de facto y ley*[1]; y a asumir la pesada responsabilidad que acarrea ese compromiso. Aquellos que son investidos con esta potestad deben juzgar todas las causas con escrupulosidad e imparcialidad, sin ningún tipo de consideración hacia el poder del poderoso, los sobornos del rico o las necesidades del pobre. Esta es la norma cardinal, que nadie discutirá, aunque muchos no la observen. Pero no basta con eso, sino que deben hacer más. Deben despojarse de prejuicios e ideas preconcebidas. Deben escuchar pacientemente, recordar con precisión, y sopesar cuidadosamente los hechos y argumentos que se muestren ante ellos. No deben lanzarse precipitadamente a sacar conclusiones, ni formarse opiniones antes de haber escuchado a todas las partes. No deben suponer crimen ni fraude. Ni deben ser presas de una obstinada

tozudez de opinión ni deben ser tornadizos ante los puntos de vista y razonamientos ajenos. Al deducir el móvil para un hecho probado no debe presumir ni la mejor ni la peor de de las intenciones, sino aquella que considere que el mundo juzgaría como justa y objetiva si cualquiera la hubiese llevado a cabo; ni debe esforzarse por convertir muchas pequeñas circunstancias, que por separado no tienen peso, en algo que en conjunto sí lo tiene para probar su agudeza y sagacidad. Estas son reglas fundamentales que cualquier jurado debe observar.

En el trato con el prójimo hay dos clases de injusticia: la primera es la de aquellos que provocan un perjuicio; la segunda es la de los que tienen en su mano desviar un perjuicio de aquellos a quien es dirigido, y sin embargo no lo hacen. De esta forma, la injusticia puede cometerse de forma activa de dos maneras, por fuerza y por fraude. Por fuerza, realizada a la manera del león, y por fraude, realizada a la manera del zorro. Pero resultando ambas totalmente repugnantes ante el deber ciudadano, la injusticia por fraude es incluso más detestable.

Cualquier daño causado por un hombre a otro, ya sea que afecte a su persona, su hacienda o su reputación, es un delito contra las leyes de la

Justicia. El ámbito de este Grado es por lo tanto amplio y vasto; y la Masonería persigue, de la forma más enérgica posible, respaldar la ley y la Justicia, y de la forma más efectiva posible prevenir el mal y la injusticia. Con este fin enseña esta verdad grande y trascendente: que el mal y la injusticia, una vez cometidos, no pueden ser deshechos, sino que son eternos en sus consecuencias, y una vez consumados pasan a formar parte del Pasado irrevocable; que el mal perpetrado contiene su propio castigo tan cierta y naturalmente como que la bellota contiene la encina. Si las consecuencias son su propio castigo, entonces no necesita más penitencia, pues no la puede haber más pesada; están implícitas en la misma comisión de la falta, y no pueden ser separadas de ella. Un mal causado al prójimo es un crimen contra nuestra propia Naturaleza, un delito contra nuestra propia alma que desfigura la imagen de la Belleza y el Bien. El castigo no es la ejecución de una sentencia, sino la sucesión de un efecto. Está escrito que suceda al hecho culpable, no por un decreto de Dios como juez, sino por una ley decretada por Él como Creador y Legislador del Universo. No se trata de un artificio accesorio, sino de una consecuencia lógica y ordinaria; y por lo tanto debe ser soportada por el infractor, y a través de él puede fluir a otros. Es la

decisión de la infinita justicia de Dios, bajo la forma de la Ley.

No puede haber interferencia, ni moderación, ni protección ante los efectos naturales de nuestros malos actos. Dios no se interpondrá entre la causa y su consecuencia; y en ese sentido no puede haber perdón para los pecados. Podemos arrepentirnos del acto que ha ensuciado nuestra alma, y puede ser expiado, pero el daño está hecho. El pecado puede ser redimido por esfuerzos posteriores, y la mancha lavada por amargos esfuerzos y severos sufrimientos; pero los esfuerzos y la constancia que hubiesen podido elevar el alma a lo más alto se agotan ahora intentando únicamente recuperar lo que ha perdido. Debe haber siempre una clara diferencia entre aquel que únicamente cesa de hacer el mal y aquel que siempre ha hecho el bien.

Sin duda observará de forma mucho más escrupulosa su conducta, y mirará más sus propios actos, aquel que cree que esos hechos conllevan inevitablemente sus consecuencias naturales e irremisibles, que no aquel que cree que la penitencia y el perdón podrá romper en cualquier momento la cadena de consecuencias. Seguramente cometeremos menos infracciones e injusticias si está arraigada en nuestras almas la convicción de que todo lo hecho está hecho tan

irrevocablemente que ni la omnipotencia de Dios puede deshacer lo sucedido, y no puede tornar en *no - hecho* lo que ha sido hecho; que cada acto nuestro lleva su propio fruto, conforme a leyes imperecederas que deben permanecer para siempre imborrablemente escritas en las Tablas de la Naturaleza Universal.

Si has hecho mal a otro, puedes afligirte, arrepentirte y tomar la resuelta determinación de no volver a flaquear en el futuro. También puedes, en la medida que sea posible, reparar lo hecho. Eso está bien. La parte perjudicada puede perdonarte, tal y como lo entiende el lenguaje humano; pero lo hecho, hecho está, y aunque todos los poderes de la Naturaleza conspiraran a tu favor, no podrían deshacerlo. Las consecuencias para el alma, aunque ningún hombre puede percibirlo, *están ahí*, escritas en los anales del Pasado, reverberando a través del tiempo.

El arrepentimiento por un mal acto conlleva, como cualquier otro acto, su propio fruto, el fruto de purificar el corazón y enmendar el Futuro, pero no el efecto de borrar el Pasado. Perpetrar el mal es un acto irrevocable, pero no incapacita al alma de hacer el bien en el futuro. Sus consecuencias no pueden ser borradas, pero su curso no necesita ser seguido. La maldad y la perversidad perpetradas, aun imborrables, no reclaman

desesperación, sino mayores esfuerzos que antes. El arrepentimiento es todavía tan válido como siempre, pero es válido para asegurar el futuro, no para cegar el pasado. Incluso las vibraciones del aire, una vez puestas en movimiento por la voz humana, no cesan con los sonidos que las originaron. Su intensidad se atenúa rápidamente y se vuelve inaudible para el oído humano. Pero las ondas de aire así elevadas surcan la superficie de la tierra y los océanos, y en menos de veinte horas cada átomo de la atmósfera se impregna del movimiento debido a esa porción infinitesimal de movimiento primigenio que ha sido conducido allí a través de incontables canales, y que debe continuar ejerciendo su influencia durante su existencia futura. El aire es una vasta biblioteca en cuyas páginas se escribe para siempre lo que hombre ha dicho o incluso susurrado. Ahí, en sus caracteres mutables pero infalibles, mezclados con los primitivos, así como con los últimos signos de mortalidad, permanecen grabados para siempre votos quebrantados y promesas incumplidas; perpetuando, en los movimientos de cada partícula, todas al unísono, el testimonio de la cambiante voluntad del hombre. Dios lee ese libro aunque nosotros no podamos. De esta forma, la tierra, el aire y el océano son los eternos testigos de los actos que hemos realizado. Ningún

movimiento emprendido por la Naturaleza o por obra humana es jamás apagado. La pista de cada quilla que ha surcado la superficie del océano permanece para siempre registrada en los futuros movimientos de todas las partículas que ocuparán ese lugar. Todo criminal está irrevocablemente encadenado al testimonio de su crimen por las leyes del Todopoderoso; pues cada átomo de su cuerpo mortal, a pesar de cuantos cambios experimenten sus partículas, todavía retendrá, adhiriéndose a él a través de todas las combinaciones, algún movimiento derivado del mismo esfuerzo muscular por el que el mismo crimen fue perpetrado. ¿Qué sucedería si nuestras facultades fuesen tan perfeccionadas en una vida futura como para permitirnos percibir y rastrear las consecuencias imborrables de nuestras palabras incumplidas y hechos perversos, y volver nuestro remordimiento y dolor tan eternos como esas consecuencias? No es posible concebir castigo más terrorífico para una inteligencia superior que el de contemplar, todavía en acción, consciente de que permanecerá eternamente en acto, una maldad puesta en movimiento desde tiempo inmemorial.

La Masonería, por sus enseñanzas, intenta apartar a los hombres de consumar injusticias, maldades y ultrajes. Aunque no pretende usurpar

el lugar de la religión, su código moral procede, desde luego, de unos principios muy distintos a los de la ley civil, de forma que reprueba y castiga ofensas que ni la ley ni la opinión pública condenan. En la ley masónica, engañar y extralimitarse en el comercio, en el tribunal y en la política no se consideran pecados más veniales que el robo, ni una mentira deliberada más venial que el perjurio, ni la calumnia inferior al desfalco, ni la seducción más venial que el asesinato. La Masonería condena especialmente aquellas maldades en las que el infractor induce a otros a tomar parte. Él puede arrepentirse; puede, tras esfuerzos agónicos, retomar el sendero de la virtud; su alma puede purificarse a través de mucha angustia y mucha lucha interior; pero a la criatura débil que él descarrió y a quien hizo partícipe de su culpa no puede hacerla partícipe de su arrepentimiento y enmienda. Y él puede compungirse, pero no puede cambiar el camino torcido del otro a quién enseñó a dar el primer paso hacia la perdición, un camino del que él mismo es testigo inevitable. ¿Cómo vamos a hablar entonces de perdón de los pecados? Únicamente puede hablarse de un castigo perpetuo e inevitable, que ningún arrepentimiento puede aliviar ni ninguna piedad aplacar.

Esforcémonos por ser justos al juzgar los

motivos de los otros hombres. Apenas conocemos nada de los verdaderos méritos o deméritos de cualquier semejante. Rara vez conocemos con certeza si este hombre es más culpable que ese otro, o incluso si este hombre es muy bueno o muy perverso. Con frecuencia los hombres más depravados dejan tras de sí excelentes reputaciones. Apenas habrá uno de entre nosotros que, a lo largo de su vida, no haya estado en algún momento a punto de cometer un crimen. Cada uno de nosotros puede mirar atrás y estremecerse al contemplar el momento en que nuestros pies se resbalaban al borde del precipicio que se despeña en el abismo de la culpa; y si la tentación hubiese sido algo más intensa, o algo más continuada, o si la penuria hubiese apretado un poco más, o un poco más de vino hubiese turbado nuestro intelecto, destronado nuestro juicio y despertado nuestras pasiones, nuestros pies habrían resbalado, y nosotros habríamos caído para no levantarnos jamás.

Podemos decir "*Este* hombre ha mentido, ha hurtado, ha falsificado, ha desfalcado dineros que le han sido confiados; sin embargo *ese* ha atravesado la vida con las manos limpias". Pero no podemos afirmar que el primero no ha luchado arduamente, aunque sin éxito, contra tentaciones bajo las que el segundo habría sucumbido sin

esforzarse. Podemos decir quién tiene las manos más limpias ante los hombres, pero no quién tiene el alma más limpia ante Dios. Podemos afirmar "*Este* hombre ha cometido adulterio, pero *ese* sin embargo siempre ha sido casto". Pero no podemos saber si la inocencia de ese hombre puede haber sido debida a la frialdad de su corazón, a la ausencia de motivo, a la presencia de miedo o a la pequeñez de la tentación; ni si la caída del otro puede haber sido precedida por la lucha interior más vehemente, causada por el frenesí más abrumador, y expiada por el arrepentimiento más sincero. La generosidad, así como la tacañería, puede ser un resultado del temperamento natural; y ante los ojos del Cielo, una larga vida de beneficencia puede haber costado menos esfuerzo e indicar menos virtud, sacrificio e interés que unos pocos y raros actos virtuosos y escondidos arrancados por deber del alma reticente y evasiva de otro. Puede haber más mérito real, más esfuerzo y sacrificio, más presencia de los más nobles elementos de la grandeza moral en una vida de fracaso, pecado y vergüenza que en una trayectoria, a nuestros ojos, de integridad inmaculada.

Cuando condenamos o compadecemos al caído, ¿cómo sabemos que, de haber sido tentados como él, no habríamos caído como él, o incluso con

menor resistencia? ¿Cómo sabríamos lo que haríamos si nos encontrásemos sin trabajo ni sustento, retorciéndonos de hambre, macilentos e inanes, mientras nuestros hijos aúllan pidiendo pan? *Nosotros no caemos porque no somos lo suficientemente tentados*. Aquel que ha caído puede ser en su corazón tan honesto como nosotros. ¿Cómo estamos seguros de que nuestra hija, hermana o esposa podría resistir el abandono, la desolación, la locura o la tentación que sacrificaron la virtud de la hija de otros y la hicieron caer en la vergüenza? ¡Quizá si ellas no cayeron fue porque no fueron realmente tentadas! Es una actitud sabia rezar para no ser expuestos a las tentaciones.

La justicia humana siempre es incierta. ¡Cuántos asesinatos judiciales se han cometido debidos a la ignorancia del fenómeno de la locura! ¡Cuántos hombres ahorcados por asesinato no eran de corazón más asesinos que el jurado que los procesó y el juez que los sentenció! Bien puede dudarse de si la administración de las leyes humanas, en cada país, no es sino una gigantesca masa de injusticia y mal. Dios no ve como ve el hombre; y el criminal más abandonado, negro como el mundo lo considera, puede haber mantenido una pequeña luz flameando en un rincón de su alma, luz que bien podría haberse

extinguido desde hace mucho tiempo en aquellos que caminan orgullosos en el relumbrón de la fama impoluta, si hubiesen sido probados y tentados como el pobre forajido. Ni siquiera conocemos la vida *exterior* del hombre. No somos competentes para pronunciarnos ni siquiera sobre sus *hechos*. No conocemos ni la mitad de actos virtuosos ni perversos, ni siquiera de nuestros semejantes más próximos. No podemos decir, sin certeza, ni siquiera de nuestro amigo más íntimo, que no ha cometido un pecado concreto, o roto un mandamiento particular. ¡Que cada hombre pregunte a su corazón! ¡De cuántos de nuestros mejores y peores actos y cualidades son ignorantes nuestros más íntimos allegados! ¡Por cuántas virtudes que realmente no poseemos nos admira el mundo, y por cuántos vicios, de los que realmente no somos esclavos, nos condena! No hay sino una pequeña parte de nuestros hechos y pensamientos malvados que realmente sale a la luz, al igual que es pequeño el número de bondades redentoras visibles. La mayor parte es únicamente visible para Dios.

Por lo tanto, seremos justos al juzgar a otros hombres únicamente cuando nos mostremos caritativos; y deberemos asumir la prerrogativa de juzgar a los otros únicamente cuando ese deber nos sea impuesto, dado que con casi total

seguridad erraremos, y serias serán las consecuencias que se desprenderán de nuestro error. Ningún hombre debe codiciar el oficio de juez, pues al aceptarlo asume la responsabilidad más grave y opresiva. Y sin embargo, tú la has asumido, y todos la hemos asumido, pues el hombre siempre está presto a juzgar y siempre está dispuesto a condenar a su vecino, al tiempo que se absolvería a sí mismo por los mismos hechos. Mira, por lo tanto, de ejercer tu deber cautelosa y caritativamente, pues de lo contrario, al someter al criminal a juicio, cometes un mal mayor que aquel por el que tú le condenas, un mal cuyas consecuencias deben ser igualmente eternas.

Las faltas, crímenes y desvaríos de otros hombres no carecen de importancia para nosotros, sino que forman parte de nuestro universo moral. La guerra y el derramamiento de sangre lejos de nosotros, así como los fraudes que no afectan directamente nuestro interés pecuniario, no dejan de afectar nuestros sentimientos y menoscabar nuestro bienestar moral. Esos hechos afectan mucho a un corazón consciente. El ojo público puede mirar despreocupadamente sobre la miserable víctima de un vicio, y esa ruina de ser humano puede provocar en la multitud la risa y el escarnio. Pero para el masón lo que hay ante sus

ojos es una forma sagradamente humana; es un hermano que ha errado; es un alma desolada, desesperada y abandonada; y los pensamientos del masón con respecto al pobre pordiosero estarán bien alejados de la indiferencia, el ridículo o el desdén. Todas las ofensas humanas, todo el sistema de deshonestidad, indiferencia, dobles intenciones, piedad prohibida y ambición intrigante en el que los hombres luchan unos contra otros, será comprendido por un masón sensato no únicamente como el escenario de perversos afanes y luchas, sino como el conflicto solemne de mentes inmortales cuyas consecuencias son tan vastas y trascendentes como aquellos que lo protagonizan. Es una lucha triste e ignominiosa, y bien puede observarse con indignación; pero esa indignación debe fundirse en piedad. Pues las apuestas que estos jugadores hacen no son las que ellos imaginan, ni tampoco las que creen ver. Por ejemplo, este hombre que juega por un pequeño cargo, y lo gana, en realidad ha ganado en intriga, calumnia, engaño y falta de caridad.

Los hombres buenos están realmente orgullosos de su bondad. Son respetables, el deshonor no se les acerca, su moderación goza de peso e influencia, sus ropas están inmaculadas y el venenoso aliento de la calumnia nunca se ha

vertido sobre su fama. ¡Cuán fácil es para ellos mirar con desdén al pobre y degradado criminal, adelantarlo con paso altanero y subirse el bajo de sus ropas para que no se manchen de inmundicia! Y sin embargo el Gran Maestro de la Virtud no obró así, sino que se rebajó al trato familiar con publicanos y pecadores, con la mujer samaritana, con los proscritos y parias del mundo hebreo.

Muchos hombres se sienten mejores en la medida en que pueden detectar pecado en los demás. Cuando se asoman al catálogo de desafortunados excesos en el temperamento o en la conducta de su vecino, a menudo, al tiempo que muestran una gran preocupación, se sienten secretamente exultantes, pues ello destruye todas sus pretensiones de sabiduría y moderación, e incluso de virtud. Muchos incluso se recrean realmente en los pecados de los demás, y esto es lo habitual en aquellos cuyos pensamientos se entretienen en agradables comparaciones de sus propias virtudes y pecados del prójimo.

El poder de la amabilidad se ve demasiado poco en el mundo; se ve poco la influencia invisible de la piedad, el poder del amor, el dominio de la dulzura sobre la pasión, la majestad soberana de ese perfecto carácter que aúna profundo reproche y caritativa piedad con el criminal. Pero así es como el masón debe tratar a

sus hermanos descarriados. No con amargura, ni con cordial ligereza, ni con indiferencia mundana, ni con frialdad filosófica, ni con una conciencia laxa que encuentre todo bien y que sea bendecida por la opinión pública; sino con caridad, y amorosa y piadosa amabilidad.

El corazón humano no se inclinará voluntariamente ante lo que hay de torcido y mezquino en la naturaleza humana. Si el corazón se enternece ante nosotros, debe enternecerse ante lo que hay de divino en nosotros. La maldad de mi vecino no puede someterse a mi maldad; sus apetitos, por ejemplo, no pueden someterse a mi furia contra sus vicios, pues mis defectos no son el instrumento para corregir sus faltas. Y por ello reformadores impacientes, predicadores denunciantes, duros acusadores, padres enfadados y en general familiares irritables no consiguen, cada uno en su entorno, enmendar los comportamientos extraviados.

Una ofensa moral es enfermedad, dolor, pérdida y deshonor en lo que de inmortal hay en el hombre. Es culpa, y miseria añadida a la culpa. Es calamidad en sí misma, y añade sobre ella misma la calamidad aún mayor de ser condenada por Dios, el aborrecimiento de todos los hombres virtuosos y la propia reprobación del alma. ¡Trata fielmente, pero con paciencia y ternura, con este

mal! No es digno de convertirse en provocación, ni de tornarse en querella, ni de encender tu irritación. ¡Habla cortésmente a tu hermano que está errando! Dios le compadece: Cristo ha muerto por él, y la Providencia le aguarda. La piedad del Cielo le busca y los espíritus celestes están listos a recibirlo de nuevo con alegría. ¡Haz que tu voz suene al unísono con todas esas potestades que Dios está empleando para recuperarlo!

Si alguien te defrauda, y está exultante por ello, es el ser humano que más piedad debe despertar, pues se ha infligido a él mismo una herida mucho más profunda que la que te ha ocasionado a ti. Es a él, no a ti, a quien Dios observa con reprobación y compasión al mismo tiempo, y Su juicio debería ser tu ley. Entre todas las bendiciones desde el Monte Sagrado no hay ni una para este hombre; pero para el misericordioso, el pacífico y el perseguido las bendiciones se derraman pródigamente.

Todos somos hombres de semejantes pasiones, inclinaciones y tentaciones. Hay elementos en todos nosotros que podrían haber sido pervertidos, a través de sucesivos procesos de deterioro moral, hasta desembocar en el peor de los crímenes. El delincuente empujado al cadalso por la multitud vociferante no es peor que lo que

cualquiera de esa multitud habría llegado a ser bajo circunstancias similares. Sin duda, él debe ser condenado, pero también profundamente compadecido. Ser vengativos, incluso con los peores criminales, nos vuelve débiles y nos convierte en pecadores.

Debemos mucho a la buena Providencia de Dios, que nos ha dispuesto una cantidad de virtud mucho mayor que de maldad. Pero todos llevamos dentro de nosotros lo que hubiese podido ser incitado a los mismos excesos, y quizá hubiésemos podido caer, al igual que él, con poca tentación. Quizá hemos cometido actos que, en proporción a la tentación o a la provocación, eran menos excusables que su gran crimen. La silenciosa piedad y conmiseración por la víctima debería unirse a nuestro repudio de la culpa. Incluso el pirata que asesina a sangre fría allende los mares es un hombre como tú o yo hubiésemos podido ser. El orfanato en la infancia, o unos padres depravados y disolutos, o una juventud sin amigos, o las malas compañías, o la ignorancia e imposibilidad de cultivarse moralmente; las tentaciones del placer pecaminoso o la pobreza extrema; la familiaridad con el vicio; un apellido maldito y vilipendiado; sentimientos heridos y destrozados; situaciones desesperadas; estos son los pasos que habrían podido llevarnos a

cualquiera de nosotros a desplegar la sangrienta bandera de desafío universal sobre los cuatro mares, a declarar la guerra a los de nuestra especie, a vivir la vida y morir la muerte del bucanero temerario y sin remordimientos. Los afectos que recibió nos suplican compasión con el desafortunado. Su cabeza una vez descansó en el regazo de una madre. Una vez fue objeto de amor familiar y cariño hogareño. Quizá su mano, desde entonces muchas veces manchada con sangre, una vez tomó otra pequeña mano amorosa en el altar. Compadécelo, pues, y compadece sus felices esperanzas y su corazón destrozado. Es propio de criaturas frágiles e imperfectas como nosotros actuar así; deberíamos lamentar el crimen, pero lamentarlo como criaturas débiles, tentadas y rescatadas. Puede ser que cuando Dios sopese los crímenes de los hombres, tenga en consideración las tentaciones y las circunstancias adversas que les condujeron a ellos, y las oportunidades de cultura moral del delincuente; y pudiera ser que nuestras propias ofensas pesen más de lo que esperamos, y las del asesino sean más ligeras de lo que consideró el juicio de los hombres.

Por lo tanto, y teniendo en cuenta todo lo dicho, que el verdadero masón nunca olvide esta norma solemne, que debe ser observada en casi todo momento de una vida afanosa: “no juzguéis si no

queréis ser juzgados, pues con la misma regla que midáis a los demás, así seréis medidos”. Tal es la enseñanza que promulga el Preboste y Juez.

VIII

Intendente del Edificio

En este grado se imparte una importante lección: que nadie está legitimado para avanzar en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado si no se ha familiarizado, por el estudio y la aplicación, con la enseñanza y la jurisprudencia masónicas. Los grados de este rito no son para aquellos que se contentan con el mero trabajo y las ceremonias, si no persiguen explorar las minas de sabiduría que yacen enterradas bajo la superficie. Continuarás avanzando hacia la Luz, hacia la Estrella flameando en la distancia que es emblema de la Verdad Divina, entregada por Dios a los primeros hombres y preservada entre todas las vicisitudes sufridas por las tradiciones y enseñanzas masónicas. Hasta dónde llegues depende únicamente de ti. Aquí, como en todo el mundo, la Oscuridad lucha con la Luz, y nubes y sombras se interponen entre tú y la Verdad.

Cuando te hayas imbuido de la moralidad de la Masonería, con la que estás actualmente ocupado (y que te tendrá exclusivamente ocupado durante un tiempo); cuando hayas aprendido a practicar las virtudes que inculca; cuando te resulten familiares y cotidianas, entonces estarás

preparado para recibir su elevada instrucción filosófica y para escalar las alturas en cuya cumbre la Luz y la Verdad aguardan en sus tronos. Paso a paso los hombres deben avanzar hacia la perfección, y cada grado masónico debe ser uno de esos pasos. Cada uno consiste en el desarrollo de un deber particular, y en el actual se te enseñará caridad y benevolencia para ser ante tus hermanos un ejemplo de virtud, para corregir tus propias faltas, y para esforzarte por corregir las de tus hermanos.

Aquí, como en todos los grados, te encontrarás con los emblemas y nombres de la Deidad, el verdadero Conocimiento cuyo carácter y atributos la Masonería siempre ha intentado perpetuar. Apreciar su infinita grandeza y bondad, confiar ciegamente en Su providencia, reverenciarle y venerarle como Supremo Arquitecto, Creador y Legislador del Universo, he aquí el primero de los deberes masónicos.

La batería de este grado, y las cinco vueltas que has dado alrededor de la logia, aluden a los cinco puntos del compañerismo, y se pretende que lo recuerden vívidamente en tu mente. Atender a la petición de tu hermano o acudir en su ayuda, incluso descalzo sobre un terreno pedregoso, si es preciso; recordarle en tus súplicas ante la Deidad; aferrarlo en tu corazón y protegerle contra la

malicia y la maledicencia; sostenerlo cuando se tambalea y cae y proporcionarle consejo prudente, honesto y amigable, son deberes claramente escritos sobre las páginas del gran Código de la Ley de Dios, y primordiales entre las ordenanzas masónicas.

El primer signo de este grado expresa la desconfianza y humildad con que nos preguntamos acerca de la naturaleza y atributos de la Deidad; el segundo, el profundo temor y reverencia con que contemplamos Sus Glorias; y el tercero, el pesar que nos invade ante la insuficiente observancia de nuestros deberes y nuestro imperfecto cumplimiento de Sus leyes.

La cualidad distintiva del hombre es que busca y persigue la Verdad. Por ello, cuando nos relajamos de nuestras necesidades y preocupaciones, ansiamos ver, oír y aprender algo; y estimamos el conocimiento de las cosas, ya sea oscuro o maravilloso, como un medio indispensable para vivir felizmente. La Verdad, la Sencillez y el Candor son siempre agradables a la naturaleza humana. Todo lo que es virtuoso consiste o bien en Sagacidad, para la percepción de la Verdad; o en la preservación de la Sociedad Humana, al dar a cada hombre lo debido y al observar la fe de los contratos; o en la grandeza y firmeza de una mente elevada e insumisa; o bien

en observar el orden y la regularidad en todas nuestras palabras y acciones, que es en lo que consiste la Moderación y la Templanza.

En todo tiempo la Masonería ha preservado religiosamente esa fe ilustrada de la que fluye la sublime Devoción, el sentimiento de Fraternidad que fructifica en buenos trabajos, en el espíritu de indulgencia y paz, de dulces esperanzas y consuelos sentidos y en inflexibilidad en el cumplimiento de los más dolorosos y arduos deberes. Siempre ha propagado esto con ardor y perseverancia, y por ello trabaja hoy en día más celosamente que nunca. Rara vez se pronuncia un discurso masónico que no demuestre la necesidad y ventajas de esta fe y que no apele a los dos principios constitutivos de los que emana toda religión: el amor de Dios, y el amor al prójimo. Los masones implantan estos principios en el seno de su familia y de la sociedad. Mientras los sectarios de tiempos antiguos debilitaron el espíritu religioso, la Masonería, formando un gran pueblo sobre todo el orbe, y marchando bajo la gran bandera de la Caridad y la Benevolencia, preserva ese sentimiento, lo fortalece y lo extiende en su pureza y simplicidad, tal y como siempre ha existido en las profundidades del alma humana, y tal y como existió incluso bajo las más antiguas formas de culto, pero donde

supersticiones burdas y degradantes le impedían ser reconocido.

Una logia masónica debería parecerse a un panal donde todos los miembros trabajan con ardor por el bien común. La Masonería no está hecha para almas frías y espíritus estrechos que no comprendan su elevada misión y sublime apostolado. Aquí se aplica anatema contra las almas tibias. Reconfortar la desgracia, popularizar el conocimiento, enseñar todo aquello que es verdadero tanto en religión como en filosofía, acostumbrar a los hombres a respetar el orden y lo que de noble hay en la vida, señalar el camino que guía a la verdadera felicidad, preparar a los hombres para esa edad feliz, cuando todas las facciones de la Familia Humana, unida por los lazos de la Tolerancia y la Fraternidad, formen un único clan, estas son labores que bien pueden excitar celo e incluso entusiasmo. No profundizaremos ahora, ni nos extenderemos en estas ideas. Tan solo las mencionamos brevemente, como sugerencias, para que las medites a tu gusto. En lo sucesivo, si continúas avanzando, serán desplegadas, explicadas y desarrolladas. La Masonería no establece preceptos impracticables o extravagantes, desde luego, pues de ser así serían ignorados. No pide de sus iniciados nada que no

sea posible o incluso fácil de llevar a cabo. Sus enseñanzas son eminentemente prácticas, y sus mandamientos pueden ser obedecidos por cualquier hombre honesto, justo y decente, no importa de qué fe o credo sea. Su finalidad es alcanzar el mayor bien práctico posible, sin buscar hacer al hombre perfecto. No se adentra en el dominio de la religión ni se pregunta acerca de los misterios de la regeneración. Enseña aquellas verdades que han sido escritas por el dedo de Dios sobre el corazón del hombre, aquellas visiones del deber extraídas de las meditaciones del estudioso, confirmadas por la observancia del bueno y el sabio y estampadas como moneda por la respuesta que encuentran en cada mente piadosa. No dogmatiza, ni establece vanamente una certeza dogmática que se pueda alcanzar.

La masonería no observa llorando este mundo, con su espléndida belleza, sus excitantes entretenimientos, sus gloriosas obras y sus nobles y sublimes afectos; ni nos exhorta a alejar nuestros corazones de la vida terrenal, como si fuese vacía, etérea y falta de interés, para dedicarlos a la Celestial, como si fuese la única esfera merecedora del amor del afectuoso o de la meditación del sabio. La Masonería enseña que el hombre tiene altas tareas que llevar a cabo, y un elevado destino que cumplir en esta tierra; enseña

que este mundo no es únicamente el portal para otro, y que esta vida, aunque no sea la única, es un todo en sí misma, y aquella a la que debemos prestar mayor atención; que el Presente es nuestra esfera de acción, mientras el Futuro ocupa nuestras especulaciones y nuestra confianza; que el hombre fue puesto sobre la faz de la Tierra para vivir en ella, para disfrutarla, para estudiarla, para amarla, para embellecerla y para hacer de ella lo más posible. La Tierra es su patria, en la que debe prodigar sus sentimientos y sus esfuerzos. Aquí es donde debe llevar a cabo su labor. Es su casa, y no únicamente una choza pasajera; es su hogar, no tan solo una escuela. El hombre es enviado a este mundo, no para estar anhelando, soñando y preparándose constantemente para otro, sino para realizar su deber y cumplir con su destino en este mundo; para hacer todo lo que esté en su mano por mejorarlo, para volverlo un entorno de felicidad para sí mismo, para los que le rodean, y para los que vendrán después de él. La vida aquí es parte de la Inmortalidad, y este mundo está también entre las estrellas. Y de esta manera, nos enseña la Masonería, el hombre se preparará mejor para el Futuro que él espera. Lo Invisible no puede ocupar un sitio más alto en nuestros afectos que lo Visible y lo Cotidiano. La ley impresa en nuestro

ser es el Amor a la Vida, así como a lo que de interesante hay en ella y a sus ornamentos. Amor al Mundo en que nuestra suerte se funde con los sentimientos de la Tierra y con todo lo que de fascinante hay en ella. No se trata de un amor bajo o sensual, ni de amor a la riqueza, a la fama, al placer, al poder o al esplendor. Ni se trata de un pobre amor a lo mundano; sino de Amor a la Tierra como jardín en el que el Creador ha derrochado tantos milagros de belleza; como la presencia de la Humanidad, que es escenario de conflictos pero también de ilimitado progreso, morada del sabio, del bueno, del activo, del que da amor y del que lo recibe; el lugar donde se da la oportunidad para que tengan lugar el pecado, el sufrimiento y el dolor, así como las más nobles pasiones, las virtudes más sublimes y los afectos más tiernos.

Aquel que intenta persuadir a los hombres de que están obligados a despreciar completamente este mundo, así como todo lo que se encuentra en él, tendrá que experimentar muchas penas infructuosas. Dios no se ha tomado todo el trabajo de crear, dar forma, poblar y ornamentar el mundo para que aquellos que Él crease para vivir en él lo despreciaran. Bastante sería ya que no lo amasen con locura. No tiene sentido intentar extinguir todos los afectos y pasiones que son y

serán siempre inseparables de la naturaleza humana. Mientras el mundo exista, y el honor, la virtud y el trabajo tengan reputación en el mundo, habrá ansia de ellos y espíritu de emulación por parte de los mejores hombres; y si no fuese así, aún más barbarie, vicio y maldad cubriría todas las naciones del mundo, ya tan cubiertas de ello.

Solo aquellos que sienten un profundo afecto e interés por este mundo trabajarán resueltamente por mejorarlo. Aquellos que minusvaloran esta vida se vuelven naturalmente quejumbrosos y descontentos, y pierden el interés en el bienestar de sus semejantes. Para servir al prójimo, y para así cumplir nuestro deber como masones, debemos sentir que el fin vale la pena el trabajo; y estar contentos con este mundo en el que Dios nos ha colocado, hasta que Él nos permita cambiar a otro mejor. Dios está aquí con nosotros, y no considera este mundo como un páramo estéril.

Es cosa seria difamar y despreciar el mundo entero; hablar de él como el reino de una raza pobre, esclavizada, ignorante y despreciable. Tú nunca desacreditarías así a tu familia, tu círculo de amigos, tu pueblo, tu ciudad o tu país. El mundo no es ruinoso ni baldío; ni es una desdicha, sino que debemos dar gracias por ser hombres. Si la vida no tiene valor, tampoco lo tendrá la

inmortalidad.

En la misma sociedad, en ese mecanismo vivo de relaciones humanas que se extiende sobre el mundo, hay un motor delicadísimo que lo mueve todo tan verdaderamente como cualquier otro motor mueve la sólida maquinaria. La máquina se mueve frenéticamente para un lado y para otro sobre la Tierra, extiende sus manos por doquier para trabajar, trocar y realizar un sinnúmero de labores y empresas; y casi siempre el combustible que la mueve tiene que ver con las comodidades, afectos y esperanzas de la existencia social. Cierto es que a menudo el mecanismo funciona con dificultad, se atasca duramente, chirría y cruje en su áspera rozadura, como también es cierto que ese delicado combustible, al estar mezclado con materiales peores y más impuros, a menudo ciega, obstruye y trastorna la acción libre y noble de la vida social. Pero no es ni agradecido ni sabio aquel que contempla todo esto cínicamente, y pierde el agudo sentido social en sus perversiones. Que yo pueda ser un amigo, que yo pueda tener un amigo, aunque solo tuviese uno en el mundo: este hecho, esa fortuna buena y maravillosa, se contrapone a todos los sufrimientos de nuestra naturaleza social. Es maravilloso que exista en la Tierra un lugar, refugio y santuario de alegría amurallada y

acorazada, que pueda protegernos de las desolaciones de la vida que nos rodean. Ese amigo puede ser un hombre afable y sincero, que expresa sus verdaderos sentimientos entre todo el escándalo de la controversia y el conflicto de opiniones, y eso vale más que todos los sinsabores en nuestra relación con los seres humanos.

Al percibir el aspecto visible y el actuar de la sociedad, con frecuencia repulsivo y enojoso, podemos perder el sentido de sus bendiciones invisibles. Al igual que en la Naturaleza no es lo basto y palpable, ni los suelos ni las lluvias, ni los campos ni las flores, aun siendo bellas, lo más maravilloso; sino que lo que nos subyuga es el espíritu invisible de sabiduría y belleza que todo lo impregna, así, en la sociedad, es lo invisible, y por lo tanto lo que pasa desapercibido, lo que resulta más hermoso.

¿Cuál es la verdadera alma del trabajo? Si el hombre no mirase más que por sí mismo, dejaría caer la pala y el hacha y correría hacia el desierto; o erraría por un mundo salvaje y agreste, y convertiría ese mundo en un desierto. El hogar, que el hombre no ve sino una o dos veces al cabo del día, es su lazo con el mundo. Es la fe noble, bienintencionada y fuerte que los hombres tienen en los demás lo que da carácter elevado a los

negocios, al comercio y al intercambio. El fraude sucede en la vorágine de los negocios, pero es la excepción. La honradez es la regla, y todos los fraudes del mundo no pueden romper el gran vínculo de confianza humana. Si fuese posible, el comercio plegaría las velas en todos los mares, y todas las ciudades del mundo se desmoronarían entre ruinas. Obras juzgando que el carácter de un hombre que se halla al otro lado del mundo, al que nunca viste y al que nunca verás, es digno de confianza para un negocio de miles de dólares. Lo más sorprendente de un estado político no son los gobiernos, ni las constituciones, ni las leyes, ni sus representantes, ni el poder judicial, ni la policía; sino la voluntad universal del pueblo de ser gobernados bajo una sola guía común. Quita ese impedimento, y ningún gobierno sobre la Tierra aguantaría ni una hora.

De las múltiples enseñanzas de la Masonería, una de las más valiosas es que no deberíamos despreciar esta vida. No se sostiene, que cuando reflexionemos sobre el destino que aguarda al hombre en la Tierra, tengamos que cubrir de lágrimas su cuna; sino que, como los hebreos, hay que celebrar el nacimiento de un niño con alborozo, y su cumpleaños debe ser un festival. La Orden no profesa simpatía a aquellos que afirman que, habiendo probado esta vida, les

resulta insípida; a aquellos que se han mentalizado deliberadamente de que la vida es más triste que feliz, porque sus empleos son tediosos y su alma está a menudo desconcertada, sus amistades rotas o partidas al Oriente Eterno, sus placeres apagados, sus honores sin lustre y su sendero derrotado, monótono y anodino. La Masonería no considera signo de gran piedad hacia Dios desdeñar, si no despreciar, el estado que Él ha dispuesto para nosotros. Resulta absurdo pretender reivindicar el otro mundo, no poniéndolo en comparación, sino en pugna con este. La Masonería sostiene que un hombre puede tener lo mejor de este mundo y también del otro. Considera ambas como partes del mismo sistema. No enseña a los iniciados a pensar mejor del otro mundo o de dispensaciones de Dios, pensado únicamente en ello. No considera a la vida como un tiempo perdido, ni considera sus labores como bagatelas sin valor cometidas por seres inmortales, ni dice a sus seguidores que se crucen de brazos desdeñando su estado y especie, sino que admira sensata y alegremente el mundo, al que considera teatro de obras que valen la pena, de exaltada utilidad y de entretenimiento sano y racional. La masonería sostiene que, con todos sus males, la vida es una bendición. Negar eso es destruir la base de toda religión, sea natural o

revelada. La misma fundación de toda religión se asienta en la firme creencia de que Dios es bueno, y si esta vida es un mal y una maldición, tal creencia no puede ser sostenida. Ridiculizar la humanidad y nuestra existencia como miserable y despreciable; ver este mundo como el reino de una raza patética, digna únicamente de burla y escarnio; considerar este mundo como una mazmorra o una prisión sin otra bendición que ofrecer que escapar de ella, es extinguir la llama primigenia de la fe, la esperanza y la felicidad, destruir la base de la religión y la creencia fundamental en la Bondad de Dios. Si a pesar de ello fuese así, entonces no importaría qué más es verdadero o falso; la especulación es en vano y la fe es en vano; y todo lo que pertenece a las más elevadas esferas del hombre quedaría enterrado en las ruinas de la misantropía, la melancolía y la desesperanza.

Nuestro amor a la vida; la tenacidad con que, a través del dolor y el sufrimiento, nos aferramos a ella; nuestro vínculo con el hogar, con la tierra que nos vio nacer, con cualquier lugar, por abrupto, horrible y estéril que sea, en que nuestra historia se ha escrito; todo esto nos muestra cuán queridos son los lazos de la familia y la sociedad. La miseria nos impresiona más que la felicidad porque no es lo habitual para nuestras mentes. Es

una invitada extraña e inusual, y somos especialmente conscientes de su presencia. La felicidad vive con nosotros, por eso la olvidamos. No nos excita ni altera el curso de nuestros pensamientos. Una gran agonía constituye una época de nuestra vida. Recordamos nuestras aflicciones, como lo hacemos con la tormenta y el terremoto, porque se salen del curso común de las cosas. Son como acontecimientos desastrosos, registrados porque son extraordinarios; y con completos e inadvertidos períodos de prosperidad entre ellos. Marcamos y señalamos las épocas de calamidad, pero los muchos días felices y los períodos de alegría pasan sin ser recordados ni en los libros, ni en la memoria, ni en los escasos anales de nuestra acción de gracias. Estamos poco dispuestos, y somos aún menos capaces, de recordar las pálidas efemérides de nuestro pasado, los momentos de paz, la sensación de sosiego, los pensamientos alegres, los ensueños serenos, la multitud de amables afectos por los que fluye la vida, llevándonos casi inconscientemente sobre su regazo, pues nos lleva con calma y suavemente.

No solo es la vida buena, sino que ha sido gloriosa para millones. La gloria de toda la virtud humana la viste. El esplendor de la devoción, la beneficencia y el heroísmo están sobre ella; la

corona de miles de mártires está sobre su sien. El resplandor del alma brilla a través de la vida visible y en ocasiones oscurecida, a través de los afanes y cuidados que la rodean. La vida más humilde puede sentir su conexión con su Fuente Infinita. Hay algo de poderoso en la débil esencia del hombre; algo de inmortalidad en este ser momentáneo y temporal. La mente se expande en todas direcciones hacia lo infinito. Sus pensamientos destellan hacia la lejanía, donde no hay fronteras, hacia lo inconmensurable y lo infinito; a lo lejos, hacia el futuro oscuro y siempre en movimiento, para transformarse en poder e influencias en una época venidera. Conocer a su maravilloso Autor, alcanzar la Sabiduría de las Estrellas Eternas que lleva impresa el homenaje de gratitud y amor hacia el Gobernante de todos los mundos, ser inmortal en nuestras influencias proyectadas hacia el Futuro que se acerca poco a poco, todo esto hace la vida más meritoria y más gloriosa. La vida es la maravillosa creación de Dios. Es Luz, salida de la oscuridad vacía; poder, nacido de lo inerte y de la impotencia; ha sido sido creada de la nada, y el contraste bien puede encandilar, maravillar y deleitar. Es un riachuelo de bondad infinita que lo anega todo; y desde el primer momento en que surge a la luz, hasta que se funde con el océano de

la eternidad, la Bondad le asiste y la rige. Es un don grande y glorioso. Hay felicidad en las voces de los niños; alegría en los esplendorosos pasos de la juventud; profunda satisfacción en la madurez fuerte y paz en su edad sosegada. Hay bien para el bueno, virtud para el honesto, y victoria para el valiente. Hay, incluso en esta vida humilde, una infinitud para aquellos cuyos deseos no tienen límites. Hay bendiciones sobre el nacimiento, esperanza en la muerte, y eternidad en su futuro. Así, la Tierra, que une a muchos en una cadena, es para el masón tanto el comienzo como el fin de la inmortalidad. La eternidad entierra a muchos en el deshecho de tareas rutinarias y fatigosas vanidades; pero para el masón es el sublime monte de la meditación, donde el Cielo y lo Infinito y la Eternidad se extienden ante él y alrededor de él. Para el hombre de mente elevada, el puro y el virtuoso, esta vida es el comienzo del Cielo, y una parte de la inmortalidad.

Dios ha provisto un remedio para todos los males de este mundo; y es un espíritu satisfecho. Podemos reconciliarnos con la pobreza y la mala fortuna, si estamos lo suficientemente contentos y ecuánimes para establecer las proporciones. Ningún hombre es pobre si no se considera como tal; pero si, aún siendo afortunado, él desea más con impaciencia, entonces demuestra su penuria y

su condición mendicante. Esta virtud de la autosatisfacción era la suma de toda la vieja filosofía moral, y resulta sumamente útil a lo largo del curso de nuestra vida, pues es el único instrumento para suavizar las cargas del mundo y los reveses de la fortuna. Es el gran sentido común de ajustarse a la Divina Providencia, que gobierna todo el mundo y así nos ha ordenado en la administración de Su gran familia. Está escrito que Dios dispensa sus dones según Su voluntad; y si murmuramos aquí, podríamos, en la próxima melancolía, afligirnos porque Él no nos hizo ángeles o estrellas.

Nosotros mismos labramos nuestra buena o mala fortuna; y cuando Dios permite un tirano sobre nosotros, o una enfermedad, o el escarnio, o la fatalidad, si nos mostramos temerosos de morir, o no sabemos ser pacientes, o resultamos orgullosos, o codiciosos, entonces la calamidad se apodera de nosotros. Pero si sabemos cómo manejar los nobles principios, y no tememos a la muerte tanto como a una acción deshonrosa, y consideramos la impaciencia un mal peor que la fiebre, y el orgullo como la peor desgracia así como la mayor locura, y la pobreza preferible a los tormentos de la avaricia, podremos mantener la mente serena y sonreír ante los reveses de la fortuna y de un Destino pernicioso.

Si has perdido tu país no pierdas igualmente la constancia; y si tienes que morir antes de otros, o antes de lo que esperabas, aún así no lo hagas temerariamente. Pues no tener esperanza es insoportable para el justo. Ningún hombre puede convertir a otro en su esclavo, a no ser que el otro se haya esclavizado primero en vida y muerte, placer y dolor, esperanza y temor; domina tus pasiones y gozarás de más libertad que los reyes partos.

Cuando un enemigo nos haga un reproche, parezcámosle imparciales en el reconocimiento de nuestras propias faltas, pues él nos las dirá con más sinceridad que nuestro mejor amigo, y podremos perdonar su ira mientras hacemos uso de la franqueza de su declamación. El buey, cuando está cansado, ara más recto. Y las afrentas nos hacen caminar cansados y arar recto por temor de nuestros enemigos, lo que es mejor que regodearse en el orgullo y el descuido.

Si te ves desplazado de cargo público, haz de un retiro honesto tu santuario, y permanece indiferente a los beneficios de la vida pública o a tu seguridad pecuniaria en el hogar. Cuando el viento del norte sopla con fuerza, y llueve tristemente, no nos sentamos a la intemperie a llorar, sino que nos defendemos de los elementos con un cálido abrigo, o con un buen fuego y un

tejado seco. Así, cuando la tormenta de un triste infortunio se abate sobre nuestros espíritus, podemos transformarlo en algo que sea bueno si sabemos como hacerlo; y con ecuanimidad y paciencia podemos protegernos de esa lluvia torrencial e inclemente. Si ese contratiempo desarrolla nuestra paciencia y nos da ocasión de una resistencia heroica, ya nos ha hecho suficiente bien como para compensarnos por los momentos de aflicción; pues así un hombre sabio se sobrepone a su sino, y adquiere mayor influencia sobre sí mismo que la de todas las constelaciones y planetas del firmamento.

No compares tu condición con los pocos que se hallan por encima de ti, sino que para asegurar tu bienestar, contempla a los miles con los que, bajo ningún concepto, intercambiarías tu fortuna y condición. Un soldado no debe considerarse desgraciado si no alcanza el éxito de Alejandro o Wellington; ni ningún hombre debería considerarse infortunado por no tener las riquezas de Rothschild; sino que el primero debería regocijarse de no sufrir la desgracia de muchos generales que resultaron arrollados y humillados ante Napoleón, y el segundo alegrarse de no ser el mendigo que, con su cabeza calva, en el desolado invierno, sostiene su sombrero andrajoso por unas monedas. Puede haber muchos que sean más ricos

y más afortunados; pero muchos miles que son más desgraciados, si se comparan contigo.

Tras los peores reveses de la Fortuna siempre habrá algo dejado para nosotros; un semblante feliz, un espíritu alegre, una buena conciencia, la Providencia de Dios, nuestras esperanzas del Cielo, nuestra caridad para aquellos que nos han ofendido; quizá una esposa amorosa, y muchos amigos para compadecer, y algunos para aliviarnos; y luz y aire, y todas las bellezas de la naturaleza; podemos leer, hablar, y meditar; y teniendo todavía estas bendiciones deberíamos sentir tanto amor como para desprendernos de todo el dolor y la irritación, y preferir sentarnos sobre nuestro pequeño puñado de espinas.

Disfruta las bendiciones de este día, si Dios las envía, y soporta sus males de forma paciente y calma; pues solo este día nos pertenece. El ayer está muerto, y el mañana todavía no ha nacido. Cuando nuestra fortuna cambie violentamente, nuestro espíritu persistirá estoico si ha permanecido consciente de la posibilidad de adversidades y contratiempos. Las bendiciones de inmunidad, salvaguarda, libertad e integridad merecen la acción de gracias de toda una vida. Nos hemos librado de mil calamidades, cada una de las cuales, de haber caído sobre nosotros, nos habría vuelto insensibles para nuestra aflicción de

hoy, que estaríamos dichosos de recibir en lugar del otro infortunio.

Mide tus deseos según tu fortuna y condición, no tu fortuna según tus deseos: debes ser gobernado por tus necesidades, no por tu imaginación; por la naturaleza, y no por malas costumbres ni principios ambiciosos. No es perverso ser pobre, sino ser vicioso e impaciente. ¿Es mejor la bestia que dispone de dos o tres montañas para pacer que la pequeña abeja que se alimenta de rocío y néctar, y vive de lo que cae cada mañana de los almacenes del Cielo, las nubes y la Providencia?

Hay ciertas situaciones de fortuna y honestidad que no son compatibles las unas con las otras, y si se desea una, se debe perder inexorablemente la otra; más aún, salvo que seas capaz de contentarte con una y desdeñar la otra, perderás el beneficio de ambas. Si ansías aprender, debes tener tiempo libre y una vida retirada; si codicias los honores de estado y las distinciones políticas, debes mantenerte siempre en público, y obtener experiencia, y dedicarte a los asuntos de todos y mantener todas las compañías, pero no disponer de tiempo libre en absoluto. Para ser rico, debes ser frugal; si quieres ser popular, debes ser pródigo; si quieres ser filósofo, debes despreciar las riquezas; si quieres ser famoso como Epaminondas, acepta igualmente su pobreza, pues

añadió lustre a su persona, y su virtud sin su pobreza no habría podido ser tan excelente. Si quieres tener reputación de mártir, debes aceptar la persecución; si quieres ser reconocido como benefactor del mundo, debes aceptar sus injusticias; si deseas ser realmente grande, debes esperar que el populacho prefiera a personajes de poca valía antes que a ti mismo. Dios considera una de sus glorias obtener bien del mal, y esto es razón para que confiemos en Su forma de gobernar el mundo como le plazca, y para que esperemos pacientemente hasta que el cambio llegue o la razón se descubra.

La satisfacción de un masón no puede consistir, bajo ningún concepto, en la soberbia de estar pagado de sí mismo, al tiempo que permanece indiferente a las penurias de otros. Siempre habrá en este mundo males que perdonar, padecer o apaciguar, afligidos que suplican comprensión, necesidad y miseria que aliviar, y numerosas ocasiones para ejercitar la caridad y la beneficencia. Y aquel que permanece insensible entre toda esta penuria, quizá disfrutando sobremanera de su propio lujo y confort, en contraste con la escasez hambrienta e indigente y la pobreza que tiembla de frío, no se siente satisfecho consigo mismo; tan sólo resulta egoísta e inhumano.

No hay nada más triste sobre este mundo que un hombre perezoso y opulento, o pobre pero de corazón duro, a quien el necesitado suplique en vano y el grito del sufrimiento le resulte como una lengua desconocida y extraña. El hombre que por su temperamento agresivo e inflamable se precipita a la violencia y el crimen no es ni la mitad de indigno de vivir que él. El duro de corazón es el siervo sin fe que defrauda lo que Dios le ha encomendado como depositario para su prójimo empobrecido y afligido. El verdadero masón tiene el derecho y el deber de estar contento consigo mismo; pero solo puede estarlo cuando no vive únicamente para sí mismo, sino también para los demás y para aquellos que necesitan su ayuda y suplican su comprensión.

"La Caridad es el gran canal" –se ha dicho con propiedad- "a través del cual Dios entrega toda Su piedad a la raza humana". Pues recibimos la absolución de nuestros pecados en proporción a nuestra capacidad para perdonar a nuestros hermanos. Esta es la regla de nuestra esperanza y la medida de nuestro deseo en este mundo; y el día de la muerte y del Juicio Final, se dictará la gran sentencia sobre la humanidad teniendo en cuenta la piedad de nuestras almas, lo que es la otra parte de la Caridad. Dios es amor, y cada grado de caridad que hay en nosotros participa de

la naturaleza divina. Estos principios son los que pone en práctica la Masonería, y se espera que en lo sucesivo seas guiado y gobernado por ellos. Especialmente deben inculcarse estos principios a aquellos que emplean el trabajo de otros, prohibiéndoseles despedirlos cuando el desempleo significa hambre; o proscribiendo la contrata del trabajo de hombre o mujer a tan bajo precio que, por agotamiento, estén vendiendo junto con el trabajo de sus manos, su propia sangre y su propia vida.

Estos grados pretenden enseñar algo más que moral. Los símbolos y ceremonias de la Masonería tienen más de un significado, y más a menudo ocultan que revelan la Verdad. Tan sólo sugieren, y sus variados significados solo se descubren por reflexión y estudio. La Verdad no es simbolizada únicamente por la Luz, sino que al igual que el rayo de luz se puede descomponer en rayos de diferentes colores, así la Verdad se puede desgranar. Es el dominio de la Masonería enseñar todas las verdades, no sólo la Verdad moral, sino también la política y filosófica, e incluso religiosa, en tanto se refiere a los grandes principios esenciales de cada una. La esfinge era un símbolo. ¿A quién ha desvelado su secreto más íntimo? ¿Quién conoce el significado simbólico de las pirámides?

En lo sucesivo aprenderás quiénes son los enemigos capitales de la libertad humana simbolizados por los asesinos del Maestro Hiram; y en su destino apreciarás que lo que nosotros tan fervientemente ansiamos se impondrá a esos enemigos de la Humanidad contra los que la Masonería ha luchado desde hace tanto tiempo.

IX

Elegido de los Nueve

Originalmente creado para recompensar la fidelidad, la obediencia y la devoción, este grado fue consagrado a la valentía, al fervor y al patriotismo. Una vez que se os ha hecho saber cuáles son los deberes que habéis asumido y las obligaciones que ello conlleva, estas se resumen en un sencillo mandamiento: “Protege al oprimido contra el opresor, y entrégate al honor e interés de tu país”.

La Masonería no es especulativa, ni teórica, sino experimental. No es un sentimiento, sino una práctica. Requiere renunciación y autocontrol. Muestra un rostro severo ante los vicios de los hombres, e interfiere con muchos de nuestros caprichos y fantasías de placer. Penetra más allá de la región de los vagos sentimientos, más allá de las regiones donde los moralistas y filósofos han hilado sus finas teorías y elaborado sus hermosas máximas, para adentrarse en las mismas profundidades del corazón, reprender nuestras debilidades y maldades, arrancar nuestros prejuicios y pasiones y militar contra nuestro ejército de vicios.

Milita contra las pasiones que surgen del seno

de un mundo de buenos sentimientos; un mundo de admirables palabras pero prácticas sucias, de hermosas ideas pero malas obras; un mundo cuyas más oscuras pasiones no sólo están envueltas en costumbre y ceremonia, sino escondidas por un velo de hermosa afectividad. Este terrible solecismo ha existido en todas las épocas. El sentimentalismo más papista ha estado siempre impregnado de infidelidad y vicio; la rigidez protestante a menudo alaba la espiritualidad y la fe al tiempo que ningunea la verdad cotidiana, el candor y la generosidad; y el ultraliberal refinamiento racionalista en ocasiones se remonta al cielo en sus sueños mientras se revuelca en el fango en sus hechos.

Puede haber un mundo de sentimiento masónico, y que sin embargo suponga un mundo de poca o ninguna masonería. En muchas mentes hay un vago y general sentimiento de caridad masónica, generosidad y desinterés, pero no queda ninguna virtud práctica ni activa, ni la habitual amabilidad, autosacrificio o liberalidad. La Masonería actúa sobre esas mentes como las frías pero brillantes luces que titilan y se arremolinan en los cielos del norte. Hay destellos ocasionales de generosidad y sentimientos magnánimos, esplendores efímeros y brillos de pensamiento noble y justo, y resplandores momentáneos que

iluminan el cielo con su imaginación; pero no hay calor de vida en el corazón, que permanece tan frío y estéril como las regiones Árticas o Antárticas. No hacen nada, no alcanzan ninguna victoria sobre ellos mismos, no hacen ningún progreso; todavía están en el rincón nordeste de la logia, igual que cuando fueron colocados allí como aprendices. Y no cultivan la Masonería de forma determinada, resoluta y regular, como se cultiva un terreno, una profesión o una disciplina de estudio. Su Masonería se nutre de sentimientos vagos e ineficaces, de resultados lamentablemente áridos; se nutre de palabras, retórica y finos ademanes.

La mayoría de los hombres tienen *sentimientos*, pero no *principios*. Los primeros son sensaciones temporales, los segundos impresiones permanentes y directrices de bondad y virtud. Los primeros son generales e involuntarios, y no alcanzan el rango de virtud. Todo el mundo los siente, surgen espontáneamente en cada corazón. Los segundos son reglas de acción, y dan forma a nuestra conducta, que es en lo que insiste la Masonería.

Aprobamos racionalmente el bien, pero cometemos el mal. Es la vieja historia de los defectos humanos. Nadie defiende ni alaba la injusticia o el fraude, la opresión, la codicia, la

venganza, la envidia o la calumnia, y sin embargo, cuántos de los que condenan estas cosas son ellos mismos culpables de ellas. No es raro que aquel que se indigna por una perversa injusticia, cruel opresión, diabólica calumnia; o por la miseria causada por un despilfarro desenfrenado; aquel cuya ira se inflama ante los agraviados y arruinados por el mal, resulta él mismo con respecto a otro hombre injusto, opresivo, envidioso o maledicente. ¡Qué maravillosamente indignante resulta el pobre hombre que codicia la reputación de otro!

Un gran predicador bien dijo: “Por lo tanto no tienes perdón, Oh hombre, quien quiera que seas, que juzgas; pues al juzgar a otro te condenas a ti mismo; pues tú que juzgas haces las mismas cosas”. Es sorprendente ver como los hombres pueden hablar de virtud y honor al tiempo que su conducta niega ambas. Es curioso ver con qué maravillosa facilidad muchos hombres malos citan las Escrituras, como si pronunciar buenas palabras tranquilizase sus conciencias mezquinas; y cómo disfrazan malas acciones con textos sagrados torcidos para sus propósitos. Por lo general, cuanto más habla un hombre de Caridad y Tolerancia, más extrañas le resultan; cuanto más habla de Virtud, menos la practica. Su boca habla de la abundancia del corazón, pero a menudo la

realidad es justamente la contraria. Y el vicioso y el carnal a menudo expresan, y en cierto sentido sienten, un fuerte disgusto ante el vicio y los desórdenes carnales. La hipocresía no es tan frecuente como se imagina.

Aquí, en la logia, la virtud y el vicio son únicamente cuestiones de reflexión y sentimiento. Hay poca oportunidad de practicar cualquiera de ambos; y los masones se aprestan con ligereza a la discusión sobre virtud y vicio porque no tendrá consecuencias. Es cómodo y seguro aquí *sentir* sobre estas materias. Pero mañana, cuando respiren la atmósfera de ganancias mundanas y la competencia, y las pasiones sean de nuevo atizadas ante las oportunidades de placer ilegítimo, todas sus sutiles emociones acerca de la virtud, toda su generosa condena del egoísmo y la sensualidad se disipará como una nube al amanecer.

A ratos, sus emociones y sentimientos son sinceros y reales. Los hombres pueden estar verdaderamente, en un cierto sentido, interesados en la masonería. Al tiempo que son fatalmente deficientes en la virtud. No se trata siempre de hipocresía. Los hombres pueden orar fervorosa y sinceramente, y sin embargo ser constantemente culpables de actos tan malos y perversos, tan egoístas e injustos, que los crímenes que atiborran

los estrados de nuestros tribunales rara vez son peores. Un hombre puede ser una buena clase de hombre en general, pero ser muy malo en particular: bueno en la logia pero mezquino en el mundo; bueno en público pero malo con su familia; bueno en su hogar pero perverso si se encuentra de viaje o en una ciudad extraña. Un hombre desea de corazón y con seriedad ser un buen masón. Así lo afirma, y es sincero. Pero si requieres de él que resista una cierta pasión, que realice un pequeño sacrificio, que controle su apetito en una fiesta, o que contenga su temperamento en una disputa, descubrirás que él no desea ser un buen masón, *en ese momento concreto*; o, si lo desea, no es capaz de resistir a sus peores impulsos.

Los *deberes* de la vida son más que la vida misma. La ley impone a todo ciudadano que anteponga el urgente servicio a su nación a la seguridad de su vida. Si un hombre recibiese la orden –dijo un gran escritor- de traer provisiones o munición para socorrer a cualquiera de las ciudades del Rey que se encuentran en peligro, él no puede, por ningún peligro o tormenta que haya, justificar el tirarlas por la borda; pues ahí rigen las palabras pronunciadas por el romano, cuando la misma necesidad o inclemencia le disuadían de

embarcar: “*Necesse est ut eam, non ut vivam*”, *es necesario que yo vaya, no que yo viva*. ¡Con qué ingratitud parte aquel que muere y no hace nada para reflejar algo de gloria en el Cielo! ¡Qué vacío resulta el árbol que vive, que se extiende y penetra en la tierra, y sin embargo no deja ni una semilla, ni una buen obra que genere otra tras él! No todos pueden dejar lo mismo, pero todos pueden dejar *algo* que corresponda a sus proporciones y a su clase. Los que parten sin dejar nada detrás de sí están muertos y son semillas de maíz marchitas, de las que no germinará ningún brote. Difícilmente encontrará el camino al Cielo quien desea llegar a él por sí solo.

El Trabajo no es nunca totalmente infructuoso. Aun cuando no aporte alegría con el beneficio siempre ahuyentará comportamientos licenciosos. Hay una especie de buen ángel aguardando sobre la Diligencia que siempre lleva un laurel en la mano para coronarla. ¡Cuán poco valioso resultó aquel hombre que nunca hizo nada, sino que únicamente vivió y murió! Que tengamos la libertad para no hacer nada deberíamos considerarlo como un don de los Cielos; pero que tengamos mentes que puedan inclinarnos a emplear correctamente esa libertad, ese es el gran regalo de la Deidad. La Masonería es acción, no

reposo. Exige a sus iniciados trabajar, activa y conscientemente, para beneficio de sus hermanos, su país, y la humanidad. Es el ángel guardián de los oprimidos, y reconforta y alivia al desgraciado y maltrecho. Considera mejor honor ser el instrumento del avance y la reforma, que no disfrutar de todo aquello que el rango, el cargo y los altos títulos pueden proporcionar. Es la abogada de la gente común en aquello que concierne a los intereses de la humanidad. Detesta el poder insolente y la usurpación impúdica. Compadece al pobre, al afligido y al desconsolado; se esfuerza por educar e instruir al ignorante, al deshauciado y al degradado.

La fidelidad a su misión queda evidenciada por la dimensión de los esfuerzos que lleva a cabo y los medios que pone en juego para favorecer al pueblo en general y mejorar su condición. Y la labor más importante, dentro de su ámbito, es la de promover la educación de los hijos de los desfavorecidos. Un pueblo inteligente, conocedor de sus derechos, pronto será consciente de su poder, y no podrá ser oprimido durante mucho tiempo; y si no hubiese un pueblo sensato y virtuoso, los elaborados ornamentos de la cima de la pirámide de la sociedad serán una pobre compensación para la falta de solidez de la base. Nunca es seguro para una nación descansar sobre

el regazo de la ignorancia, y si alguna vez hubo un tiempo en que la tranquilidad pública estuvo asegurada por la ausencia de conocimiento, esa época es pasada. La estupidez irreflexiva no puede dormir sin ser apaleada por fantasmas y agitada por terrores. La mejora de la masa popular es la mejor garantía de la libertad del pueblo; y ante la negación de esta mejora, la cortesía, el refinamiento y el conocimiento acumulado en los niveles altos y clases adineradas algún día perecerá como la hierba seca en el ardiente fuego de la furia popular. No es la misión de la Masonería comprometerse en tramas ni conspiraciones contra el gobierno civil, y no realiza propaganda fanática de ningún credo o teoría, ni se proclama por sí misma enemiga de los reyes. Es apóstol de la libertad, igualdad y fraternidad; pero no postula más por el republicanismo que por la monarquía constitucional. No establece alianzas dudosas con ninguna secta de teóricos soñadores o filósofos. No reconoce como sus iniciados a aquellos que atentan contra el poder civil o contra toda autoridad legítima, al tiempo que proponen privar a los moribundos del consuelo de la religión. Se sitúa al margen de toda secta y credo en su propia quietud y dignidad, sea cual sea el gobierno. Así era ya cuando la raza humana se hallaba en la

cuna, cuando ningún pie humano había pisado el suelo de Asiria y Egipto, y ninguna colonia había cruzado los Himalayas en dirección al Sur de la India, Media, o Etruria. La Masonería no tolera la anarquía ni las costumbres disipadas, y ninguna ilusión de gloria o emulación extravagante de los antiguos la inflama con una sed antinatural de Libertad ideal o utópica. La Masonería enseña que en la rectitud de la vida y en la sobriedad de las costumbres se halla la única garantía de continuidad de la libertad política, y es prioritariamente adalid de la santidad de las leyes y derechos de conciencia. Reconoce como verdad que la necesidad, así como el derecho abstracto y la justicia ideal, debe tomar parte en la confección de las leyes, la administración de los asuntos y la regulación de las relaciones en la sociedad. Considera, desde luego, que la necesidad gobierna en los asuntos de los hombres. Sabe que donde cualquier hombre, o cualquier grupo o raza humana, es tan débil de intelecto, tan degradado o incapaz como para controlarse a sí mismo, o es tan inferior dentro de la escala de humanidad como para no ser apto para que se le encomienden las más altas prerrogativas de la ciudadanía, la gran ley de la necesidad se impone. Pues la paz y la seguridad de la comunidad y el país requieren que permanezcan bajo control de

aquellos con mayor intelecto y superior sabiduría. La Masonería confía y cree que Dios desea, en su propia medida del tiempo, llevar adelante sus grandes y sabios propósitos, y que desea aguardar donde no contempla con claridad el camino para un bien cierto; y la Orden desea y ansía el día en que todas las razas de hombres, incluso las más inferiores, sean elevadas y sean aptas para la libertad política; cuando, como todos los demás males que afligen la Tierra, la pobreza y las ataduras o dependencias abyectas, cesen y desaparezcan. Pero no predica la revolución para aquellos que son monárquicos, ni la rebelión que solo puede terminar en desastre y derrota, o en la sustitución de un tirano por otro, o de una multitud de déspotas por otra. Donde quiera que un pueblo está capacitado para ser libre y para gobernarse a sí mismo, y lucha generosamente porque así sea, ahí están todas las simpatías de la Masonería, que detesta al tirano, al opresor sin ley, al usurpador militar y a aquel que pisotea el poder legal. Desaprueba la crueldad y todo aquello que lesione los derechos de la Humanidad. Aborrece al empresario egoísta, y con su influencia aligera las cargas que la necesidad y la dependencia imponen sobre el obrero, al tiempo que fomenta la humanidad y la suavidad que el hombre debe incluso al más pobre y más infortunado hermano.

La Masonería nunca puede ser empleada, en ninguna nación bajo el Cielo, para enseñar tolerancia ante la crueldad, para mitigar el odio moral contra el culpable, o para degradar y embrutecer el alma humana. El miedo al castigo nunca convertirá al masón en cómplice de una tal corrupción para sus paisanos, ni en un maestro de barbarie y degradación. Si en cualquier lugar, como ha sucedido hasta ahora, un tirano castigase al responsable de una crítica satírica contra su tiranía condenándolo como difamador en un tribunal, un masón que actuase de jurado en tal caso, aun previendo el chorro de su sangre inocente caer del cadalso, y entre el ruido de bayonetas que pretendiese atemorizar al jurado, rescataría al intrépido satirista de las garras del tirano, y enviaría a los funcionarios fuera del tribunal derrotados y caídos en desgracia. Incluso si toda la ley y la libertad fuesen aplastadas bajo los pies de demagogos jacobinos o bandidos milicianos, e incluso si grandes crímenes fuesen perpetrados de forma triunfal contra aquellos que son merecidamente objetos de veneración popular; si el pueblo, derogando la ley, rugiese como un océano alrededor de los tribunales de justicia exigiendo la sangre de aquellos que, durante la temporal locura popular o delirio colectivo, se hubiesen vuelto impopulares y

odiosos debido a palabras pronunciadas con un sentido de responsabilidad varonil, o por actos impopulares realizados con valentía, el jurado que fuese masón, sin sentir temor ante el tirano, ya fuese de una o muchas cabezas, tan sólo seguiría los dictados del deber, y se interpondría con noble firmeza entre los tigres humanos y su presa codiciada.

El masón preferirá pasar su vida escondido en los rincones de la más profunda oscuridad, alimentando su mente con las visiones de buenos hechos y nobles acciones, antes que ser colocado en el más espléndido trono del universo pero atormentado por la imposibilidad de cumplir el deber y observando cómo lo que podría haber llegado a ser una gran bendición se ha convertido en la mayor maldición. Y si le ha sido concedido dar un paso, aún siendo el más pequeño, para un fin grande y digno de alabanza; si ha sido partícipe en cualquier medida para dar sosiego a la propiedad privada o a la conciencia privada, haciendo más ligero el yugo de la pobreza, o aliviando a hombres justos de la opresión; si ha colaborado a reconciliar a los diferentes bandos de su propio país entre ellos, o al pueblo con el gobierno por el pueblo mismo creado; o a enseñar al ciudadano a mirar por la protección de las leyes de su nación, por su felicidad y la buena

voluntad de sus compatriotas; si, por lo tanto, ha tomado parte en su mejor medida, en la mejor de sus acciones, bien puede cerrar el libro, aunque aún quisiera leer una o dos páginas más. Es suficiente para su medida. No ha vivido en vano.

La Masonería enseña que todo poder se delega para el bien, y no para el perjuicio del Pueblo; y que, cuando esa delegación se aleja de su propósito original, el contrato se ha roto, y el derecho debe ser restituido; enseña que la resistencia al poder usurpador no es únicamente un deber que el hombre se debe a sí mismo y a sus semejantes, sino un deber que él debe a su Dios, pues es el deber de mantener y afirmar el rango que Él le otorgó en la creación. Este principio ni puede extinguirse por la tosquedad de la ignorancia ni expirar por la debilidad del refinamiento. Es perverso para el hombre sufrir cuando es el momento de actuar, y como él tiende a preservar el destino original de la Providencia para sí mismo, desprecia al tirano arrogante y proclama la naturaleza independiente de la raza a la cual pertenecemos. El masón sabio y cultivado nunca cesará de ser soldado de la Libertad y la Justicia. Estará dispuesto a tomar parte en la defensa de ambas, donde quiera que sea preciso. Nunca puede provocarle indiferencia el hecho de

que su propia libertad y la de otros hombres, de cuyos méritos y capacidad él es consciente, se halle en peligro. Pero este compromiso será para con la causa, pues es la causa del Hombre, y no únicamente de la nación. Donde quiera que haya un pueblo que comprenda el valor de la justicia política y esté preparado para defenderla, esa es su nación; donde quiera que pueda contribuir más a la difusión de estos principios y a la verdadera felicidad de la Humanidad, allá estará su patria. El masón no desea para las naciones otro beneficio que la Justicia.

El verdadero masón identifica el honor de su país con el suyo mismo. Nada lleva más a la gloria y belleza del propio país que la preservación, contra todos los enemigos, de su libertad civil y religiosa. El mundo nunca dejará caer en el olvido los nombres de aquellos patriotas que, en distintas épocas, han sufrido en sus propios pechos las explosiones disparadas por sus enemigos insolentes contra el corazón de su propio país. Pero también colabora, en no poca medida, a la belleza y gloria de la propia nación, que la justicia sea siempre administrada de forma igual para todos, y nunca se niegue, se venda o se retrase para nadie; que se tenga en cuenta el interés de los pobres, y nadie padezca hambre o se vea indigente, o suplique en vano por un

empleo; que no se explote a los niños y a las mujeres débiles, ni el esclavo o aprendiz sea mal alimentado o exprimido sin piedad; y esas grandes leyes de Dios, leyes de piedad, humanidad y compasión, deben ser defendidas no sólo por la ley, sino también por la opinión pública. Y aquel que trabaja, a menudo contra el reproche y la vergüenza, y más a menudo contra la indiferencia y la apatía, para que se alcance ese estado de cosas y para que la gran ley divina sea obedecida en todas partes y siempre, no es menos patriota que aquel que ofrece su pecho al acero hostil en las filas del ejército de su país.

Pues la fuerza no solo se ve resplandecer en el campo de batalla o en el choque de las armas, sino que pone en juego su energía bajo cada dificultad y contra cada asaltante. Aquel que se bate contra la crueldad, la opresión y viejos abusos, lucha por el honor de su nación, que se ve fortalecido; y el honor de la patria es tan importante como su existencia. Muchas veces, de hecho, la batalla contra los abusos que malogran la propia nación es tan arriesgado e incluso más descorazonador que la carga contra sus enemigos en el campo de batalla, y merece la misma, si no mayor recompensa. Pues aquellos griegos y romanos que son objeto de nuestra admiración emplearon duramente cualquier otra virtud para

extirpar tiranos, que no la del amor a la Libertad, lo que les hizo ser raudos en tomar la espada y fuertes para usarla. Cumplieron la empresa con facilidad, entre el griterío general de alabanza y alegría. No se comprometieron en el intento afrontándolo como una empresa peligrosa y de difícil consecución, sino como una competición para discernir quién era el más virtuoso, y obtener la recompensa de su época: sus sienes ceñidas de laurel y su memoria consignada para la fama inmortal. Pero aquel que comete abusos de pelo cano, contemplados quizá con una reverencia supersticiosa, en torno a la cual viejas leyes permanecen como murallas y bastiones para defenderles; quien defiende actos de crueldad y ultraje contra la humanidad que convierten a cada perpetrador en enemigo personal, y quizá le hacen ser mirado con sospecha entre el pueblo en que vive, por ser el instrumento de un orden establecido de cosas de las que él defiende únicamente los abusos, o de unas leyes de las que él defiende solamente las violaciones - ese difícilmente puede buscar una recompensa presente, por mucho que su cabeza sea ceñida de laurel. Y si, combatiendo contra una larga cadena de opiniones arcaicas, supersticiones, oprobios y temores que la mayoría de los hombres temen más que a un terrible ejército con sus estandartes

enhiestos, el masón vence y resulta victorioso de la disputa; o si no alcanza la conquista, sino que es abatido y barrido por la poderosa corriente de los prejuicios, pasiones e intereses, en cualquier caso lo elevado del espíritu que muestra le granjea mucho más que una fama mediocre.

Ya ha vivido demasiado aquel que ha sobrevivido a la ruina de su nación; y aquel que puede disfrutar de la vida tras semejante acontecimiento merecería no haber siquiera vivido. Ni merece vivir quien contempla desdeñosamente como se desfigura su patria con abusos, crueldades deshonrosas y escenas de miseria y brutalidad; o mientras una sórdida maldad y venganzas innobles la convierten en sinónimo de escarnio entre todas las naciones generosas, y no se esfuerza para remediarlo o prevenirlo. Una nación no está a menudo en guerra, ni tampoco se ofrece a todos el privilegio de exponer su corazón a las balas enemigas. Pero en estas patrióticas labores de paz, prevenir, remediar y deshacer males, opresiones, entuertos, crueldades y ultrajes, todo masón puede colaborar, y cada uno puede llevar algo a cabo y compartir la gloria del resultado.

Pues los nombres capitales de la historia del intelecto humano son escasos y fáciles de recordar; pero miles y decenas de miles emplean

sus días en preparativos que aceleran el cambio predestinado, juntando y acopiando los materiales que prenderán y darán luz y calor cuando el fuego celestial descienda sobre ellos. Son incontables los posaderos y pioneros, los artesanos y orfebres que sirven al avance del intelecto. Muchos avanzan en destacamentos, y nivelan el camino por el que el carro pasará, y talan los obstáculos que impedirían su progreso; y estos también tendrán su recompensa. Si trabajan con fe y prontamente a su llamada, no solo disfrutarán la satisfacción sosegada que siempre proporciona la diligencia al realizar las tareas más humildes; no sólo será dulce el sudor de sus cejas, y endulzará lo que venga después; sino que, cuando la victoria sea finalmente alcanzada, tendrán su parte de gloria; incluso el más humilde soldado que luchó en Maratón o en King's Mountain participó de la gloria de aquellos días; y en su círculo íntimo será contemplado con admiración como representante de todos sus hermanos heroicos, y podrá narrar historias que harán brotar las lágrimas en la mejilla de su esposa, y encenderán los ojos de su hijo con un inusual y chispeante entusiasmo. O, si cayó en la lucha, y su lugar junto al fuego quedase vacío en lo sucesivo, ese lugar será sagrado, y se hablará a menudo de él en los largos anocheceres de invierno; y su familia será

considerada afortunada, pues formó parte de ella un héroe que cayó en defensa de su nación.

Recuerda que la longitud de una vida no se mide por sus días y horas, sino por lo que hemos hecho en ella por nuestros semejantes y nuestra nación. Una vida baldía es corta aún durante un siglo, mientras que la vida de Alejandro fue larga como la vida de un roble aunque muriese con treinta y cinco años. Podemos hacer mucho en unos pocos años, y podemos no hacer nada en toda una vida. Si nos limitamos a comer, beber y dormir, y dejar que todo suceda a nuestro alrededor como le plazca; o si vivimos para amasar riquezas, ganar honores o portar títulos, podríamos no haber vivido en realidad, y no tendríamos derecho a esperar la inmortalidad.

Por lo tanto, no olvides el voto que has tomado en este grado. ¡Defiende al débil contra el fuerte, al despreciado contra el poderoso, al oprimido contra el opresor! ¡Mantente siempre vigilante y alerta de los intereses de tu nación! ¡Y que el Gran Arquitecto del Universo te dé la Fuerza y la Sabiduría que te permitan llevar a cabo estos sublimes deberes de forma recta y leal!

X

Ilustre Elegido de los Quince

(Elegido de los Quince)

Este grado está consagrado a los mismos objetivos que el Elegido de los Nueve, pero también a la causa de la Tolerancia y la Libertad contra el Fanatismo y la Persecución, ya sea política o religiosa, así como a la Educación, la Instrucción y la Ilustración contra el Error, la Barbarie y la Ignorancia. A estos fines has comprometido tu mano, tu corazón y tu intelecto de forma irrevocable y eterna; y cuando quiera que un Capítulo de este grado se abra en tu presencia se te recordarán solemnemente tus votos tomados en el altar.

Tolerancia es sostener que cualquier otro hombre tiene el mismo derecho de pensamiento y de fe que nosotros mismos. Y Amplitud de Espíritu es sostener que ningún ser humano puede afirmar con certeza, en caso de choque entre credos hostiles, qué es verdad o que él está en posesión de ella, de forma que se puede sentir que el otro es igualmente sincero u honesto consigo mismo, y que a pesar de sostener una opinión contraria a la mía, puede estar en posesión de la verdad; y que lo que uno cree firme y conscientemente, *es verdad para uno mismo*. Estos son los enemigos mortales de ese fanatismo que persigue las opiniones e inicia cruzadas

contra cualquier cosa que, en su santidad imaginaria, se considera contrario a la ley de Dios o a la verdad del dogma. Y la Educación, la instrucción y la ilustración son los medios más seguros para que el fanatismo y la intolerancia sean despojados de su poder.

Ningún verdadero masón se mofa de las honestas convicciones y celo ardiente en la causa de lo que uno cree ser verdad y justicia. Pero niega rotundamente el derecho de cualquier hombre a asumir prerrogativas de la Deidad, condenando la fe y opiniones de otros y juzgándolas merecedoras de ser castigadas por heréticas. Ni tampoco aprueba el proceder de aquellos que ponen en peligro la paz y sosiego de grandes naciones, así como el mejor interés de su propia raza entregándose a aventuras visionarias y quiméricas (lo que consiste principalmente en dar la vuelta a sus vestimentas para evitar cualquier contacto con sus semejantes, al tiempo que se proclaman más santos que el resto). Pues el masón sabe que tales locuras son a menudo más calamitosas que la ambición de los reyes, y que la intolerancia y el sectarismo han sido maldiciones infinitamente peores para el género humano que la ignorancia y el error. ¡Mejor cualquier error que la persecución! ¡Mejor es cualquier opinión que el aplastapulgares, el potro de estiramiento o la

estaca de la pira! Y sabe también cuán inenarrablemente absurdo es, para una criatura para la que ella misma y todo alrededor suyos son misterios, torturar y despedazar a otros porque no piensan como él al contemplar lo más profundo de esos misterios y al intentar comprender lo que está por completo más allá de la comprensión tanto del perseguidor como del perseguido.

La Masonería no es una religión. Aquel que hace de ella una creencia religiosa la falsifica y la desnaturaliza. El brahmán, el judío, el mahometano, el católico y el protestante, cada uno profesando su particular religión, sancionada por las leyes, por el tiempo y por el entorno, debe atenerse a ellas, y no puede tener dos religiones, pues las normas sociales y las leyes sagradas adaptadas a los usos, maneras y prejuicios de cada nación son creación de los hombres. Pero la Masonería enseña, y ha preservado en toda su pureza, los elementos cardinales de la vieja y primitiva fe que subyace y constituye el cimiento de todas las religiones. Todo lo que existió tuvo una base de verdad que ha sido recubierta de una capa de errores. Las verdades primitivas enseñadas por el Redentor fueron pronto corrompidas, mezcladas y combinadas con unas ficciones que no fueron enseñadas a nuestra raza. La Masonería es la moralidad universal válida

para los habitantes de todas las tierras y para los hombres de todos los credos. No enseña doctrinas, excepto aquellas verdades que apuntan directamente al bienestar del hombre; y aquellos que han pretendido emplearla para venganzas inútiles, fines políticos y prácticas jesuíticas tan sólo la han pervertido para propósitos ajenos a su verdadero espíritu y auténtica naturaleza. El género humano se ha hecho adulto y ha superado los sacrificios y mitologías de la infancia del mundo. Aún así es fácil para la indolencia humana permanecer apegada a estas ayudas y rehusar avanzar. De esta forma, el nómada conservador de los páramos tártaros siempre mantiene sus rebaños en el mismo círculo de pastos consumidos, mientras el hombre que progresa marcha buscando campos verdes y pastos frescos. El segundo es el verdadero masón; y el mejor, y en realidad el único masón bueno es aquel que con el poder del trabajo hace que la vida prosiga su curso; es el mecánico honesto, el comerciante, el granjero, el hombre con capacidad de pensamiento, de justicia, o de amor, es aquel cuya vida completa resulta un gran acto de deber masónico. La forma natural de emplear la fuerza, en el caso del hombre fuerte, o la sabiduría, en el caso del hombre sabio, es realizando el trabajo de un hombre fuerte o de un hombre sabio. El trabajo

natural de la Masonería es la vida real, el empleo de las facultades en sus propias esferas y para sus funciones naturales. El Amor a la Verdad, la Justicia y la Generosidad, como atributos de Dios, deben aparecer en una vida marcada por estas cualidades; esa es la única norma real de la Masonería. Hacer profesión de las convicciones personales, unirse a la Orden, asumir sus obligaciones y asistir a las ceremonias tiene el mismo valor en el trabajo que en la Masonería; la forma natural de Masonería es la bondad, la moralidad, y llevar una existencia honesta, justa, de buen corazón y fiel como es debido en un buen hombre. Es la obediencia leal a las leyes de Dios.

El buen masón hace el bien conforme aparece por su camino, y porque ha aparecido en su camino; lo hace por amor al deber, y no porque exista una ley, humana o divina, que ordene a su voluntad hacerlo. El masón es leal a su mente, su conciencia, su corazón y su alma, y poca tentación siente de hacer a los otros lo que no le gustaría que le hicieran a él. Se negará un bien a sí mismo para favorecer a su hermano. Su deseo mira en la línea de su deber, de forma que ambos están en armonía. No en vano acuden a él el pobre y el oprimido. Se encuentran tales hombres en todas las ramas cristianas, protestantes y católicos, en todas las grandes religiones del mundo civilizado,

entre budistas, musulmanes y judíos. Son padres amorosos, generosos ciudadanos, impecables en sus negocios, con una hermosa vida cotidiana. Se aprecia su Masonería en su trabajo y en su recreo, pues aparece en toda forma de su actividad, ya sea individual, doméstica, social, religiosa o política. La verdadera Masonería de su interior se refleja en su conducta exterior, y su moralidad debe transformarse en filantropía. El verdadero Masón no sólo ama a su estirpe y a su país, sino a toda la humanidad; no sólo ama al bueno, sino también al malo de entre sus hermanos. Alberga más bondad de la que su día a día puede contener, y no contento con el deber que se haya en su camino, sale a buscarlo, no únicamente queriendo hacerlo, sino ansiando hacer el bien, extender su verdad, su justicia, su generosidad y su Masonería sobre todo el mundo. Su día a día es una profesión de Masonería, manifestada en perpetua buena voluntad hacia los hombres. Él *no puede* ser un perseguidor ni un inquisidor.

El Masón vive en esta hermosa vida de forma tan natural como es para el castor construir y para el ruiseñor cantar su propia melodía cadenciosa y natural. Igual que de las perennes fuentes mana el riachuelo que rejuvenece la pradera con mayor verdor y con una belleza perfecta floreciendo. De esta forma la masonería cumple con el trabajo que

se supone que debe hacer. El Masón no solloza ni se lamenta, ni hace muecas de disgusto. Vive derecho hacia adelante. Si su vida, como la de todos los hombres, está marcada por errores y pecados, él ara sobre el terreno baldío con su remordimiento, planta nuevas semillas y el árido desierto florece como una rosa. Él no está condicionado por formas de pensar, actuar o sentir. Acepta lo que su mente contempla como verdadero, lo que su conciencia dicta como correcto, lo que su corazón considera como generoso y noble, y aparta de sí todo lo demás. Aunque los ancianos y los hombres respetables de la Tierra le exigiesen que se inclinase ante ellos, sus rodillas obstinadas se inclinarían únicamente ante el dictado de su alma varonil. Su Masonería es su libertad ante Dios, no su atadura ante los hombres. Su mente actúa según la ley universal del intelecto, su conciencia según la ley universal moral, sus afectos y su alma según sus correspondientes leyes universales, y así él resulta fuerte por la fuerza de Dios, estando en comunión con Él por estos cuatro elementos. Las viejas teologías, las religiones filosóficas de los tiempos antiguos ya no nos bastan. Los deberes de la vida deben cumplirse. Estamos para cumplirlos, conscientemente obedientes a la ley de Dios, no como ateos que aman su propio

beneficio. Hay vicios cotidianos que deben ser corregidos. Por todas partes se necesita moralidad y filantropía. Hay errores que deshacer y que deben ser llenados con nuevas verdades, radiantes de gloria celestial. Hay grandes males y errores, en la Iglesia y el Estado, en la vida doméstica, social y pública que corregir y superar. La Masonería no puede, en nuestro tiempo, abandonar el ancho camino de la vida. Debe viajar por la calle abierta, hacerse presente en la plaza abarrotada y enseñar a los hombres en base a sus hechos, más elocuentes que cualquier discurso.

Este grado está principalmente dedicado a la TOLERANCIA, e inculca de la manera más enérgica que la gran idea principal del Arte Antiguo, la creencia en un solo Dios verdadero, así como una vida recta y virtuosa constituyen los únicos requisitos necesarios para permitir a un hombre ser Masón.

La Masonería tiene el más vívido recuerdo de los tormentos terribles que se emplearon para imponer nuevas formas de religión o extinguir las antiguas. Observa con el ojo de la memoria el exterminio despiadado de cualquier pueblo, sin importar sexo o edad, porque era su desgracia no conocer el Dios de los judíos, o adorarle bajo el nombre equivocado, por parte de las salvajes

tropas de Moisés y Josué. Contempla los aplastapulgares y el potro de estiramiento, el látigo, la horca y la estaca de pira, las víctimas de Diocleciano o del Duque de Alba, los miserables Puritanos y Presbiterianos, la quema de Miguel Servet y el ahorcamiento de los inofensivos cuáqueros. Contempla a Cranmer sosteniendo su mano en alto entre las llamas hasta caer entre el calor que le consumía. Contempla las persecuciones de Pedro y Pablo, el martirio de Esteban, los procesos de Ignacio, Policarpo, Justino e Ireneo; y al contrario, los sufrimientos de los paganos despedazados bajo los emperadores cristianos, igual que padecían los católicos en Irlanda bajo la reina Isabel y el sangriento Henry. La virgen romana desnuda ante los leones hambrientos; igual que la joven Margaret Graham, atada a la estaca a nivel del agua y dejada ahogar mientras ella cantaba himnos a Dios hasta que las aguas impías cubrieron su cabeza; la Masonería contempla a todos aquellos que han sufrido hambre y miseria, peligro y prisión, estaca y espada, los observa a todos y tiembla ante la larga lista de atrocidades humanas. Y es testigo también de la opresión todavía practicada en nombre de la religión: hombres abatidos a tiros en prisiones cristianas de la Italia cristiana por leer la Biblia cristiana;

en casi todos los estados cristianos, leyes prohibiendo la libertad de expresión en todo aquello referido a la Cristiandad; y las horcas elevándose sobre los púlpitos.

Los fuegos de Moloch en Siria, las severas mutilaciones en nombre de Astarté, Cibeles y Jehová; las atrocidades de los torturadores paganos del Imperio; los tormentos aún mayores que los cristianos godorromanos de Italia y España infligieron a sus hermanos; las horrorosas crueldades que han tenido lugar en Suiza, Francia, Países Bajos, Inglaterra, Escocia, Irlanda y América, nada de esto es demasiado cuando se trata de avisar al ser humano de los males impronunciables que se siguen de los errores en materia de religión, y especialmente de investir al Amor de Dios con las pasiones crueles y vengativas de la humanidad imperfecta, y de derramar sangre para sentir que la sangre tiene un sabor dulce en nuestras fosas nasales y que los lamentos de agonía resultan deliciosos para los oídos.

El hombre nunca ha tenido el derecho de usurpar la prerrogativa de Dios y condenar y castigar a otro por sus creencias. Nacidos en un país protestante, profesamos esa fe. Si hubiésemos abierto los ojos bajo las sombras de San Pedro en Roma, habríamos sido devotos católicos; de

haber nacido en el barrio judío de Alepo, consideraríamos a Jesucristo como impostor; de haberlo hecho en Constantinopla habríamos exclamado *¡No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta!* El nacimiento, el lugar y la educación nos determinan la fe. Pocos creen en una religión porque hayan examinado las evidencias de su autenticidad y hayan realizado un juicio formal tras sopesar los testimonios. Ni un hombre entre mil conoce algo acerca de las *pruebas* de su fe. Creemos lo que se nos enseña, y los que menos saben acerca del fundamento en que se basa su credo resultan ser los más fanáticos. Los hechos y testimonios no son, salvo en muy raras excepciones, el fundamento de la fe. Es una ley imperativa de la Economía de Dios que, inamovible e inflexible como Él es, el hombre debe aceptar sin cuestionarse la creencia de aquellos entre los que nace y es criado; la fe que de esta forma se ha convertido en una parte de la naturaleza del individuo resiste toda evidencia en contra, e incluso se desdeñará la evidencia en contra de los propios sentidos antes que abandonar la fe que ha crecido en él, y que es carne de su carne y huesos de sus huesos.

Lo que es verdad *para mí* no es verdad *para otro*. Los mismos argumentos que convencen a un alma no causan impresión en otra. Esta diferencia

se da en los hombres al nacer. Ninguno está legitimado positivamente para afirmar que él tiene razón donde otros hombres de semejante inteligencia e igual formación sostienen directamente la opinión opuesta. Cada uno considera imposible que el otro sea sincero y al mismo tiempo ambos están igualmente en error. ¿Qué es verdad? Es una pregunta profunda, la más sugerente jamás planteada al hombre. Muchas creencias de tiempos pasados y presentes parecen incomprensibles, y nos amenazan con una nueva perspectiva del alma humana, ese elemento misterioso, más misterioso cuanto más contemplamos sus obras. Dadme un hombre superior a mí en intelecto e instrucción, y aún así sus creencias me resultarán absurdas al punto de ni molestarme en refutarlas. Y tampoco podré concebir, y sinceramente no creeré, que él sea tanto juicioso como honesto, pese a serlo. Su razón es tan perfecta como es la mía, y él es tan honesto como yo soy. Las ilusiones de un lunático son realidades para él. Nuestros sueños son realidades mientras duran, pero al despertar quedan en el pasado. Las fantasías del lunático son realidad para él, y en la vigilia permanecen vívidas y ciertas. Ningún hombre puede decir que goza con certeza de la posesión de la verdad como si poseyese un palacete. Cuando los

hombres alimentan opiniones diametralmente opuestas los unos a los otros, y todos son honestos, ¿quién decide quién se haya en la verdad y quién puede afirmar con certeza que la tiene? No sabemos qué es la verdad. Que nosotros creamos y sintamos con absoluta certeza que nuestra opinión es cierta no es en realidad ni la más mínima prueba de nada, por muy cierto e infalible que nos resulte. Ningún hombre es responsable de la verdad de su fe, tan sólo de que esta persiga buenos fines.

Por lo tanto ningún hombre tiene o ha tenido jamás el derecho de perseguir a otro por sus creencias, pues no puede haber dos derechos antagonistas; y si uno puede perseguir a otro por considerar que sus creencias son erróneas, el otro tiene, por la misma razón, el mismo derecho a perseguir al primero. La verdad nos llega coloreada y sesgada por nuestros prejuicios e ideas previas, que son tan viejos como nosotros mismos y tan fuertes como si estuviesen dotados de una fuerza divina. La Verdad nos llega como una piedra nos llega del agua: deformada y distorsionada. Un argumento se adentra en la mente de un hombre y le convence mientras que en otra mente rebota como una bola de marfil arrojada al mármol. No tiene mérito para un hombre profesar una particular fe, por muy sólida,

excelente y filosófica que pueda ser, si la bebió con la leche de su madre. No es mayor mérito que sus prejuicios y sus pasiones.

El musulmán sincero tiene tanto derecho a perseguirnos a nosotros como nosotros a perseguirle a él; y por ello la Masonería no exige más que la creencia en Una Gran Todopoderosa Deidad, que es Padre y Preservador del Universo. Por ello enseña a sus adeptos que la tolerancia es uno de los primeros deberes en todo buen masón, y que es parte componente de la caridad, sin la cual sólo seríamos estatuas vacías de masones, mero latón sonoro y timbales tintineantes.

Ningún mal ha afligido tanto el mundo como la intolerancia ante la fe religiosa. Los seres humanos asesinados, si pudiesen ser devueltos a la vida, harían por sí solos toda una nación. Si se les hubiese permitido vivir y multiplicarse habrían doblado la población de la parte civilizada del globo; porción civilizada en la que las guerras de religión tienen lugar principalmente. El tesoro y el trabajo humano así perdido habrían convertido la Tierra en un jardín en el que, de no ser por sus malas pasiones, el hombre podría vivir ahora tan feliz como en el edén.

Ningún hombre obedece realmente la Ley

Masónica si únicamente tolera a aquellos cuyas creencias religiosas se oponen a las suyas. Las opiniones de cada hombre son su propiedad íntima, y los derechos de todos los hombres de tener la suya propia son perfectamente iguales. Tan sólo *tolerar* o *soportar* una opinión que se oponga a la nuestra, es suponerla como herética, y afirmar el derecho a perseguirla, si pudiésemos, y presentar nuestra tolerancia como un mérito. El credo del Masón va más allá. Sostiene que ningún hombre tiene el derecho de interferir en el credo de otro, y que cada hombre es totalmente soberano en lo que concierne a sus creencias; creencias que son un asunto totalmente ajeno para aquellos que no las comparten. Y que si hubiese algún derecho de persecución, este derecho sería mutuo en todo caso, pues ninguna parte puede arrogarse el derecho de constituirse en juez al tiempo que es parte, y únicamente Dios es el magistrado adecuado que puede decidir, en verdad, entre ellos. A ese Gran Juez eleva la Masonería el asunto, y abriendo ampliamente sus puertas, invita a entrar y a convivir en paz y armonía al protestante, al católico, al judío, al musulmán, a cualquier hombre que desee llevar una vida realmente moral y virtuosa, amar a sus hermanos, velar por los enfermos y los afligidos, y creer en el único, Todopoderoso, Omnisciente,

Omnipresente DIOS, Arquitecto, Creador y Preservador de todas las cosas, por cuya universal Ley de Armonía todo funciona en este Universo (gran y vasto círculo de sucesiva Muerte y Vida), Creador a cuyo Inefable Nombre todos los verdaderos masones rendimos el más profundo homenaje, y por cuyas incontables bendiciones derramadas sobre nosotros sentimos la más sincera gratitud, ahora y siempre.

Debemos ser tolerantes con los credos de los demás, pues en toda fe hay excelentes preceptos morales. En la lejana Asia Meridional, Zaratustra enseñó esta doctrina: "Al comenzar el viaje, el Creyente debería dirigir sus pensamientos a Ormuz, y reconocerle, en la pureza de su corazón, como Rey del Mundo. Debe amarlo, honrarlo y servirlo. Debe ser justo y caritativo, despreciar los placeres de la carne y evitar el orgullo y la soberbia, así como el vicio en todas sus formas, y especialmente la falsedad, uno de los más despreciables pecados de los que el hombre puede ser culpable. Debe olvidar las injurias y no vengarse. Debe honrar la memoria de sus padres y familiares. Por la noche, antes de retirarse a dormir, debería examinar rigurosamente su conciencia y arrepentirse de los errores que la debilidad o la mala fortuna le han llevado a cometer". Se pedía al Creyente que orase y

suplicase por las fuerzas necesarias para perseverar en el bien y para obtener perdón por sus errores. Era su deber confesar sus pecados a un Mago, o a un laico de virtud renombrada, o al Sol. El ayuno y el castigo del cuerpo estaban prohibidos y, por el contrario, era su deber alimentar apropiadamente el cuerpo y mantenerlo vigoroso, de forma que su espíritu pudiese ser fuerte y resistir a los espíritus de la Oscuridad, así como leer más diligentemente la Palabra Divina y tener más valor para realizar buenas obras.

Y en el Norte de Europa los Druidas enseñaban la devoción a los amigos, la indulgencia ante los errores recíprocos, el gusto por la alabanza bien ganada, la prudencia, la humanidad, la hospitalidad, el respeto por los ancianos, a no temer el futuro, la templanza, el desprecio de la muerte y la cortesía caballeresca hacia las mujeres. Escucha estas máximas del Hava Maal o Sublime Libro de Odín: “Si tienes un amigo, visítale a menudo; el sendero se verá recubierto de hierba y las plantas pronto lo cubrirán si no caminas constantemente sobre él. Es un amigo leal aquel que, no teniendo más que dos panes, da uno a su amigo. Nunca seas el primero en romper con un amigo; el dolor se apodera de aquel que no cuenta con nadie, salvo él mismo, a quien pedir

consejo. No hay hombre virtuoso que no tenga algún vicio, ni hombre malvado que no posea alguna virtud. Feliz es aquel que obtiene la aprobación y buena voluntad de los hombres, pues todo lo que depende de la voluntad de otro es arriesgado e incierto. Las riquezas se desvanecen en un instante, y son las más inconstantes de las amistades; los rebaños perecen, los padres mueren, los amigos no son inmortales, tú mismo eres mortal. Tan solo conozco una cosa que no muere: la reputación que sobrevive a la muerte. Sé humano con aquellos que encuentras en el camino. Si el huésped que llega a tu casa tiene frío, ofrécele fuego; el hombre que ha viajado por las montañas necesita comida y ropas secas. No te mofes de los ancianos, pues de las arrugas de la edad surgen a menudo palabras llenas de sentido. Sé moderadamente astuto, y no seas prudente en exceso. No permitas a nadie intentar conocer su destino si es alguien que duerme con sosiego, pues no hay suerte más cruel que estar descontentos con nuestro destino. El glotón devora su propia muerte, y el sabio se ríe de la avaricia del tonto. Nada hay más dañino para los jóvenes que la bebida excesiva; cuanto más se bebe, más se pierde la razón; el pájaro del olvido canta ante aquellos que se embriagan y engaña a sus almas.

El hombre desprovisto de todos los sentidos cree que vivirá si evita la guerra; pero, si las lanzas no le alcanzan, la vejez no le dará cuartel. Mejor vivir bien que vivir mucho. Cuando un hombre enciende una hoguera en su casa, la muerte llega antes de que se extinga".

Y esto dicen los libros Indios: "Honra a tu padre y a tu madre. Nunca olvides las bendiciones que has recibido. Aprende mientras eres joven. Obedece las leyes de tu nación. Busca la compañía de hombres virtuosos. No hables de Dios sino con respeto. Vive en armonía con tus semejantes. Mantente en tu sitio correcto. No hables mal de nadie. No te burles de las enfermedades corporales de nadie. No persigas sin piedad a un enemigo derrotado. Lucha por obtener una buena reputación. Acepta el consejo de los hombres sabios. Cuanto más se aprende, más se adquiere la capacidad de aprender. El Conocimiento es la riqueza más permanente. El verdadero uso del Conocimiento es distinguir el bien del mal. No seas causa de vergüenza para tus padres. Lo que se aprende en la juventud perdura como si estuviese grabado en roca. Es sabio aquel que se conoce a sí mismo. Haz que los libros sean tus mejores amigos. Deja de aprender solo cuando alcances los cien años. La sabiduría está sólidamente enraizada incluso en el océano

cambiante. No engañes a nadie, ni siquiera a tu enemigo. La Sabiduría es un tesoro cuyo valor se reconoce en todas partes. Habla humildemente, incluso al pobre. Es más dulce perdonar que vengarse. Las apuestas y las pendencias conducen a la miseria. No hay verdadero mérito sin la práctica de la virtud. Honrar a nuestra madre es el mejor homenaje que podemos rendir a la Divinidad. No hay sueño tranquilo sin conciencia limpia. Mal entiende sus intereses quien rompe su palabra".

Hace veinticuatro siglos estos eran los principios éticos chinos: "El Filósofo (Confucio) dijo: ¡SAN! Mi doctrina es sencilla y de fácil comprensión". Tseng-Tsé respondió: "Eso es cierto". Una vez que el filósofo hubo salido, los discípulos preguntaron qué había querido decir su maestro. Tseng-Tsé respondió: "La doctrina de nuestro maestro consiste únicamente en ser recto de corazón y amar al prójimo como a nosotros mismos".

Aproximadamente un siglo más tarde, la Ley Hebrea estableció: "Si un hombre odia a su vecino, que se le haga lo mismo que él había pensado hacerle... Es mejor un vecino que está cerca que un hermano que está lejos… Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

En el Siglo V a.C., el griego Sócrates dijo: “Amarás a tu vecino como a ti mismo”. Tres generaciones antes, Zaratustra había enseñado a los persas: “Ofreced vuestra oraciones agradecidas al Señor, el más justo y puro Ormuz, Dios supremo y digno de alabanza, que declaró esto a su profeta: Guárdate de no hacer a los demás lo que no desearías que te hiciesen a ti mismo; haz a los demás aquello que, cuando se te hace a ti, no te resulta desagradable”.

La misma doctrina fue impartida en tiempos remotos en las escuelas de Babilonia, Alejandría y Jerusalén. Un pagano declaró al fariseo Hillell que estaría dispuesto a abrazar la religión judía si él podía darle a conocer en unas pocas palabras un resumen de toda la Ley de Moisés. “Que lo que no te guste que te hagan a ti mismo —dijo Hillell — no lo hagas a tu prójimo”. En este precepto se contiene toda la ley. Lo demás es únicamente el comentario.

“Nada es más natural —dijo Confucio— nada es más sencillo, que los principios de moralidad que defiendo y que intento, por medio de parábolas constructivas, inculcaros… Es la humanidad, o lo que es lo mismo, la caridad universal entre todas las especies, sin distinción. Es honestidad, es decir, esa rectitud de espíritu y corazón que le hace a uno buscar la verdad en todo y desearla sin

engañarse a sí mismo o a otros. Es, por último, sinceridad y buena fe, o lo que es lo mismo, franqueza, transparencia de corazón temperada por la confianza, lo que excluye todo engaño y artimaña, tanto en el hablar como en el obrar.”

Difundir la información útil, extender la mejora intelectual, seguro garante de la mejora moral, adelantar la llegada del gran día en que el despertar del Conocimiento general ahuyentará las perezosas y persistente neblinas de la ignorancia y el error incluso de la base de la gran pirámide social, es desde luego una sublime misión a la que los más espléndidos talentos y virtudes consumadas pueden consagrarse, deseosos de tomar parte. Desde las filas masónicas debería promocionarse a aquellos cuyo genio, y no su abolengo, ennoblece, y abrir a todas las clases el templo de la ciencia y, siguiendo el ejemplo de los Masones, hasta el hombre más humilde debería intentar subir esos escalones que ya no permanecen inaccesibles y adentrarse en la puertas del Sol abiertas de par en par.

La más elevada cultura intelectual es perfectamente compatible con las tareas y afanes diarios del hombre trabajador. El dulce deleite por las más sublimes verdades de la ciencia pertenece por igual a todas las clases del género

humano. E, igual que la Filosofía era enseñada en los bosques sagrados de Atenas, y bajo el Pórtico, y en los viejos templos de Egipto y la India, así en nuestras logias debería dispensarse el Conocimiento, enseñarse las Ciencias, y las Lecturas ser como las enseñanzas de Sócrates, Platón, Agassiz o Cousin.

El verdadero conocimiento nunca permitió una turbulencia o incredulidad, sino que su progreso es el precursor de la liberalidad y la tolerancia ilustrada. Quien siente temor ante estos valores bien puede temblar, pues seguro puede estar de que el día del Conocimiento está por llegar, y ahuyentará de forma fulminante a los espíritus malignos de la tiranía y la persecución que acosaban a las criaturas durante la larga noche ahora desaparecida. Y es de desear que ese tiempo llegue pronto, pues entonces, al no obrar ya los hombres en la ceguera de la ignorancia, no sucumbirán al vil principio de juzgar y tratar a sus hermanos y semejantes según la coincidencia accidental e involuntaria de sus opiniones, sino que los juzgarán por el mérito intrínseco de sus acciones.

Cuando quiera que lleguemos a tratar con total respeto a aquellos que conscientemente disienten de nosotros mismos, la única consecuencia práctica de esta diferencia será que tendremos

que ilustrar la ignorancia de una parte u otra. Instruyéndoles, si la ignorancia es suya, o cultivándonos, si es nuestra, de forma que al final aparezca la única clase de unanimidad que es deseable entre seres racionales: el acuerdo que procede de la convicción plena tras la más libre de las discusiones.

El Elegido de los Quince debería, por lo tanto, tomar el liderazgo de sus conciudadanos, no en las diversiones frívolas ni en las ansias degradantes del vulgo, sino en la tarea realmente noble de iluminar a la masa de sus compatriotas y de dejar su propio nombre rodeado, no de esplendor bárbaro, ni de cortesía amanerada, sino de los honores más dignos de nuestra naturaleza racional, quedando nuestro nombre unido a la difusión del Conocimiento, y con el agradecimiento expresado por los pocos, al menos, a los que su sabia beneficencia ha rescatado de la ignorancia y el vicio. Nosotros le decimos, en las palabras del gran romano: "Nunca se aproxima tanto el hombre a la Deidad como cuando confiere dones y beneficios a los hombres. Nada hay mayor en la fortuna de un hombre que servir y hacer el bien siempre que sea posible, y no hay nada más sublime en su naturaleza que el desear que así sea". Este es el verdadero objetivo de todo hombre y masón que valora la verdadera

felicidad y que otorga importancia a una fama inmaculada. Y si a los benefactores de la humanidad, cuando descansan de su noble labor, se les permite disfrutar, como merecida recompensa de su virtud, del privilegio de contemplar las bendiciones que con sus esfuerzos y caridad, y quizá con sus afanes y sufrimientos, han cambiado la situación y existencia primera de algunos de sus semejantes, aquellos que han resultado beneficiados no resultarán, en su exaltada pureza y sabiduría, ser los fundadores de poderosas dinastías, ni Césares, Alejandros o Tamerlanes, ni reyes ni consejeros, presidentes y senadores que hayan vivido principalmente para su propio interés y tan solo ocasionalmente para su país, anteponiendo a menudo su propia grandeza o la de su facción al bienestar de sus semejantes. No serán ellos los que se satisfagan contemplando monumentos erigidos en su memoria infame. Sino que aquellos a los que benefició disfrutarán de esa felicidad y marcharán en ese triunfo, y ellos protagonizarán los efectos lejanos de la benevolencia iluminada derramada sobre los semejantes, y estarán exultantes en sus pensamientos al contemplar los cambios que, quizá tras muchos años, puedan presenciar con ojos que la edad y el pesar ya no podrán nublar: la Sabiduría reinará compartiendo el trono con la

Virtud. La Superstición habrá sido destronada y la tiranía exiliada. Y quizá sea así en un grado pequeño, pero ya lo será *en algún grado*, y será un fruto, tan precioso como costoso, y aunque suponga una recompensa tardía lo será duradera, resultado de su propio sacrificio y agotador esfuerzo, de su propia ofrenda de caridad y ayuda a la educación sabiamente prodigada, así como de los obstáculos y penalidades que arrostraron.

La Masonería no exige a sus iniciados y miembros nada que sea impracticable. No les pide que afronten la empresa de ascender a esas cimas elevadas y sublimes de una virtud teórica e imaginaria a la vez que inverosímil, alta y fría como las nieves eternas y remotas que visten las inaccesibles cumbres del Chimborazo. Solo pide que se haga lo que es factible de ser llevado a cabo. No agota las fuerzas de nadie, ni requiere ir más allá de las propias capacidades. La Masonería no espera que alguien cuyo negocio o profesión le proporciona poco más de lo necesario para cubrir las necesidades de su familia, y cuyo tiempo está necesariamente ocupado por sus obligaciones diarias, abandone o no atienda debidamente el negocio que alimenta a él y a sus hijos para consagrarse a la difusión del conocimiento entre los hombres. No se espera que publique libros para el pueblo, ni que, para ruina

de sus negocios privados, funde academias y colegios, construya bibliotecas y se haga acreedor a una estatua con su figura.

Pero la Masonería exige y espera de cada uno de nosotros hacer algo dentro de nuestra capacidad y nuestros medios, y no hay masón que no pueda hacer algo, ya sea por sí mismo o asociado con otros. Si una logia no puede ayudar a fundar una escuela o academia, todavía puede hacer algo. Puede educar a un niño o una niña, al menos al hijo de algún hermano pobre o partido al Oriente Eterno. Y nunca debe olvidarse que en el niño más pobre y olvidado que parezca abandonado a la ignorancia y al vicio pueden dormir las virtudes de un Sócrates, el intelecto de un Bacon o un Bossuet, el genio de un Shakespeare o la capacidad de beneficiar a la humanidad propia de un Washington; y no debe olvidarse que al rescatarlo de la inmundicia en que se halla sumido y proporcionarle los medios para la educación y el desarrollo, la logia que así obra puede convertirse en el medio directo de otorgar al mundo tan gran compañero como el dado por John Faust, el muchacho de Mentz; ese niño rescatado puede perpetuar las libertades de una nación y cambiar el destino de los estados, así como escribir un nuevo capítulo en la historia del mundo.

Pues nunca conocemos la importancia del acto que realizamos. La hija del Faraón poco pensaba en lo que estaba haciendo por la raza humana, y desconocía las consecuencias vastas e inimaginables que se desprendían de su acto de caridad cuando sacó al pequeño hijo de una mujer hebrea de entre los juncos que crecían a lo largo del Nilo y decidió criarlo como si fuese el suyo propio. ¡Cuán a menudo un acto de caridad, costando poco al hacedor, ha dado al mundo un gran pintor, un gran músico o un gran inventor! ¡Cuán a menudo un acto así ha tornado a un niño pobre en benefactor de su raza! ¡En qué circunstancias insignificantes y aparentemente exentas de importancia han tornado y girado los destinos de los grandes conquistadores del mundo! Ninguna ley limita los frutos que se desprenderán de de una sola buena obra. El óbolo de la viuda puede no solo ser tan aceptable para Dios, sino que puede producir tan grandes resultados como la costosa ofrenda del rico. El más pobre niño, ayudado por la benevolencia, puede llegar a dirigir ejércitos, controlar senados, decidir sobre la paz y la guerra u ordenar a gobiernos; y sus magníficos pensamientos y nobles palabras pueden ser ley dentro de siglos para millones de hombres aún por nacer. Pero la oportunidad de realizar un gran bien no se

presenta a menudo a nadie. Es peor aún que una locura permanecer inerte y despreocupado, y esperar que suceda un accidente gracias al cual nuestras influencias vivirán siempre. Se puede esperar que suceda así únicamente como consecuencia de uno, muchos, o una larga serie de actos. Se puede esperar beneficiar al mundo por continuidad, por persistencia, por un hábito fundado y uniforme de trabajar para la ilustración del mundo, para la ampliación de sus medios y capacidad. Pues es, a todos los niveles, por el trabajo constante, por prestar suficiente dedicación a nuestra labor y por disponer de suficiente tiempo para llevarla a cabo, por el sacrificio continuado y por la constancia en la aplicación, y nunca por un rápido juego de manos, como aseguramos la firmeza y el marchamo de la verdadera excelencia. Así fue como Demóstenes, frase tras frase e idea tras idea, elaboraba hasta lo más perfecto sus inmortales discursos. Así fue como Newton abrió su camino, ascendiendo por la Geometría hasta el mecanismo de los Cielos, y como Le Verrier añadió un planeta a nuestro sistema solar.

Es una opinión totalmente errónea pensar que aquellos que han dejado los más gloriosos monumentos intelectuales tras de sí no se habían esforzado más que los demás, sino que eran

únicamente mejor dotados; que destacaban por su talento pero rara vez por su trabajo; pues está en la verdad de las más fatigosas faenas que esos esfuerzos tan comunes son los mayores responsables de la consecución de la gloria tan renombrada y recordada.

No debemos tomar como una vulgarización del genio pensar que pueda prender de cualquier otra manera que no sea por una inspiración directa de los Cielos, ni obviar la determinación en cumplir un propósito, o la devoción a un fin sencillo pero grande. Es la perseverancia en la labor que nos es asignada la que da los frutos, no medios accidentales y extraños, sino el esfuerzo desarrollado poco a poco tal y como la mente es capaz de hacerlo. Es la acumulación de muchos esfuerzos pequeños, en lugar de unos escasos arranques de ímpetu quizá gigantesco, pero irregulares al fin y al cabo, lo que permite que la energía lleve a cabo una obra maravillosa, y solo es esa acumulación de pequeños esfuerzos la que produce resultados llamados a estar inscritos en los registros que permanecen sobre la faz de la tierra así como en los anales de la historia de las naciones y del hombre.

No debemos olvidar estos elementos a los que el genio debe sus mejores y más brillantes logros, ni imaginar que cualidades tan extendidas

generalmente como la paciencia y la constancia, así como el esfuerzo resoluto, no participan al labrar una reputación tan ilustre como la de benefactor de la humanidad. No debemos olvidar que los grandes resultados se producen más frecuentemente por un agregado de muchas contribuciones y esfuerzos; como sucede con las invisibles partículas del vapor, cada una separada y distinta de las otras, pero que, elevándose desde los océanos, bahías y golfos, de lagos y ríos, de ciénagas y llanos inundados, flotan en el aire como nubes, y se destilan sobre la tierra como rocío, y caen como lluvia y nieve sobre los amplios llanos y las abruptas montañas, y producen las grandes corrientes navegables que son las arterias a lo largo de las cuales fluye la sangre vital de una nación.

Y así la Masonería puede hacer mucho, si cada masón está satisfecho en hacer su parte, y si sus esfuerzos aunados son dirigidos por sabios consejos hacia un propósito común. "Realizar cosas poderosas en un momento es lo propio de Dios y su Omnipotencia; pero hacer cosas grandiosas poco a poco es el camino que Él ha dejado para el hombre". Si la Masonería es leal a su misión, y los masones lo son a sus promesas y obligaciones, si se entra vigorosamente en una misión de beneficencia, tanto la Orden como ellos

no harán sino perseguir ese fin de forma honesta y fiable, recordando que nuestras contribuciones a la causa de la caridad y la educación merecen mayor crédito cuando nos cuestan algo, ya sea la renuncia a la comodidad o el abandono de algún lujo. Si en lugar de apoyar de forma puntual y precaria los grandes proyectos de la Masonería para la mejora del género humano lo hacemos de forma regular e incesante, como el vapor que se eleva y las fuentes que manan, y como el Sol que se alza y las estrellas que aparecen en el cielo, entonces podremos estar seguros de que se alcanzará un gran resultado y se llevará a cabo un gran trabajo. Y entonces se podrá ver que la Masonería no es estéril o impotente, ni está abocada a decaer de forma fatal.

XI

Sublime Elegido de los Doce

o

Príncipe Ameth

(Elegido de los Doce)

Los deberes de un Príncipe Ameth son ser digno de confianza, fiable, y sincero; proteger al pueblo contra imposiciones ilegales y abusos; luchar por sus derechos políticos y mirar, en la medida que le sea lo posible, porque aquellos que obtienen los beneficios del estado sean también los que soporten sus cargas.

Debes ser leal con todos los hombres.
Debes ser franco y sincero en todas las cosas.
Debes ser responsable al hacer cualquier cosa que sea tu deber.
Y ningún hombre debe arrepentirse de haber confiado en tu resolución, tu trabajo o tu palabra.

La gran característica distintiva de un masón es su devoción por el género humano. Él reconoce en la raza humana a una gran familia en la que todos están unidos a él por lazos invisibles y una poderosa red de circunstancias forjada y tejida

por Dios. Sentir ese amor es el primer deber masónico para servir a sus semejantes. Con su entrada en la Orden cesa de estar solo y pasa a ser un miembro de una gran hermandad, asumiendo nuevos deberes para con cada masón vivo, al igual que en ese momento cada masón los asume hacia él. Pero sus deberes no se limitan únicamente a los masones, pues asume muchas obligaciones hacia su patria, y especialmente con las grandes masas de gente común que sufre, pues ellos también son sus hermanos, y Dios les escucha silenciosos, tal y como son los lamentos de su miseria. El masón está obligado a defenderlos por todos los medios adecuados, por la persuasión, la influencia, o por otros, si la ocasión y la emergencia lo requiere, contra la opresión y los abusos tiránicos e ilegales.

El masón trabaja igualmente para defender y para mejorar al pueblo. No le halaga para guiarlo en falso, ni le complace para poder gobernarlo, ni esconde su opinión para agradarlo, ni le dice que nunca puede errar, ni que su voz popular es la voz de Dios. Él sabe que la seguridad de todo gobierno libre, así como su continuidad y perpetuación, dependen de la virtud e inteligencia del pueblo común; y que, salvo que su libertad sea de una clase tal que las armas no puedan intentar arrebatarla; salvo que sea fruto de un

coraje viril, de la justicia, de la templanza y de una generosa virtud; y siendo así, a no ser que esté profundamente enraizada en los corazones y mentes de todo el pueblo, no tardarán en aparecer aquellos que arrebatarán al pueblo de forma taimada lo que ha sido conquistado por las armas o las instituciones. El masón es consciente de que, tras ser liberado de los esfuerzos de la guerra, el pueblo es negligente con las tareas de la paz. Si la paz y la libertad consisten en un estado de guerra, si la guerra es su única virtud y la cima de su honor, pronto considerarán a la paz como lo más adverso para sus intereses, y esa paz tan sólo se convertirá en una guerra aún más dolorosa, y lo que imaginaron como libertad se transformará en la peor de las esclavitudes. Pues, a no ser que por medio del conocimiento y la moralidad (y esto no debe confundirse con la charlatanería y la espuma de las apariencias, sino que debe ser una moralidad genuina, sincera y sin adulterar) consigan despejar el horizonte de la mente de esas neblinas de error y las pasiones que surgen de la ignorancia y el vicio, siempre tendrán a aquellos que uncirán sus cuellos al yugo como si fuesen bestias; y tendrán a aquellos que, a pesar de todos sus triunfos, los subastarán al mejor postor, como si no fuesen más que botín de guerra, y que encontrarán una exuberante fuente de riqueza y

poder en la ignorancia, prejuicios y debilidades del pueblo.

El pueblo que no subyuga la propensión del rico a la avaricia, la ambición y la sensualidad, que no destierra el lujo de sus familias y combate la pobreza, el pueblo que no difunde el conocimiento entre los pobres y no trabaja para sacar al abyecto del barro del vicio y la miserable desidia y para impedir que el trabajador perezca de hambre ante la visión de lujosos festines, se encontrará con que ha fomentado en su propia casa, en esa avaricia, ambición, sensualidad, egoísmo y lujo de una clase, así como en la degradación, miseria, alcoholismo, ignorancia y embrutecimiento de la otra, déspotas más obstinados e intratables que los que hubiese podido encontrar en el campo de batalla; y hasta sus mismas entrañas se tendrán que arrastrar ante esa intolerable estirpe de tiranos.

Estos son los primeros enemigos a someter; en esto constituye la campaña de la Paz. Estos triunfos, pese a su indudable dificultad, están exentos de sangre, y son mucho más honorables que los trofeos obtenidos por la masacre y la rapiña, y si no se resulta victorioso en esta empresa, entonces la victoria sobre el enemigo despótico en el campo de batalla resulta ser vana

por completo. Pues si cualquier pueblo piensa que es una política más noble, beneficiosa y sabia inventar sutiles ingresos por medio de sellos y tasas para aumentar la recaudación de impuestos y exprimir al pueblo empobrecido; o aumentar su fuerza naval y militar; o rivalizar en astucia con los embajadores de los estados extranjeros; planear la invasión de un territorio ajeno; realizar astutos tratados y alianzas; gobernar estados postrados y provincias depauperadas por medio del terror y la fuerza en lugar de administrar una justicia inmaculada al pueblo, aliviar la condición y mejorar la situación de las masas menesterosas, socorrer al afligido y conciliar a los litigantes, y con presteza dar a cada uno lo que le corresponde, entonces ese pueblo está sumido en una nube de error, y se dará cuenta demasiado tarde, cuando la ilusión de esos suculentos beneficios se haya desvanecido, de que al despreciar esos valores, a los que consideraron miramientos innecesarios, no hicieron sino precipitar su propia ruina y desastre.

Lamentablemente, cada época presenta sus propios problemas, siempre difíciles y a menudo imposibles de resolver; y el problema de esta época, de obligada consideración para todo hombre pensante, es este: cómo conseguir que, en una nación populosa y rica, bendecida con

instituciones libres y un gobierno constitucional, las grandes masas obreras tengan trabajos estables con salarios justos que les permitan escapar del hambre e impedir que sus hijos caigan en el vicio y la disipación; y cómo conseguir que esa masa obrera goce de un grado de formación que exceda la mera facultad de leer y escribir, para alcanzar el Conocimiento que les habilite para tomar los deberes y privilegios propios de los hombres libres e incluso poder ejercer el arriesgado derecho del sufragio.

Pues aunque no sabemos por qué Dios, siendo infinitamente misericordioso así como sabio, lo ha dispuesto así, parece ser su ley incuestionable que, incluso en las naciones civilizadas y cristianas, la gran masa de población podrá considerarse afortunada si, durante toda su vida, desde la infancia a la vejez, en la salud y en la enfermedad, dispone de una cantidad suficiente del peor y más crudo alimento para mantenerse a sí misma y a sus hijos fuera de la ansiedad del hambre, y suficiente de las peores y más andrajosas vestimentas para protegerse a sí misma y a sus pequeños de la indecente desnudez y el amargo frío, así como si tiene sobre sus cabezas el más precario techo.

Y Él parece haber establecido esta ley que ninguna comunidad humana ha conseguido abolir:

que cuando una nación se convierte en populosa, el capital se concentra en las manos de un grupo limitado de personas, de forma que el trabajo se halla cada vez más a su merced, hasta que la labor meramente manual, la del telar y la forja del hierro, así como la de otros artesanos, deja de tener más valor que el de la mera subsistencia; y a menudo, en las grandes ciudades y en vastas extensiones del país, ni siquiera eso, y el pueblo se arrastra humillado, mendigando y hambriento ante la necesidad de trabajo.

Mientras que el buey y el caballo siempre pueden encontrar una labor que les haga merecedores de ser alimentados, no siempre sucede así con el hombre. Tener empleo, disfrutar de la posibilidad de trabajar y ser pagado de forma justa, se convierte en el mayor objetivo de la vida del hombre. El capitalista puede sobrevivir sin emplear al trabajador, y se desentiende de él cuando éste deja de ser aprovechable. En el momento en que el frío es más inclemente, los alimentos más escasos y los alquileres más altos, el capitalista le expone a morir de hambre. Si el jornalero se pone enfermo, sus ingresos cesan. Cuando es viejo, no tiene una pensión con la que poder retirarse. Sus hijos no pueden ir al colegio, pues antes de que sus huesos se fortalezcan deben ponerse a trabajar so pena de

pasar hambre. El hombre fuerte y de cuerpo capaz trabaja por unos centavos al día, y la mujer que tirita sobre su sartén con carbón cuando el mercurio cae por debajo de cero, una vez que sus hijos hambrientos han logrado conciliar el sueño, cose a la tenue luz de su única vela por una magra pitanza, vendiendo su vida a aquel que pagó a precio de miseria el trabajo de su aguja.

Los padres y madres matan a sus hijos para obtener el subsidio de sepultura, de forma que con el precio de un hijo pueden mantener con vida a aquellos que sobreviven. Niñitas de pies descalzos barren los cruces de las calles cuando el viento de invierno les azota, y mendigan piadosamente unos peniques a aquellos que llevan cálidas pieles. Los niños crecen en una miseria escuálida y en una ignorancia brutal; la necesidad empuja a la virgen y a la esposa a prostituirse; las mujeres pasan hambre y frío, y se reclinan sobre los muros de los talleres, como haces de chusma, durante toda la noche, cuando no hay hueco para ellas; y cientos de familias se aglomeran en un único edificio insalubre de aire infecto y pestilente, donde hombres, mujeres y niños se hacinan en la suciedad; seres de todas las edades y todos los colores durmiendo juntos de forma indiscriminada, mientras en un Estado Republicano grande y libre, en todo el vigor de su

juventud y fuerza, una persona de cada diecisiete es un pobre viviendo de la caridad.

¿Cómo combatir esta enfermedad mortal y este mal aparentemente inevitable que es, con mucho, el más importante de los problemas sociales? ¿Qué debe hacerse ante la pobreza y el exceso de mano de obra? ¿Cómo podrá durar la vida de un país cuando la brutalidad y el semibarbarismo alcoholizado votan y controlan cargos, y por medio de representantes hechos a su medida controlan un gobierno? ¿Cómo, si no son la Sabiduría ni la Autoridad, sino la turbulencia y los despreciables vicios los que elevan a la dignidad senatorial a políticos de creencias torcidas que apestan al olor y la polución del infierno, a mercadeo, burdel y mercado de valores? ¿Cómo, donde el juego es legal y la picaresca es alabada?

La Masonería hará todo lo que esté en su mano, por acción directa y cooperación, para mejorar y formar, así como para proteger al pueblo; para mejorar su condición física, aliviar sus miserias, suplir sus carestías y abogar por sus necesidades. ¡Que cada masón haga todo lo que esté en su mano en esta buena obra! Pues es verdad ahora, y siempre lo fue, y siempre lo será, que ser libre es lo mismo que ser piadoso, sabio, moderado y justo, frugal y sobrio, magnánimo y bravo; y ser lo

opuesto de todo esto es lo mismo que ser un esclavo. Y habitualmente sucede, por designio, o como si lo fuese, de la justicia de Dios, que aquel pueblo que no puede gobernarse a sí mismo ni moderar sus pasiones, sino que se arrodilla ante la esclavitud de sus vicios y libertinajes, queda a merced de aquellos a los que aborrece y condenado a una servidumbre indeseable. Y también está sancionado por los dictados de la justicia y por la constitución de la Naturaleza que aquel que, por debilidad o trastorno de su intelecto, es incapaz de gobernarse a sí mismo, debería, como un ser menor, quedar bajo el gobierno de otro.

Ante todas las cosas, nunca debemos olvidar que la raza humana constituye una gran hermandad, todos nacidos para conocer el sufrimiento y el dolor, y por ello debemos simpatizar con todos. Pues ninguna torre de Orgullo fue jamás lo suficientemente alta como para situar a su propietario por encima de las pruebas, temores y debilidades de la humanidad. Ninguna mano humana jamás construyó, ni jamás construirá, el muro que mantenga alejados a la aflicción, el dolor y el sufrimiento. La enfermedad y el pesar, el dolor y la muerte, nos igualan a todos. No entienden de clase alta o clase baja. Las principales necesidades de la vida y las

grandes y serias necesidades del alma humana no conceden excepción a nadie. Nos hacen a todos débiles y pobres, y ponen las palabras de súplica en la boca de cada ser humano de forma tan cierta como en la boca del más humilde mendigo.

Pero el principio de la miseria no es un principio maligno. Nosotros erramos, y las consecuencias nos muestran la sabiduría. Todos los elementos, todas las leyes alrededor nuestro colaboran a este fin; y a través de los senderos del error doloroso y la equivocación, es el designio de la Providencia llevarnos a la verdad y a la felicidad. Si errar solo nos enseñase a errar; si las caídas sólo nos confirmasen en nuestra imprudencia; si las desgracias ocasionadas por la indulgencia viciosa tuviesen una tendencia natural a hacernos más esclavos del vicio, entonces el sufrimiento sería totalmente perverso. Pero, por el contrario, todo tiende y está planteado para provocar corrección y mejora. El sufrimiento es la disciplina de la virtud, y para la virtud es infinitamente mejor que la felicidad, e incluso alberga en él toda la felicidad esencial. La nutre, le da vigor, y la perfecciona. La virtud es el premio de la carrera duramente competida y de la batalla luchada con pundonor. Y bien vale toda la fatiga y las heridas del conflicto. Los hombres deberían marchar con

el corazón bravo y fuerte a la batalla contra la calamidad. Es el hombre quien debe dominarla a ella, no ella al hombre. El hombre no debe abandonar el puesto de combate y peligro, sino que debe aguantar firmemente en su posición hasta que la gran palabra de la Providencia le permita volar, o le condene a hundirse. El masón debe acometer con resolución y coraje el trabajo que le ha sido encomendado hacer, mirando a través de la oscura nube de las tribulaciones humanas hacia el final que se eleva alto y brillante ante él. El pesar es grande y sublime, pues nadie sufre para siempre ni a cambio de nada ni sin propósito. Está en las disposiciones de la sabiduría de Dios, y de su Infinito Amor, procurarnos infinita felicidad y gloria.

La Virtud es la libertad más verdadera. Ni es libre aquel se rinde a las pasiones, ni es esclavo aquel que sirve a un maestro de alma noble. Los ejemplos proveen las enseñanzas más duraderas, y la virtud es el mejor ejemplo. Aquel que ha hecho buenas obras y prodigado el bien es sinceramente feliz, y su valía perdurará con el tiempo. Aquel cuyos hechos son los pilares de su recuerdo vivirá verdaderamente después de la muerte, y cada día añadirá un poco más a su fama. Las buenas obras son semillas que tras extenderse nos devuelven una cosecha continua, y el recuerdo

de nuestras nobles acciones es más resistente que los monumentos de mármol.

La vida es una escuela. El mundo no es una prisión ni una penitenciaría, ni un palacio de placer, ni un anfiteatro para juegos y espectáculos, sino un lugar de instrucción y disciplina. La vida se otorga para la mejora moral y espiritual, y todo el transcurso de la gran escuela de la vida es una educación para la virtud, la felicidad, y una existencia futura. Los períodos de la vida son sus trimestres; todas las condiciones humanas, sus asignaturas; todos los trabajos humanos, sus lecciones. Las familias son el primer estadio de esta educación moral; los distintos círculos de la sociedad, sus clases avanzadas. Los Reinos y las repúblicas, sus universidades.

La riqueza y la pobreza, las alegrías y los pesares, las bodas y los funerales, las ataduras de la vida consentidas o rotas, exitosas y afortunadas, o turbulentas y dolorosas, son todas las lecciones. Los acontecimientos no se engarzan al azar. La Providencia no enseña a un hombre dejando a otro al margen de las duras pruebas de sus lecciones. La Providencia no tiene ricos favoritos ni pobres víctimas, y un mismo acontecimiento puede suceder a todos. Un fin y un plan implican y urgen a todos los hombres. El hombre próspero ha pasado por la escuela. Quizá

haya pensado que eso ha sido un gran acontecimiento, y que él es un gran personaje; pero él sólo ha sido un alumno. Quizá pensó que era un gran Maestro, y que no tenía nada que hacer salvo dirigir y ordenar; pero había otra Maestra por encima de él, la Maestra de la Vida. La Vida no mira nuestra espléndida hacienda, o nuestras pretensiones, ni las ayudas y medios de nuestro aprendizaje, sino el aprendizaje mismo. Pone al rico y al pobre en el mismo plano, y no conoce diferencia entre ellos salvo su progreso.

Si en la Prosperidad hemos aprendido moderación, templanza, candor, modestia, gratitud a Dios y generosidad para con el hombre, entonces merecemos honor y recompensa. Si hemos aprendido egoísmo, autoindulgencia, malas obras y vicios, a olvidar y a no prestar atención al hermano menos afortunado, a mofarnos de la Providencia de Dios, entonces somos indignos y deshonrosos, aunque hayamos sido criados en la opulencia o tomado nuestros títulos de cien antepasados nobles. La responsabilidad de la Equidad descansa más sobre la espalda del ilustrado que sobre la del analfabeto, y el Cielo buscará la resposabilidad en el erudito, no en aquel que se esfuerza por aprender a leer y escribir. El hombre pobre también está en la escuela, pero permitidle que se ocupe de aprender

más que de protestar. Permitidle apegarse a su integridad, a su candor y a su dulzura de corazón. Permitidle que se guarde de la envidia, de la opresión, y que mantenga su autoestima. El desgaste corporal no es nada. Permitidle que trabaje contra la intoxicación y degradación de la mente. Mientras él mejora su situación, si puede, inculcadle que sea ansioso con la mejora del alma. Inculcadle que esté deseoso, mientras sea pobre, e incluso aunque siempre sea pobre, de aprender las grandes lecciones de la pobreza: fortaleza, alegría de espíritu, contentarse con lo poco que haya, e implícita confianza en la Providencia de Dios. Con estas virtudes, y paciencia, sosiego, autocontrol, generosidad y afectuosa amabilidad, la morada del humilde puede ser bendita, y más deseable y noble que el más suntuoso palacio. Permitidle, sobre todas las cosas, que se cuide de no perder su independencia, de no encontrarse siendo más pobre que los pobres, siendo un mendigo depauperado y despreciado, cuyo sustento dependa de la caridad de los demás. Todo hombre debería escoger tener a Dios, y no al hombre, como Maestro, y no debería escapar de Su escuela, sea por malicia o por la indigencia, pues ello le conduciría a ese estado, peor que la desgracia, en que el hombre no siente respeto por

sí mismo.

Los lazos de la sociedad nos enseñan a amarnos los unos a los otros. Es sin duda una miserable sociedad aquella en que se pretende suplir la ausencia de afecto amable con refinamiento amanerado, grácil cortesía y pulido fingimiento, y donde la ambición, los celos y la desconfianza reinan en lugar de la sencillez, la confianza y la cordialidad. Así, también, el roce con la sociedad enseña modestia y gentileza; y al ser minusvalorados, y contemplar cómo se alaba inmerecidamente a otros, y cómo el mundo nos ignora, aprendemos paciencia y quietud, a ponernos encima de la opinión de la sociedad y a no responder de forma cínica y amarga, sino con sosiego gentil, puro y afectuoso.

La Muerte es la gran maestra, severa, fría, inexorable, irresistible, aquella de la que ni el Poder del mundo puede guardarse. La respiración que parte de los labios de un rey o un mendigo, y que apenas altera el aire susurrante, no puede ser comprada, ni devuelta tan sólo por un instante, por toda la riqueza de los imperios. ¡Qué gran lección es esta, que nos muestra nuestra debilidad y fragilidad, así como el Infinito Poder que se extiende más allá de nosotros! Es una lección temible, que nunca se vuelve familiar. Camina a través de la Tierra envuelta en un pavoroso

misterio, e impone sus manos sobre todos. Es una lección universal, leída en todas partes y por todos los hombres. Su mensaje nos llega cada año y cada día. Los años pasados está abarrotados de tristes y solemnes mementos, y los dedos de la muerte apresuran su escritura sobre las paredes de cada morada humana.

La Muerte nos enseña Deber, a cumplir bien con nuestra parte, a completar el trabajo que se nos ha asignado. Al morir, y tras la muerte, no hay sino una pregunta: *¿Ha vivido bien?* No hay otro mal en la muerte que aquel que se ha hecho en vida.

Hay duras lecciones en la escuela de la Providencia Divina, y a pesar de ello la escuela de la vida está cuidadosamente ajustada, en sus disposiciones y tareas, a las potencias y pasiones del ser humano. No hay desperdicio en sus enseñanzas; ni nada se hace mirando únicamente hacia el presente. Todo el curso de la vida humana es un conflicto con las dificultades; y, si es correctamente gobernado, un progreso en la mejora. Nunca es demasiado tarde para que un hombre aprenda. No solo un período, sino toda la vida es una escuela. Nunca llega el momento, ni siquiera en la decadencia de la edad, en que se debe perder el ansia de saber o la alegría del esfuerzo. El hombre se debate durante todo el transcurso de la vida entre la paciencia y la lucha,

y a veces camina en la oscuridad; pues de la paciencia viene la perfección, de la lucha el triunfo, y de la nube de la oscuridad surgirá el destello del rayo que abrirá el camino a la eternidad.

¡Que el masón sea honesto en la escuela de la vida, y a través de todas sus lecciones! No le permitáis que se quede sin aprender, ni descuidarse sobre si aprende o no. No permitáis que los años pasen sobre él siendo testigos únicamente de su pereza e indiferencia, o viéndole entregado a adquirir vicios. No le permitáis que trabaje sólo para sí mismo, ni olvidar que el hombre más humilde que vive es su hermano, y merece su simpatía y trato amable; y que bajo el áspero blusón de trabajo pueden palpitar corazones tan nobles como los que laten bajo las estrellas de los príncipes.

Dios, que mira las almas, no la fortuna,
Nos ama y compadece a ti y a mí
Pues para Él todas las vanas distinciones,
Son como guijarros en el mar.

God, who counts by souls, not stations
loves and pities you and me

for to Him all vain distinctions
are as pebbles on the sea.

Pero el resto de virtudes inculcadas en este grado no son de menor importancia. La Verdad, se dice pronto al masón, es un atributo divino y la base de toda virtud; y la franqueza, la confianza, la sinceridad, la honestidad y la sencillez no son sino distintas maneras en las que la Verdad se desarrolla. El Masón no engañará voluntariamente al muerto, al ausente, al inocente, y a aquel que confíe en él. A todos debe noble justicia, pues en ellos se dan con certeza las más duras pruebas de la Equidad humana. Solo el más perdido de los hombres, decía Cicerón, traicionará a aquel que depositó en él su confianza.

Todas las nobles acciones que han perdurado a través de los tiempos han procedido de hombres de verdadero y genuino coraje. El hombre que siempre es honesto es virtuoso y sabio; y posee la mayor salvaguarda de su seguridad, pues la ley no tiene poder para golpear al virtuoso, ni puede la fortuna afectar al sabio. Siendo las bases de la Masonería la Moral y la Virtud, es estudiando la primera y practicando la segunda la manera por la cual la conducta del masón se vuelve irreprochable. Al ser el bien de la Humanidad su

principal objetivo, la generosidad es una de las primeras virtudes que se busca en sus miembros, pues es la fuente de la justicia y la beneficencia.

Compadecer las desgracias del prójimo; ser humilde, pero sin malicia; ser orgulloso, pero sin arrogancia; abjurar de cualquier sentimiento de odio o venganza; mostrarse magnánimo y liberal, pero sin ostentación ni exceso; ser enemigo del vicio; rendir homenaje a la sabiduría y a la Virtud; respetar la inocencia; ser constante y paciente en la adversidad, y modesto en la prosperidad; evitar cualquier desviación que ensucie el alma o destemple el cuerpo; es siguiendo estos preceptos como un masón se convertirá en un buen ciudadano, un marido fiel, un padre tierno, un hijo obediente y un leal hermano, honrará la amistad, y satisfará con ardor los deberes que la virtud y las relaciones sociales le impongan.

Es debido a que la masonería nos impone estos deberes por lo que se le llama con propiedad *trabajo*; y aquel que se imagina que se convertirá en masón tan sólo por tomar los dos o tres primeros grados, e imagina que habiendo subido plácidamente sobre esa pequeña elevación, merece ostentar los honores de la masonería sin trabajo y esfuerzo, sin sacrificio y sin renuncia, y que no hay nada por hacer en Masonería, ese

hermano se engaña por completo. ¿Es cierto que no queda nada por hacer en masonería? ¿Acaso ya no hay hermanos que procedan legalmente contra otros hermanos de su misma logia en asuntos que podrían solucionarse fácilmente dentro del círculo familiar masónico? ¿Acaso el duelo, esa maléfica herencia del barbarismo, ha sido prohibido entre hermanos por nuestras leyes fundamentales, denunciada por las normativas municipales o desaparecido del territorio que habitamos? ¿Acaso los masones de alto rango se niegan a inclinarse ante la corrupta opinión pública, y a someterse a sus caprichos, a pesar de los escándalos que ocasionen a la Orden y violando sus débiles juramentos? ¿Acaso los masones ya no se forman opiniones de sus hermanos totalmente faltas de caridad, o los juzgan ásperamente, o se miden a sí mismos con una regla y a sus hermanos con otra? ¿Tiene la masonería un sistema bien organizado de caridad? ¿Ha cumplido con lo que debería haber hecho en la causa de la Educación? ¿Dónde están sus escuelas, sus academias, sus liceos, sus hospitales y sus dispensarios de salud? ¿Se conducen ahora las disputas políticas sin violencia y sin amargura? ¿Se abstienen los masones de difamar y denunciar a sus hermanos que difieren de ellos en cuestiones religiosas o políticas? ¿Con qué

grandes problemas sociales o en qué proyectos útiles se ha comprometido la Masonería en sus comunicados? ¿De qué proyectos se ha hablado en nuestras logias o en las lecturas de nuestros hermanos? ¿Acaso no discurren nuestras tenidas discutiendo asuntos menores, el orden del día y cuestiones meramente administrativas, la admisión y pase de candidatos que, una vez admitidos, no nos tomaremos el esfuerzo de instruir? ¿En qué logia se explican y dilucidan nuestras ceremonias, corrompidas como están por el paso del tiempo, al punto de que sus verdaderos rasgos apenas pueden ser distinguidos, y dónde se enseñan esas grandes verdades primitivas que la Masonería ha preservado para el mundo? Tenemos altos dignatarios y pomposos títulos. ¿Están cualificados sus titulares para iluminar al mundo respecto a los fines y propósitos de la Masonería? Como descendientes de aquellos iniciados que gobernaron imperios, ¿ejercéis alguna influencia en la vida real para mejorar y extender la libertad constitucional y bien legislada?

Vuestros debates no deberían ser sino conversaciones amistosas. Necesitáis concordia, armonía y paz. ¿Por qué, entonces, mantenéis entre vosotros a hombres que excitan las rivalidades y las envidias? ¿Hasta qué punto se

concilian vuestras palabras y vuestros actos? Si vuestra masonería es ficticia, ¿cómo podréis ejercer cualquier influencia en los demás? Continuamente os alabáis los unos a los otros y dedicáis elogios entusiastas a la Orden. En todas partes asumís que estáis donde deberíais estar, y en ningún sitio os contempláis tal y como sois. ¿Realmente todas nuestras acciones se cuentan por homenajes a la virtud? ¡Explorad los recovecos de vuestro corazón; examinémonos con ojo imparcial, y responded a vuestras propias preguntas! ¿Podemos reconocernos el testimonio consolador de que siempre cumplimos rígidamente con nuestros deberes, o que al menos los cumplimos a medias? ¡Deshagámonos de esta odiosa autoadulación! ¡Seamos al menos hombres si no podemos ser sabios! Las leyes de la Masonería, más excelentes que cualquieras otras, no pueden cambiar por completo la naturaleza de los hombres. Les iluminan, les señalan el camino correcto, pero sólo pueden guiarles sojuzgando el fuego de sus pasiones y reprimiendo su egoísmo. ¡Olvida esta mejora personal, y habrás olvidado la Masonería! Tras ensalzarnos durante todas nuestras vidas, siempre hay excelentes hermanos que derraman elogios sin límite sobre nuestros ataúdes. Cuando uno de nosotros muere, por muy inútil que haya resultado su vida, siempre resulta

haber sido un modelo de todas las virtudes y un hijo de la luz celestial. En Egipto, entre nuestros antiguos maestros, que cultivaban más la Masonería que la vanidad, nadie podía acceder al sagrado reposo de la tumba hasta que había sido sometido al más solemne juicio. Un severo tribunal se reunía para juzgar a todos, incluso a los reyes. Preguntaban a los muertos: "Quien quiera que seas, ¡da cuenta a la nación de tus acciones! ¿Qué has hecho con tu tiempo y con tu vida? ¡La ley te interroga, tu nación te escucha, la Verdad te juzga!" Los príncipes fueron sometidos a juicios, escoltados únicamente por sus virtudes y sus vicios. Un acusador público relataba la historia de la vida del difunto y arrojaba la luz de la verdad sobre todas sus acciones. Si se dictaminaba que había llevado una vida perversa, su memoria era condenada en presencia de la nación y a su cuerpo le eran negados los honores de la sepultura. ¡Qué lección enseñó la vieja Masonería a los hijos del pueblo!

¿Es cierto que la Masonería está agotada; que la acacia, marchita, no proporciona sombra; que la Masonería ya no marcha a la vanguardia de la Verdad? No. ¿Es la libertad ya universal? ¿Acaso han desaparecido la ignorancia y los prejuicios de la Tierra? ¿Ya no hay enemistades entre hombres? ¿Ya no existen la avaricia y la falsedad?

¿Prevalecen la tolerancia y la armonía entre las sectas religiosas y políticas? La Masonería todavía tiene trabajos que acometer, mayores aún que los Doce Trabajos de Hércules; tiene que avanzar siempre con resolución y sin cesar, que iluminar las mentes de los pueblos, que reconstruir la sociedad, reformar las leyes, y mejorar la moral pública. La eternidad que le aguarda es tan infinita como la eternidad que le ha precedido. Y la Masonería no puede cesar de trabajar en la causa del progreso social sin dejar de ser fiel a sí misma, sin dejar de ser Masonería.

XII

Gran Maestro Arquitecto

(Maestro Arquitecto)

Los grandes deberes que se inculcan en las lecciones enseñadas a través de los instrumentos de trabajo de un Gran Maestro Arquitecto, que tanto exigen de nosotros y que dan por sentado que tendremos la capacidad de cumplirlos de forma completa y fiel, nos hacen reflexionar sobre la dignidad de la naturaleza humana, así como sobre los vastos poderes y capacidades del alma. Para ello se pide vuestra atención en este grado. Comencemos para elevarnos de la Tierra a las Estrellas.

El alma humana lucha cada vez más por aproximarse a la Luz, por acercarse a Dios y al Infinito, y ello es especialmente cierto cuando el alma se encuentra afligida. Las palabras recorren escaso camino cuando pretenden dirigirse a las profundidades del dolor, pues los pensamientos que atormentan allí, en silencio, y que se alzan a la quietud de la Infinitud y la Eternidad, carecen de expresión. Allí se elevan pensamientos que jamás ha pronunciado lengua alguna, y que más que comprensión humana buscan socorro de las Alturas. Hay una soledad en el dolor profundo

que solamente la Deidad puede aliviar. La mente lucha con el gran problema de la calamidad, y busca la solución que provenga de la Infinita Providencia del Cielo, y ello conduce directamente a Dios.

Hay muchas cosas en nosotros de las que no somos realmente conscientes. Despertar esa conciencia durmiente y volverla a la vida, y así elevar el alma hacia la Luz, es misión propia de todo socorro a la naturaleza humana, ya sea su vehículo la pluma, el lápiz o la lengua. Somos inconscientes de la intensidad y el horror de la vida en nuestro interior. La salud y la enfermedad, la alegría y el pesar, el éxito y el fracaso, la vida y la muerte, el amor y la pérdida, son palabras familiares en nuestros labios; y no sabemos a qué profundidades señalan dentro de nosotros. Parecemos no saber nunca lo que algo significa o vale hasta que lo hemos perdido. Muchos de nuestros órganos, nervios y fibras de nuestro marco corpóreo realizan su labor durante años y permanecemos ignorantes de su valor. Hasta que es herido no descubrimos ese valor ni descubrimos cuán esencial era para nuestra felicidad y confort. Nunca conocemos verdaderamente el significado de las palabras "propiedad", "comodidad" y "salud", la riqueza que encierran las palabras "familia", "hijo",

“amado” y “amigo” hasta que la persona nos es arrebatada; hasta que la luminosa visión del ser amado se torna en la horrible y desolada sombra donde nada existe. Entonces extendemos los brazos en vano y nos llevamos las manos a los ojos llorosos por la ausencia triste y lúgubre. Y, paradójicamente, en esa ausencia, no perdemos el objeto de nuestro amor, sino que se nos hace más vívido y real. Nuestros sentimientos no sólo brillan cuando ellos parten, sino que permanecen en la realidad; y el amor y la amistad reciben su sello eterno bajo la fría impronta de la muerte. Una tenue conciencia del misterio y grandeza infinitos yace bajo todas las cosas ordinarias de la vida. Hay algo tremendo y majestuoso en torno a nosotros, en toda nuestra efímera existencia terrenal. El tosco campesino de los Apeninos, dormido junto al pilar de una majestuosa iglesia románica, no aparenta ver u oír, sino únicamente soñar con los rebaños que alimenta o las tierras que labra en la montaña. Pero las sinfonías corales caen dulcemente sobre su oído, y los arcos dorados se perciben suavemente a través de sus párpados entornados. De igual manera el alma, por muy entregada que esté a las ocupaciones de la vida diaria, no puede perder la noción de dónde está, ni de lo que hay por encima de ella ni alrededor. Su esfera de compromiso

puede ser pequeña; el sendero de sus pasos marcado y cotidiano; los objetos que maneja, fácilmente mostrables y desgastados por el uso diario. Así puede ser, y entre tales cosas vivimos todos. Así vivimos nuestra pequeña vida; pero el Cielo está sobre nosotros, alrededor nuestro y próximo a nosotros; y la Eternidad se encuentra ante nosotros y detrás de nosotros; y los soles y estrellas son testigos silenciosos que nos observan. Estamos envueltos por el Infinito. Infinitos poderes e infinitos espacios se extienden alrededor de nosotros. El arco de temor del Misterio se extiende sobre nosotros, y ninguna voz lo penetró jamás. La Eternidad es entronada entre una miríada de cimas refulgentes en el Cielo, y ninguna palabra o voz jamás vino de esos espacios lejanos y silenciosos. Por encima está esa horrible majestad; alrededor se extiende la infinitud; y por debajo se halla esta pequeña lucha por la vida, este pobre conflicto diario, este ocupado hormiguero de Tiempo.

Pero de ese hormiguero, no sólo el murmullo de las calles, el sonido de la música y la taberna, la algarabía de la multitud, el grito de alegría y el aullido de agonía se alzan hacia la infinitud silenciosa y omnipresente, sino que también entre el frenesí y ruido de la vida visible, desde lo más íntimo del hombre, se eleva un lamento

implorante, un grito de súplica, una petición no pronunciada porque es impronunciable, de revelación, aullando en una agonía sin palabras una oración que rompa el arco del misterio y que haga hablar a las estrellas que viajan más allá de los vaivenes de los problemas de los mortales; y que haga que la majestad entronada de esas temibles alturas encuentre una voz, que los cielos misteriosos y reservados se vuelvan próximos para decirnos lo que sólo ellos conocen; para darnos información acerca de los amados y perdidos; para darnos a conocer lo que nosotros mismos somos y a dónde vamos. El hombre está rodeado de una cúpula de maravillas incomprensibles. En él y alrededor de él está lo que debería llenar su vida de majestuosidad y beatitud. Algo de sublime y de santidad ha descendido del Cielo al corazón de todo aquel que vive. No hay ser tan perverso y abandonado que no cuente con un rasgo de la sacralidad derramada sobre él; quizá algo totalmente en discordancia con su reputación, pero que él esconde de todo lo que le rodea; algún santuario en su alma donde nadie puede entrar, algún rincón donde se halla el recuerdo de la niñez, o la imagen de un padre venerado, el recuerdo de un amor puro, o el eco de alguna palabra amable alguna vez dirigida a él. Un eco que nunca se

desvanecerá por completo.

La vida no consiste en una existencia negativa, superficial o mundana. Nuestros pasos son cada vez más acechados por pensamientos de mucho más allá de nuestro entorno, que algunos han considerado reminiscencias de un estado preexistente. Así sucede con todos nosotros en el sendero batido y desgastado de este peregrinaje terrenal. Hay aquí más que el mundo en el que vivimos. Hay aquí una presencia invisible e infinita; un sentido de algo más grande de lo que poseemos; una búsqueda a través de los vacíos páramos de la vida en pos de un Bien más allá de ellos; un grito del corazón que clama por interpretación; un recuerdo, el de los difuntos, que toca constantemente una fibra sensible de este gran tejido de misterio. No sólo tenemos mejores intenciones, sino que somos capaces de llevar a cabo mejores acciones de las que creemos. La presión de alguna gran emergencia desarrolla en nosotros poderes más allá de lo que conciben nuestros espíritus; y así actúa el Cielo con nosotros en ocasiones, para superarnos y alcanzar cotas mejores. Difícilmente habría en el mundo una familia tan egoísta que, en el caso de que tuviera que ser escogido uno de ellos para entregar su vida, no resulte absolutamente imposible para sus miembros, padres o hijos,

elegir tal víctima. Al contrario, todos dirían: "No soy capaz de escoger a ninguno de vosotros; pero yo moriré". Y cuántos, si esa extrema situación aconteciese, no darían un paso adelante, liberándose de las viles ataduras del egoísmo cotidiano, y exclamarían, como el padre e hijo romanos, "¡Dejad que la desgracia caiga sobre mí!". Hay en nosotros cosas más grandes y más nobles de las que el mundo contempla, y de las que nos damos cuenta. Y forma parte de nuestra cultura masónica encontrar estos rasgos de poder y sublime devoción para revivir esas impresiones casi desvanecidas de generosidad y sacrificio, legado casi infructuoso del amor y cariño de Dios a nuestras almas, y para inducirnos a abandonarnos a su guía y consejo.

En todas las condiciones humanas se impone una ley imparcial. Todas las situaciones, todas las suertes, mejores o peores, son en última instancia definidas por la mente que las vive. En efecto, no son lo que son en sí mismas, sino lo que son al sentir de sus poseedores. El Rey puede ser perverso, degradado, miserable, esclavo de la ambición, del temor, de la voluptuosidad y de todas las bajas pasiones. El Súbdito puede ser el verdadero monarca, el señor moral de su destino, un ser elevado y libre, superando a un Príncipe en felicidad y a un Rey en honor. El hombre no es

una burbuja sobre el mar de la fortuna, desvalido e irresponsable sobre la marea de los acontecimientos. De las mismas circunstancias, hombres diferentes extraen resultados totalmente distintos. La misma dificultad, penuria, pobreza o desgracia que hunden a un hombre, elevan y hacen fuerte a otro. Es un glorioso atributo del hombre poder torcer las circunstancias en que se encuentra para servir a los propósitos morales e intelectuales de su naturaleza, y es el poder y señorío sobre su voluntad lo que principalmente le distingue del bruto.

La facultad de la voluntad moral, desarrollada en la niñez, es un nuevo elemento de su naturaleza. Es un nuevo poder que aparece en escena, y un poder para gobernar, delegado del Cielo. Nunca estuvo un ser humano tan hundido como para no tener, por don de Dios, el poder de levantarse. Pues si Dios le ordena levantarse, es cierto que puede hacerlo. Todo hombre tiene el poder, y debería usarlo, para hacer de todas las situaciones, pruebas y tentaciones instrumentos para mejorar su virtud y felicidad; y no es una criatura a merced de las circunstancias, sino que él puede crearlas y controlarlas para ponerlas al servicio del bien o del mal. La vida es lo que hacemos de ella, y el mundo es lo que hacemos de él. Los ojos del hombre alegre y del melancólico

pertenecen a la misma creación, pero son muy diferentes los aspectos que le reportan. Para uno, todo es belleza y alegría; las olas del océano se elevan en luz y las montañas están cubiertas de día. La vida, para él, reluce, regocija a cada flor y a cada árbol que se agita con la brisa. Para él hay más en cada sitio de lo que el ojo ve; hay una presencia de profunda alegría en la colina y en el valle, así como agua brillante y bailarina. El otro contempla la misma escena de forma perezosa y melancólica, y ve todo de un aspecto enfermizo, monótono y deslucido. El murmullo del riachuelo le resulta discordante, el gran rugido del mar posee un énfasis irritado y amenazador y la solemne música de los pinos entona el réquiem de su felicidad perdida; la luz de la alegría brilla a duras penas en sus ojos, y le ofende. El gran tren de las estaciones pasa ante él como la procesión de un funeral; y él suspira, y le da impacientemente la espalda. El ojo ve lo que él teme e ignora la realidad; el oído compone sus propias melodías y discordancias; el mundo de fuera refleja el mundo de dentro. El masón nunca debe olvidar que la vida y el mundo son lo que hacemos de ellos por nuestro carácter social; por nuestra adaptación, o necesidad de adaptarnos a las condiciones sociales, relaciones e intereses del mundo. Para el egoísta, el frío, el insensible,

para el engreído y presuntuoso, para aquel que exige más de lo que merece, para el envidioso, el que siempre teme no recibir suficiente, para aquellos que son desproporcionadamente sensibles acerca de la opinión ajena, para todos los infractores de las leyes sociales, los maleducados, los violentos, los deshonestos y los concupiscentes – para todos estos la condición social, por su misma naturaleza, supone molestias, decepciones y sufrimientos a cada uno según su carácter. Los afectos benevolentes no revolotearán en torno al egoísmo; aquel que tiene el corazón frío no debe esperar sino frialdad; el orgulloso, altivez; el apasionado, ira; y el violento, rudeza. Aquellos que olvidan los derechos de los otros no deben sorprenderse cuando los suyos son olvidados; y aquellos que se entregan a los bajos brazos de la lujuria no deben asombrase si los demás no se preocupan por encontrar su honor perdido y elevarlo al recuerdo y respeto del mundo.

Muchos serán gentiles con el gentil; muchos serán amables con el amable. Un buen hombre encontrará que hay bondad en el mundo; un hombre honesto encontrará que hay honestidad en el mundo, y un hombre de principios encontrará principios e integridad en las mentes de otros. No hay bendiciones que la mente no pueda convertir

en el más amargo de los males; y no hay trances que no puedan ser transformados en las bendiciones más nobles y divinas. No hay tentaciones que no puedan hacer que la virtud asediada resulte fortalecida en lugar de caer ante ellas, vencida y sojuzgada. Es cierto que las tentaciones tienen un gran poder, y que la virtud a menudo cede; pero el poder de estas tentaciones no radica en ellas mismas, sino en la debilidad de nuestra propia virtud y en la flaqueza de nuestros corazones. Confiamos demasiado en la solidez de nuestras murallas y bastiones, y permitimos al enemigo acercarse a placer. El ofrecimiento de ganancia deshonesta y placer pecaminoso torna al hombre honesto más honesto, y al puro más puro. Las tentaciones elevan la virtud a la cima de su indignación. El hombre honesto y recto no espera hasta que la tentación se ha acercado y montado sus baterías en primera línea.

Pero para el impuro, el deshonesto, el hipócrita, el corrupto, el concupiscente, las ocasiones se presentan todos los días y en cada situación, y en cada avenida del pensamiento y la imaginación. Está dispuesto a capitular antes de que la primera aproximación comience y saca la bandera blanca en cuanto el enemigo avista sus muros. Él mismo provoca las situaciones; o, si la oportunidad no llega, le nacen malos pensamientos y deja abiertas

las puertas de su corazón, dando la bienvenida a esos malos visitantes y entreteniéndolos con lasciva hospitalidad.

Los negocios del mundo absorben, corrompen y degradan la mente de unos, mientras en la de otros alimentan y nutren la más noble independencia, integridad y generosidad. El placer es un veneno para unos, y un saludable descanso para otros. Para unos, el mundo es una gran armonía, como un noble tañir de música con infinitas modulaciones; para otros es una gran fábrica, cuya maquinaria derrama una insoportable cacofonía que atrona hasta la locura. La vida es sustancialmente lo mismo para aquellos que participan de ella. Unos se alzan a la virtud y a la gloria mientras que otros, bajo la misma disciplina y disfrutando de los mismos privilegios, se hunden en la vergüenza y la perdición. El esfuerzo ferviente, minucioso y honesto por mejorar es siempre exitoso, y proporciona la mayor felicidad. Lamentarse sobre la desgracia humana es algo propio únicamente de la mente infantil; y la miseria de la mente es principalmente fruto de su propia culpa, escogida, bajo la buena Providencia de Dios, como castigo corrector de su falta. A la larga, la mente será feliz únicamente en proporción a su fidelidad y sabiduría. Cuando se siente miserable, ella ha sembrado los espinos en su propio sendero; los

agarra y grita un fuerte lamento, y ese lamento no es sino la más audible confesión de que ella misma plantó esos espinos. Una cierta clase y grado de espiritualidad entra en la mayor parte de la vida, incluso en la más cotidiana. No puedes llevar a cabo ningún negocio sin alguna fe en el hombre. Ni siquiera puedes excavar en el suelo sin confiar en un resultado aún no visto. No puedes pensar o razonar o incluso dar un paso sin confiar en los principios espirituales internos de tu naturaleza. Todos los sentimientos y lazos, esperanzas e intereses de la vida se centran en sus aspectos espirituales; y sabes que si el lazo central se rompiese el mundo se precipitaría en el caos.

Cree que hay un Dios; que Él es nuestro padre; que Él tiene un interés paternal en nuestro bienestar y mejora; que Él nos ha dado poderes por los que podemos escapar del pecado y la ruina; cree que Él nos ha destinado una vida futura de interminable progreso hacia la perfección y un conocimiento del Él mismo. Cree esto, como debería creer todo masón, y podrás vivir calmadamente, resistir pacientemente, trabajar de forma resoluta, negarte a ti mismo con alegría, esperar permanentemente, y ser conquistador en la lucha general de la vida. Quita uno de estos principios ¿y qué queda para nosotros? Afirma

que no existe Dios, o ninguna vía abierta para la esperanza, la reforma y el triunfo, ningún cielo por venir, ningún descanso para el agotado, ningún hogar en el seno de Dios para el alma afligida o desconsolada; o que Dios no es sino una deforme y ciega *Suerte* que da puñaladas por la espalda; o un *algo* que, cuando se intenta definir, es *nada*, sin emociones, sin pasiones, la *Suprema Apatía* para la cual todas las cosas, el bien y el mal, son igualmente indiferentes; o un Dios celoso que vengativamente se cobra los pecados de los padres en los hijos; o una arbitraria y suprema Voluntad que ha hecho que esté bien ser virtuoso y esté mal mentir y robar, porque le apetecía hacerlo así en lugar de otra manera, pero manteniendo el poder de cambiar esa ley; o una Deidad vacilante, tornadiza e inconstante, o bien como la Deidad hebrea: cruel, sedienta de sangre y salvaje. Y nosotros no somos más que fruto aleatorio y víctimas de la desesperación; vagabundos de mala estrella sobre una Tierra desolada, abandonada o maldita; rodeados de oscuridad, luchando contra obstáculos, esforzándonos para al final conseguir resultados vanos y propósitos vacíos, distraídos por dudas y descarriados por falsos destellos de luz; caminantes sin camino, sin futuro, sin hogar; marineros malditos y abandonados en un mar

oscuro y tormentoso, sin carta ni brújula, y a los que ninguna estrella se aparece, errando sin timón sobre las olas enloquecidas y furiosas, sin ningún puerto bendito en la distancia cuyo faro nos invite a su bienvenido descanso. La religión así enseñada por la Masonería es indispensable para alcanzar los grandes fines de la vida, y ha sido diseñada por lo tanto para ser una parte de ella. Estamos hechos para esta fe; y debe haber algo, en alguna parte, en lo que creamos. No podemos crecer sanos, ni vivir felices, sin ello. Y por lo tanto es *verdad*. Si pudiésemos arrancar de cualquier alma todos los principios enseñados por la Masonería, la fe en Dios, en la inmortalidad, en la virtud, en la rectitud esencial, ese alma se precipitaría en el pecado, en la miseria, la oscuridad y la ruina. Si arrancásemos todo sentido de estas verdades, el hombre se hundiría en la condición de animal.

Ningún hombre puede sufrir y ser paciente, luchar y conquistar, mejorar y ser feliz, de forma distinta a los cerdos, sin conciencia, sin esperanza, sin confianza en un Dios benéfico, justo y sabio. Debemos, necesariamente, abrazar las grandes verdades enseñadas por la Masonería y vivir según ellas para vivir felizmente. "*En Dios pongo mi confianza*" es la protesta de la Masonería contra la creencia en un Dios cruel,

irascible y vengativo, que deba ser temido en vez de reverenciado por sus criaturas.

La Sociedad, en sus grandes relaciones, es tan creación del Cielo como lo es el sistema del Universo. Si ese nexo de gravitación que mantiene a todo el mundo y los sistemas unidos fuese repentinamente eliminado, el universo se precipitaría en un caos salvaje y sin límites. Y si cortásemos todos los lazos morales que mantienen unida a la sociedad, si los despojásemos de toda convicción de Verdad e Integridad de una Autoridad Superior y de la conciencia en su interior, la sociedad se tornaría en desorden, terrible anarquía y ruina. Por lo tanto, la religión que enseñamos es realmente un principio de cosas tan ciertas y verdaderas como la gravitación.

La Fe en los principios morales, en la virtud y en Dios es tan necesaria para la guía de un hombre como el instinto para la guía de un animal. Y por ello esta fe, como principio de la naturaleza humana, tiene una misión tan verdaderamente auténtica en la Providencia de Dios como el principio del instinto. Asimismo los placeres del espíritu dependen de ciertos principios. Deben reconocer un alma, sus propiedades y responsabilidades, una conciencia y el sentido de una autoridad por encima de nosotros; y estos son los principios de la fe. Ningún ser humano puede

sufrir y ser paciente, luchar y conquistar, mejorar y ser feliz, sin conciencia, sin esperanza, sin confiar en un Dios justo, sabio y bueno. Debemos abrazar necesariamente las grandes verdades enseñadas por la Masonería, y vivir según ellas, para vivir felizmente. Todo en el Universo tiene leyes y principios ciertos y fijos para su acción; la estrella en su órbita, el animal en su actividad, el hombre en sus funciones. Y él tiene igualmente ciertas leyes y principios como ser espiritual. Su alma no muere por necesidad de alimento. Para el alma racional hay amplia provisión. Desde el pino alto, agitado por la tempestad oscurecedora, se escucha el lamento del joven cuervo; y sería ciertamente de lo más extraño que no hubiera respuesta al llanto y llamada del alma torturada por la necesidad, el pesar y la agonía. El total rechazo a toda moral y creencia religiosa arrancaría de la naturaleza humana un principio tan esencial para ella como la gravitación para las estrellas, el instinto para la vida animal o la circulación sanguínea para el cuerpo humano.

Dios ha ordenado que la vida transcurra en un entorno social. Somos miembros de una comunidad civil, y la vida de esa comunidad depende de su condición moral. El espíritu público, la honradez, templanza, amabilidad y la pureza doméstica harán de ella una comunidad

feliz que gozará de prosperidad y continuidad. El egoísmo, la deshonestidad, los excesos, el libertinaje, la corrupción y el crimen la volverán desgraciada, y le acarrearán la perdición y una ruina rápida. Todo un pueblo vive una sola vida; un poderoso corazón lo impulsa hacia adelante, hay un animoso latido en su pecho. Una corriente de vida brota ahí, con diez mil canales y ramales intercomunicados a través de todos los hogares del amor humano. Un sonido que se asemeja a muchos riachuelos, a alegría arrebatadora o a un suspiro de pesar surge de los hogares congregados de toda la nación.

Lo Público no es una vaga abstracción, y no debería pesar poco en la conciencia aquello que se perpetra contra lo Público, el interés del pueblo, la ley o la virtud. Lo Público es una amplia extensión de la vida individual; un océano de lágrimas, una atmósfera de suspiros, o un gran todo de alegría y felicidad. Sufre con el sufrimiento de millones y se regocija con la felicidad de millones. ¡Qué gran crimen comete aquel – ya sea ciudadano privado o funcionario, agente o intermediario, legislador o magistrado, secretario o presidente- que osa, con indignidad y malicia, atacar la raíz del bienestar público, favorecer la corrupción, las arbitrariedades, y la

vergonzosa venta de franquicias electorales o de cargos, que osa sembrar la discordia y debilitar los lazos de amistad que mantienen a una nación unida! ¡Qué gran inquina la de aquel cuyos vicios, semejantes a las dagas de un parricida, intentan atravesar el poderoso corazón que otorga la vida al pueblo! ¡Cuánto debe importarnos la Virtud de aquellos que amamos, pues en ningún otro lugar, salvo en su Virtud, se alberga el maravilloso tesoro! Nada debemos defender más en un hermano o amigo que su honor, su fidelidad y su buen nombre. ¡Qué venerable es la rectitud de un padre! ¡Cuán sagrada es su reputación! ¡Ninguna mancha que pueda caer sobre un hijo iguala al deshonor del padre! Ya sea pagano o cristiano, todo padre desea lo mejor para sus hijos, y derrama sobre él todo el amor paternal, deseando que éste se comporte con honestidad, que sea digno de sus cuidados y de sus pesares voluntariamente soportados; que él camine por el sendero del honor y la felicidad. Pero en ese sendero no se puede dar un paso sin la Virtud. Así es la vida en sus interrelaciones. Un millar de lazos la abrazan, como los finos nervios de una delicada organización; como las cuerdas de un instrumento capaz de interpretar dulces melodías pero frágil y que se desafina con suma facilidad por la rudeza, la ira o el egoísmo. Si la vida

pudiese, por cualquier proceso, volverse insensible al dolor y al placer; si el corazón humano fuese duro como el diamante, entonces la avaricia, la ambición y la sensualidad podrían marcar sus senderos en él y hacer de ellos sus cauces habituales; y nadie se extrañaría o protestaría. Si pudiésemos ser pacientes bajo las cargas de una vida meramente terrenal; si pudiésemos soportar esas cargas como lo hacen las bestias; entonces, como bestias, ceñiríamos todos nuestros pensamientos a lo mundano, y ninguna llamada de los grandes Cielos que se hallan sobre nosotros nos desviaría de nuestro curso cansino y terrenal. Pero no somos brutos insensibles que puedan renunciar a la llamada de la razón y de la conciencia. El alma es susceptible de remordimiento. Cuando las grandes desgracias de la vida nos afligen lloramos, sufrimos y padecemos. Y el dolor y la agonía precisan una compañía muy distinta de lo mundano y la falta de creencias. No deseamos llevar esas cargas en el corazón, el temor, la ansiedad, la decepción y el tormento sin ningún fin ni utilidad. No deseamos sufrir, padecer enfermedades y que nuestros días estén vacíos de confort y alegría, ensombrecidos por la calamidad y la desgracia, sin obtener ventaja o compensación; regalar los más queridos tesoros, desperdiciar los sufrimientos; vender la

sangre vital de un cuerpo que envejece y entregar a la nada nuestras lágrimas de amargura y quejidos de angustia. La naturaleza humana, frágil, sensible y abatida no puede soportar sufrir a cambio de nada.

En todas partes, la vida humana es un gran y solemne privilegio. El hombre, sufriendo, disfrutando, amando, odiando, esperando, temiendo, encadenado a la tierra y aún así explorando los más recónditos confines del Universo, tiene la capacidad de estar en comunión con Dios y Sus ángeles. En torno a este gran acto de existencia se alzan las cortinas del tiempo; pero hay aperturas a través de ellas que nos permiten atisbar la eternidad. Y Dios observa a través de ellas este escenario de pruebas humanas. Los sabios y los bondadosos de todos los tiempos han perseverado y dado testimonio a través de sus enseñanzas y su sangre. Todo lo que existe alrededor nuestro, cada momento de la naturaleza, cada aviso de la Providencia, cada presencia de Dios, tiene un único objetivo: probar la fidelidad del hombre. Y si incluso los fantasmas de aquellos que han viajado al Oriente Eterno pudiesen venir a medianoche a través de las puertas de nuestros hogares, y los muertos amortajados volasen por el pasillo de las iglesias y se sentasen en nuestros Templos Masónicos, sus

enseñanzas no serían más elocuentes e impresionantes que las aterradoras realidades de la vida, que los recuerdos de los años malgastados, que el fantasma de las oportunidades perdidas que, señalando a nuestra conciencia y eternidad, llora continuamente en nuestros oídos. *¡Trabaja mientras el día dura! Pues la noche de la muerte se acerca, en la que ningún hombre puede trabajar.*

No hay muestras de pesar público por las desgracias del alma. Los hombres lloran cuando el cuerpo muere; y cuando es llevado a su último descanso, lo siguen en triste y pesarosa procesión. Pero no hay lamentación por el alma que muere, y no hay exequias para el alma perdida. Y aun así la mente y el alma del hombre tienen un valor que nada más tiene, y merecen un cuidado que nada más merece. Y para el individuo solitario, deberían poseer un interés que nada más posee. Los tesoros almacenados por el corazón, las minas inagotables que hay en el alma y que esperan ser explotadas, los amplios e ilimitados dominios del pensamiento, los navíos repletos de esperanzas humanas y de los mejores sentimientos brillan más que el oro y son más queridos que un tesoro. Y sin embargo la mente es en realidad poco conocida o considerada. Es todo lo que el hombre permanentemente es, su ser interior, su

energía divina, su pensamiento inmortal, su capacidad sin límites, su aspiración infinita; y sin embargo, pocos la valoran por lo que realmente vale. Pocos ven un *hermano de mente* en otro, a través de las humillaciones con que la pobreza le ha revestido, bajo las aplastantes cargas de la vida, entre la acuciante presión de los problemas terrenales, necesidades y aflicciones. Pocos lo reconocen y festejan en ese desecho humilde, y sienten que la nobleza de la Tierra y la incipiente gloria del Cielo se hallan en él presente.

Los hombres no son conscientes de la valía de sus propias almas. Están orgullosos de sus habilidades mentales, pero no perciben el poder interno, intrínseco e infinito de sus propias mentes. El pobre hombre que es admitido en un palacio, siendo sublime e inmortal como es, se siente vulgar entre los esplendores que le rodean. Observa la opulencia pasar a su lado, y olvida la dignidad intrínseca y eterna de su propia mente, presa de una envidia mísera y degradante, y se siente como una criatura aún más humilde porque hay otros por encima de él, no mentalmente, sino en lo material. Los hombres se respetan a sí mismos según sean más opulentos, más notorios en rango u oficio, más elevados en la opinión del mundo, más capaces de comandar votos o más favorecidos por el Pueblo o el Poder. La

diferencia entre los hombres no radica tanto en su naturaleza y poder como en su facultad de comunicación. Algunos tienen la capacidad de plasmar en palabras sus pensamientos. Todos los hombres, más o menos, *sienten* esos pensamientos. La gloria del genio y el éxtasis de la virtud, cuando se revelan correctamente, están difundidos y son compartidos entre incontables mentes. Cuando la elocuencia y la poesía hablan; cuando estas gloriosas artes, escultura, pintura y música, adquieren forma audible o visible; cuando el patriotismo, la caridad y la virtud hablan con potencia estremecedora, los corazones de miles de seres humanos se inflaman de íntima alegría y éxtasis. De no ser así, no existiría la elocuencia, pues la elocuencia es aquello ante lo que los otros corazones responden; es la facultad y poder de hacer que los otros corazones respondan, a través de cada fibra, a la llamada del honor, del patriotismo, de la generosidad y de la virtud. El pobre esclavo africano morirá por su amo, o en defensa de los niños, a los que ama. La pobre mujer perdida, humillada, abandonada y proscrita alimentará, sin esperar recompensa, a aquellos que yacen moribundos a su lado, víctimas de una pestilencia horrible y contagiosa. El carterista subirá por muros incendiados para rescatar de las llamas voraces a un niño o a una

mujer desconocidos para él. ¡He aquí la capacidad más gloriosa! Un poder de estar en comunión con Dios y Sus ángeles; un reflejo de la Luz No Creada; un espejo que puede recoger y concentrar sobre sí mismo los esplendores morales del Universo. Sólo el alma da algún valor a las cosas de este mundo, y es tan sólo elevando el alma a su justo nivel sobre todas las otras cosas como podemos observar correctamente los propósitos de esta Tierra. Ningún cetro ni trono, ni estructura que haya perdurado durante siglos, ni vasto imperio pueden compararse con la maravilla y grandeza de un sencillo pensamiento. Sólo eso, de todas las cosas que han sido creadas, refleja la verdadera naturaleza del Hacedor de todo. Sólo esa es la clave que abre todos los tesoros de Universo; el Poder que reina sobre el Espacio, el Tiempo y la Eternidad. El Pensamiento, sometido a Dios, es el Soberano Dispensador de todas las bendiciones y glorias presentes en el ámbito de la posesión y la posibilidad. La Virtud, el Cielo y la Inmortalidad no existen, ni existirán nunca para nosotros salvo por el hecho de que existen y existirán en la percepción, sentimiento y pensamiento de la gloriosa mente.

Hermano mío, en la esperanza de que hayas escuchado y comprendido la instrucción y Lectura

de este grado, y de que sientas la dignidad de tu propia naturaleza y de las amplias capacidades de tu propia alma para el bien y el mal, procedo a comunicarte brevemente la restante instrucción del mismo grado.

La palabra hebrea, en la antigua grafía hebrea y samaritana, suspendida en el Este, sobre las cinco columnas, es Adonai, uno de los nombres de Dios, habitualmente traducido como *Señor*, y que para los hebreos, al leer, siempre sustituye al Verdadero Nombre, que para ellos es inefable.

Las cinco columnas de los cinco diferentes órdenes arquitectónicos representan para nosotros las cinco divisiones principales del Rito Escocés Antiguo y Aceptado:

1. El *Toscano*, de los tres grados azules, o la Masonería primitiva.
2. El *Dórico*, de los grados *inefables*, del cuarto al decimocuarto inclusive.
3. El *Jónico*, del decimoquinto y decimosexto grados, o grados del Segundo Templo.
4. El *Corintio*, del decimoséptimo y decimoctavo grados, o grados de la Nueva Ley.
5. El *Compuesto*, de los grados filosóficos o caballerescos, del decimonoveno

hasta el trigésimo segundo inclusive.

La Estrella Polar, siempre fija e inmutable para nosotros, representa el punto en el centro del círculo, o la Deidad en el centro del Universo. Es el símbolo específico del deber y la fe. A ella y a las siete estrellas que giran alrededor suyo se le han atribuido significados místicos que aprenderéis en lo sucesivo, si se os permite avanzar, cuando os familiaricéis con las doctrinas filosóficas de los hebreos.

La Estrella de la Mañana, levantándose por el Este, Júpiter, denominada por los hebreos Tsadik, Justo, es un emblema del amanecer de perfección y luz masónica que siempre se acercan. Las tres grandes luces de la logia son para nosotros símbolos del Poder, Sabiduría y Beneficencia de la Deidad. También son símbolos de los tres primeros Sephirot, o Emanaciones de la Deidad, según la Cábala. Kether, la omnipotente voluntad divina; Chokhmah, el poder intelectual divino de generar pensamiento, y Binah, la capacidad intelectual divina para procesarlo –siendo los dos últimos, usualmente traducidos como Sabiduría y Entendimiento, lo activo y lo pasivo, lo positivo y lo negativo, que no osaremos explicaros. Son las columnas Jakin y Boaz, que se hallan a la entrada del Templo Masónico.

En otro aspecto de este grado, el Jefe de los Arquitectos, (Rab Banaim), simboliza la cabeza ejecutiva constitucional y jefe de un gobierno democrático, y este grado nos enseña que ningún gobierno libre puede perdurar cuando el pueblo cesa de seleccionar como magistrados a los mejores y más sabios de sus estadistas; cuando, ignorando a estos, permite que facciones o sórdidos intereses otorguen el poder a los de menor talla, a los bajos, innobles y oscuros, y que a tales manos se confíen los destinos de la nación. Al fin y al cabo, hay un "derecho divino" para gobernar, derecho con el que únicamente son investidos los más capaces, sabios y mejores de cada nación. "Mía es la Ley y la verdadera sabiduría. Yo soy el Entendimiento, Yo soy el Poder. Por Mí los reyes reinan, y los príncipes decretan justicia; por mí gobiernan los soberanos, y los nobles, y todos los potentados de la Tierra."

Baste con esto por ahora, hermano mío. Te damos la bienvenida entre nosotros, a este pacífico remanso de virtudes, a participar de nuestros privilegios y a compartir nuestras alegrías y nuestros pesares.

XIII

Real Arco de Salomón

No vamos a entrar a debatir si la leyenda e historia de este grado son históricamente ciertas, o no son más que una alegoría que contiene en ella una verdad profunda y un profundo significado. Si no son más que un mito legendario, debes encontrar por ti mismo lo que significa. Es cierto que la palabra que los hebreos no pueden pronunciar actualmente era de uso común por Abraham, Lot, Isaac, Jacob, Laban, Rebeca, e incluso entre tribus forasteras para los hebreos, antes del tiempo de Moisés, así como que se repite cientos de veces en las efusiones líricas de David y de otros poetas hebreos.

Sabemos que, durante muchos siglos, a los hebreos les ha sido prohibido pronunciar el Nombre Sagrado, y que cuando quiera que ello ocurre, han leído, desde tiempo inmemorial, la palabra Adonai en su lugar; y que bajo esa palabra, cuando comenzaron a emplearse los puntos masoréticos, que representan las vocales, los hebreos colocaron los puntos que correspondían a dicha palabra. Se consideraba que la posesión de la verdadera pronunciación confería a aquel que la tenía poderes

extraordinarios y sobrenaturales; y la Palabra misma, llevada sobre la persona, se contemplaba como un amuleto, una protección contra los peligros, la enfermedad y los espíritus malignos. Sabemos que todo esto era una mera superstición propia de un pueblo rudo, que necesariamente desaparecería cuando el intelecto del hombre fuese ilustrado; y es una superstición totalmente impropia en un Masón.

Es digno de mención que esta noción de la santidad del Nombre Divino o Palabra Creadora fuese común a todas las naciones antiguas. Los antiguos persas (que se encontraban entre los primeros migradores al Norte de la India) consideraban que la Palabra Sagrada HOM estaba impregnada de un misterioso poder, y enseñaban que por su pronunciación fue creado el Mundo. En la India estaba prohibido pronunciar la palabra AUM u OM, el Sagrado Nombre de la Deidad Una, manifestada como Brahma, Visnú y Shiva. Estas nociones supersticiosas referentes a la eficacia de la Palabra, y la prohibición de pronunciarla, podrían no haber formado parte de la religión primitiva pura, o de la doctrina esotérica enseñada por Moisés, ni del conocimiento completo confinado a los iniciados; salvo que el conjunto no fuese sino una ingeniosa invención con el fin de ocultar otro Nombre o

verdad cuya interpretación y significado fuesen conocidos solo por una selecta minoría. De ser así, los conceptos habituales concernientes a la Palabra germinaron en las mentes del pueblo como otros errores y fábulas entre todos los de las naciones antiguas a partir de verdades, símbolos y alegorías originales pero malinterpretadas. De esta forma siempre ha sucedido que las alegorías, entendidas como vehículos de la verdad, y que debían ser comprendidas por los sabios, se han tornado en nidos de errores al ser tomadas literalmente.

Antes de la invención de los puntos masoréticos (lo que sucedió tras el comienzo de la Era Cristiana), la pronunciación de una palabra en hebreo no podía deducirse de los caracteres por los que era escrita. Por ello, era *posible* que el nombre de la Deidad hubiese sido olvidado y perdido. Es cierto que su verdadera pronunciación no es la representada por la palabra Jehovah, y por lo tanto *ese* no es el verdadero nombre de la Deidad, ni la Palabra Inefable.

Los antiguos símbolos y alegorías siempre tenían más de una interpretación. Siempre tenían un doble significado, y a veces más que doble, sirviendo uno para envolver al otro. De esta manera la pronunciación de la palabra era un

símbolo; y esa pronunciación y la palabra misma habían sido perdidas cuando el conocimiento de la verdadera naturaleza y atributos de Dios se desvanecieron de las mentes del pueblo judío. Esta es una interpretación. Verdadera, pero no la más esencial ni la más profunda.

Se dice de forma figurada que los hombres olvidaron el *nombre* de Dios cuando perdieron ese *conocimiento* y adoraron a las deidades paganas, y quemaron incienso en su honor en los santos lugares y pasaron a sus hijos por el fuego de Moloch. De esta forma los intentos de los antiguos israelitas y de los Iniciados por dilucidar el Verdadero Nombre de la Deidad y su pronunciación, así como la pérdida de la Palabra Verdadera, son una alegoría en la que se representan la general ignorancia de los verdaderos atributos de Dios, la propensión de los pueblos de Judá e Israel a adorar a otros dioses, y la baja, errónea y deshonrosa noción del Gran Arquitecto del Universo que todos compartían, excepto unas pocas personas privilegiadas; pues incluso Salomón construyó altares y elevó sacrificios a Astarté, diosa de los sidonitas, y a Moloch, dios de los amonitas, y construyó altares a Kamush, dios de los moabitas, y a Melek, el dios de los hijos de Amón. La verdadera naturaleza de Dios les resultaba

desconocida, al igual que Su nombre; y adoraron los becerros de Jeroboam, como hicieron en el desierto con el becerro hecho por Aarón. La masa de los hebreos no creyó en la existencia de un Dios único hasta un período tardío de su historia. Las primeras ideas populares acerca de la Deidad eran singularmente pobres y exentas de valor. Incluso mientras Moisés recibía la Ley en el Monte Sinaí, el pueblo forzó a Aarón a hacerle una imagen del dios egipcio Apis, y se postraron ante él y le adoraron. Siempre estuvieron dispuestos a volver al culto de los dioses de Mizraim, y pronto tras la muerte de Josué se volvieron devotos adoradores de los falsos dioses de las naciones colindantes. "Pero antes llevabais" – les dijo Amós, el Profeta, al hablarles de la travesía de cuarenta años en el desierto- "el tabernáculo de Moloch y Quiún, ídolos vuestros, la estrella de vuestros dioses que os hicisteis". Entre ellos, como entre las otras naciones, las ideas sobre Dios formadas por los individuos variaban según sus capacidades intelectuales y espirituales; pobre e imperfecto, adjudicando a Dios los atributos más comunes y bastos de la humanidad, entre el ignorante y el bruto; puro y espiritual, entre los virtuosos y ricamente dotados. Estas concepciones fueron mejorando gradualmente, y se tornaron

purificadas y ennoblecidas conforme la nación avanzó en civilización – siendo la menos importante en los libros de historia, fue ensalzada en los escritos proféticos y alcanzó sus más altas cotas entre los poetas. Entre todas las naciones antiguas había una fe y una idea de Deidad para el ilustrado, inteligente y educado, y otra para el vulgo. Los hebreos no eran una excepción a esta regla. Jehová, para la masa del pueblo, era como los dioses de las naciones circundantes, salvo por el hecho de que era el Dios *peculiar*, primero de la familia de Abraham, de la de Isaac y de la de Jacob, y posteriormente el Dios *Nacional*; y, tal y como creían, más poderoso que los otros dioses de similar naturaleza adorados por sus vecinos. "¿Quién entre los dioses fenicios, caldeos, babilonios, sidonios y filisteos se te compara y te ensombrece?" – esto expresaba todo su credo.

La Deidad de los primeros hebreos habló a Adán y Eva en el Jardín de las Delicias, una vez Él se hubo adentrado en el frescor del día; conversó con Caín; se sentó y comió con Abraham en su tienda; ese patriarca pidió un signo visible antes de creer en su promesa; él permitió a Abraham reprenderle e inducirle a cambiar su primera determinación con respecto a Sodoma; luchó con Jacob; mostró a Moisés su persona, aunque no su rostro; dictó las más minuciosas

regulaciones y las dimensiones del tabernáculo y su mobiliario a los israelitas. Insistió en sacrificios y ofrendas en el fuego y se deleitó en ellos; era iracundo, celoso y vengativo, así como vacilante e irresoluto; permitió a Moisés que le llevara a cambiar su decisión con el único motivo de destruir totalmente a su pueblo; ordenó la realización de los actos de crueldad y barbarie más perversos y horrorosos. Él endureció el corazón del Faraón; se arrepintió del mal que dijo que iba a infligir al pueblo de Nínive; y no lo hizo, para disgusto y rabia de Jonás.

Tales eran las nociones populares de la Deidad, y o los sacerdotes no tenían ninguna mejor, o no se tomaron el trabajo de corregir estas ideas; o el intelecto popular no estaba todavía lo suficientemente preparado para albergar ninguna concepción más elevada del Todopoderoso. Pero esas no eran las ideas de la minoría ilustrada e iluminada entre los hebreos. Es cierto que *ellos* poseían un conocimiento de la verdadera naturaleza y atributos de Dios, como la misma clase de hombres lo tuvo entre las otras naciones: Zaratustra, Menu, Confucio, Sócrates y Platón. Pero sus doctrinas al respecto eran esotéricas, y no eran comunicadas al grueso del pueblo, sino únicamente a una minoría favorecida, y a la manera en que eran comunicadas en Egipto y la

India, en Persia y en Fenicia, en Grecia y en Samotracia, a través de los grandes misterios, y a los iniciados. La comunicación de este conocimiento y otros secretos, algunos de los cuales posiblemente se hayan perdido, constituyeron, bajo otros nombres, lo que hoy en día llamamos Masonería, Masonería libre o Francmasonería. Ese conocimiento era, en un sentido, La *Palabra Perdida*, que se hacía saber a los Grandes Elegidos, Perfectos y Sublimes Masones. Sería insensato pretender que las formas de Masonería de esas épocas fuesen iguales que hoy en día. El actual nombre de la Orden, así como sus títulos, y los nombres de los grados actualmente en uso, resultaban entonces desconocidos. Ni siquiera la Masonería Azul puede trazar su auténtica historia, con sus actuales grados, más allá de 1700, y quizá ni eso. Pero sea cual sea el nombre por el que fuese conocida en este país o en otros, la Masonería existía como existe ahora, idéntica en espíritu y en el corazón, no ya cuando Salomón construyó el Templo, sino siglos antes, antes de que las primeras colonias emigrasen al Sur de la India, Persia y Egipto desde la cuna de la raza humana. El Creador y Preservador Supremo, Necesario, Eterno, Omnisciente, Omnipotente, Infinitamente Bueno, Piadoso y Benéfico era el mismo,

independientemente del nombre que se le dé, para los intelectuales e ilustrados de todas las naciones. El nombre no era nada, salvo un hieroglifo representativo de su naturaleza y atributos. El nombre AL representaba su lejanía sobre los hombres, su *inaccesibilidad*; BAL y BALA, su *poder*; ALOHIM, sus distintas *potencias*; IHUH, su *existencia* y la *generación* de las cosas. Ninguno de sus nombres, entre los pueblos Orientales, era símbolo de un amor y ternura infinitos, ni de una piedad omnipresente. Como Moloch o Malik no era sino un monarca omnipotente, una voluntad tremenda e irresponsable; como Adonai resultaba únicamente un Señor o Maestro arbitrario; como Al Shadai era potente y destructor.

Comunicar las ideas correctas y verdaderas respecto a la Deidad era un objetivo primordial de los Misterios. En los Misterios, Hiram Rey de Tiro e Hiram el Maestro obtuvieron su conocimiento de Él y de sus atributos, y también en los Misterios ese conocimiento fue enseñado a Moisés y Pitágoras.

Nada os impide considerar toda la leyenda de este grado, al igual que la leyenda del grado de Maestro, como una alegoría que representa la perpetuación del conocimiento del Dios Verdadero en los santuarios de la iniciación. Por

la bóveda subterránea podéis entender los lugares de iniciación, que en las antiguas ceremonias estaban generalmente bajo tierra. El Templo de Salomón presentaba una imagen simbólica del Universo; y se parecía, en su mobiliario y disposición, a todos los templos de las antiguas naciones que practicaron los Misterios. El sistema de los números estaba íntimamente ligado a sus religiones y cultos, y ha perdurado hasta nosotros en la Masonería, aunque el significado esotérico que impregna los números utilizados es desconocido para la vasta mayoría. Aquellos números especialmente empleados contenían una referencia a la Deidad, representaban sus atributos, o figuraban en el plano maestro del Mundo, en el tiempo y el espacio, y formaban más o menos las bases de su Geometría. Eran observados universalmente como sagrados, siendo expresión de orden e inteligencia, la plenitud de la Divinidad misma. El *Sancta Sanctorum* del Templo formaba un cubo; en el cual, trazado sobre una superficie plana, hay 4+3+2=9 líneas visibles, y tres lados o caras. Por el número *cuatro* los antiguos representaban la Naturaleza, pues es el número de sustancias o formas corpóreas, el de los elementos, el de los puntos cardinales y el de las estaciones, y el de los colores *secundarios*. El número tres

representa en todas partes al Ser Supremo. De aquí el nombre de la Deidad grabado sobre el plato triangular, y el sumergido en el *cubo* de ágata, que enseñó a los masones antiguos, y nos enseña a nosotros, que el verdadero conocimiento de Dios, de Su naturaleza y Sus atributos, es escrito por Él sobre las hojas del gran Libro de la Naturaleza Universal, y puede ser leído ahí por todos los que están dotados de la inteligencia necesaria. Este conocimiento de Dios, de tal manera escrito, y del cual la Masonería ha sido intérprete en todas las épocas, es la Palabra del Maestro Masón.

Dentro del Templo, todos los elementos estaban mística y simbólicamente conectados con el sistema mismo. La bóveda o techo, estrellado como el firmamento, era soportado por doce columnas que representaban los doce meses del año. El borde alrededor de las columnas representaba el Zodiaco, de forma que los doce signos celestiales se adjudicaban a las doce columnas. El Mar de Bronce era soportado por doce bueyes, tres mirando a cada punto cardinal. Y así actualmente toda logia masónica representa el Universo y se extiende, tal y como se nos dice, de Levante a Poniente, de Norte a Sur, de la superficie de la Tierra a los Cielos y de los Cielos al centro del nuestro globo. En ella se

representan el Sol, la Luna y las estrellas; tres grandes luces en el Este, Oeste y Sur, formando un triángulo, la iluminan; y, como el delta o triángulo suspendido en el Oriente y que incluye el nombre inefable, indica, por la igualdad matemática de los ángulos y los lados, las hermosas proporciones armónicas que gobiernan el Universo en conjunto y en sus detalles; al tiempo que esos lados y ángulos representan, por su número, el tres, la Trinidad de Poder, Sabiduría y Armonía que presidía la construcción de este maravilloso trabajo. Esas tres grandes luces representan el gran misterio de los tres principios: de la creación, de la destrucción, y de la reproducción o de la regeneración, consagrados por todos los credos en sus numerosas trinidades. El pedestal luminoso, iluminado por la llama perpetua del interior, es un símbolo de la luz de la Razón, dada por Dios al hombre y por la que queda capacitado para leer en el Libro de la Naturaleza el registro del pensamiento, la revelación de los atributos de la Deidad.

Los tres maestros Adoniram, Joabert y Stolkin son ejemplos del Verdadero Masón, que busca el Conocimiento por razones puras, para mejorar y así ser capaz de beneficiar más a su prójimo, mientras que los insatisfechos y presuntuosos

maestros que estaban enterrados en las ruinas de los arcos representan a aquellos que porfían por adquirir el Conocimiento por razones deshonestas, para obtener poder sobre sus semejantes, para satisfacer su orgullo, su vanidad y su ambición.

El león que guardaba el Arca y tenía en su boca la llave con que abrirla, representa figuradamente a Salomón, el León de la Tribu de Judá, que preservó y transmitió la clave del verdadero conocimiento de Dios, de Sus leyes, y de los profundos misterios del Universo físico y moral.

ENOCH (Khanoc), tal y como se nos narra, caminó con Dios trescientos años tras alcanzar la edad de sesenta y cinco: “caminó con Dios, y ya no era, pues Dios le había tomado”. Su nombre significa en hebreo INICIADO o INICIADOR. La leyenda de las columnas, de granito y latón o bronce, erigidas por él, es probablemente simbólica. La de bronce, que sobrevivió a la inundación, simboliza supuestamente los misterios, de los que la masonería es legítima sucesora; pues desde los primeros tiempos ha sido custodia y depositaria de las grandes verdades filosóficas y religiosas, desconocidas para el grueso de la humanidad, y transmitida de generación en generación por una tradición ininterrumpida, materializada en símbolos,

emblemas y alegorías.

La leyenda de este grado es, por lo tanto, parcialmente interpretada. De poco importa si resulta histórica en cualquier aspecto, pues su valor estriba en la enseñanza que inculca y en los deberes que prescribe para aquellos que reciben el grado. Las parábolas y alegorías de las Escrituras no son menos valiosas que la historia. De hecho, son más preciosas, pues si bien la historia antigua es poco instructiva, hay verdades ocultas y simbólicas en la leyenda y el mito.

Hay significados más profundos ocultos en los símbolos de este grado, relacionados con el sistema filosófico de los Cabalistas hebreos, y que aprenderéis posteriormente, si tenéis la fortuna de avanzar, pues son desvelados en los grados más altos. El león (אריה ,ארי, *Arai*, *Araiah*, que también significa el altar) todavía conserva en sus fauces la clave del enigma de la Esfinge. Pero hay una perspectiva de este grado que sí os corresponde conocer, y que, recordando al Maestro Hiram, es el símbolo de la libertad humana, que habríais descubierto por vosotros mismos. No es suficiente para un pueblo *ganar* su libertad. Debe *asegurarla*. No puede confiarse, ni dejarse a merced de ningún hombre. La piedra angular del Arco Real del gran Templo de la Libertad es una ley fundamental, carta o

constitución, expresión de los hábitos constantes de pensamiento del pueblo materializados en un instrumento escrito, o bien puede ser el resultado de un lento decantado y la consolidación de siglos. Tanto en la paz como en la guerra, no puede ser cambiada con ligereza, ni violada impunemente, pues es sagrada, como el Arca de la Alianza con Dios, que nadie podía tocar y seguir viviendo. Una constitución estable, enraizada en los afectos, que exprese la voluntad y criterio, y construida sobre los instintos y hábitos de pensamiento del pueblo, con un poder judicial independiente, un legislativo electivo con dos cámaras, un ejecutivo responsable ante el pueblo, y el derecho a ser juzgado por un jurado, garantizarán las libertades de un pueblo, si es virtuoso y temperado, ajeno al lujo, sin el ansia de conquista y dominio y sin entregarse a la locura de teorías visionarias de una perfección imposible.

La Masonería enseña a sus iniciados que los afanes y ocupaciones de esta vida, su labor, cuidado, su ingenuidad y desconocimiento, así como las situaciones naturales a que Dios nos entrega, tienen como fin llevar a cabo Su gran plan para el Mundo, que no se encuentra reñido con los grandes propósitos de la vida. Enseña que

todo es hermoso en su tiempo y lugar, y en su debido empleo; que todo aquello que le es encomendado hacer al hombre, si se hace debidamente y con buena fe, ayuda de forma natural a su salvación; y que aquel que observa los verdaderos principios de su llamada, será un buen hombre. Y que es únicamente por la negativa a llevar a cabo la tarea encomendada para él por las Alturas, por entregarse a la disipación y a la holganza, o por transgredir el espíritu benefactor y elevado del Cielo, por lo que se convierte en un hombre malo. Las tareas encomendadas al ser humano por la vida son las grandes pruebas de la Providencia; y si el hombre se entrega a cumplirlas, no necesitará iglesias ni credos, salvo como expresión de su sentir religioso y gratitud a Dios. Pues hay una religión del trabajo. No se trata únicamente de trabajar duro, extender los miembros y forzar los tendones para las tareas, sino que tiene un significado y un fin. Un corazón palpitante inyecta sangre de vida en el brazo que se esfuerza; y los cálidos afectos inspiran y se mezclan con las labores humanas. Se trata de los afectos del hogar y la familia. El trabajo es capaz de roturar un campo, de llevar a cabo su labor en la ciudad o de impulsar las quillas del comercio sobre los vastos océanos, pero su corazón está en el hogar, y a él debe su salario, medio de

subsistencia y confort para otros, ofrenda sagrada para el entendimiento de todo hombre verdaderamente fiel, tan sagrada como un sacrificio ante un sepulcro dorado. Hay muchos pesares mezclados con los afanes de la vida, y muchos juramentos y palabras rudas se musitan; pero aún así el esfuerzo continúa, duro y agotador como siempre es. Pues en el hogar hay avanzada edad, o enfermedad, o infancia desvalida, o dulce niñez, o una débil mujer que no deben pasar necesidad. Si el hombre no tuviese más que impulsos egoístas, el universo de trabajo que percibimos a nuestro alrededor no existiría.

El abogado que presenta honestamente su caso, con sentimiento de verdadero respeto a sí mismo, a su honor y conciencia, para ayudar al tribunal a llegar a la conclusión acertada, con la convicción de que la justicia de Dios reina allí, está viviendo un acto religioso y llevando ese día una existencia religiosa; pues de ser de otro modo el Derecho y la Justicia no serían parte de la religión. Es indiferente si a lo largo de ese día él ha apelado, de pensamiento o de palabra, a su consciencia; o si ha hablado o no de religión y de Dios. Si ha habido el propósito interno, el deseo e intención consciente, de que la sagrada justicia triunfe, entonces él ha llevado ese día una vida buena y religiosa, y ha realizado la contribución más

esencial a esa religión de la vida y de la sociedad, en la causa de la equidad entre hombre y hombre, y en la causa de las acciones verdaderas y honestas en el mundo.

Los libros, para ser religiosos en el sentido masónico, no necesitan ser libros de sermones, o de ejercicios espirituales, o de oraciones. Cualquier texto que inculca sentimientos puros, nobles y patrióticos, o alcanza el corazón con la belleza de la virtud y la excelencia de una vida honrada, está en armonía con la religión de la Masonería, y es el Evangelio de la literatura y el arte. Ese Evangelio es proclamado desde un libro o una pintura, desde un poema o un relato, desde una revista o un periódico; y es un penoso error y de una miserable estrechez de espíritu no reconocer estas extendidas manifestaciones de la providencia de los Cielos, no ver y bienvenir estos elementos coadjutores a la Gran Causa de la Bondad. Los oráculos de Dios no se expresan únicamente desde el púlpito.

Hay también una religión de sociedad. En los negocios, hay mucho más que venta, intercambio, precio y pago; pues existe la sagrada fe del hombre en el hombre. Cuando depositamos toda nuestra confianza en la integridad de otro; cuando sentimos que el otro no se desviará del curso recto, franco y honesto, bajo ninguna tentación, su

integridad y meticulosidad se convierten en la imagen de Dios para nosotros; y cuando creemos en ello, es un acto tan grande y de tanta generosidad como cuando creemos en la rectitud de la Deidad.

En las reuniones alegres que se llevan a cabo para divertirse, los buenos afectos de la vida se derraman y se mezclan. De no ser así, estos lugares de reunión serían tan tediosos y repulsivos como las cuevas y guaridas de forajidos y ladrones. Cuando los amigos se encuentran, y las manos se estrechan cálidamente, y los ojos se encienden y las formalidades se transforman en alegría, hay religión entre sus corazones; y cada uno ama y adora la Verdad y el Bien que hay en el otro. No es la política, ni el interés propio, ni el egoísmo lo que arroja tal encanto en torno al encuentro, sino el halo del afecto vívido y hermoso. El mismo esplendor de cortés simpatía y miradas afectuosas brilla como el cielo que cubre el mundo y todos los lugares donde los hombres se encuentran, y caminan juntos y aúnan esfuerzos. No sólo sobre los altares de matrimonio, y no sólo sobre los hogares de amor puro y ternura; sino sobre todos los lugares donde los hombres se encuentran, y caminan o trabajan juntos, sobre los campos cultivados, y los talleres atestados, y los

polvorientos caminos, y las calles pavimentadas. No hay una baldosa desgastada en las aceras que no haya sido altar de tales ofrendas de amabilidad mutua; ni viga de madera o raíl de acero sobre el que no se hayan apoyado corazones latiendo con afecto. ¡Cuántos elementos más, expresión de afectos honestos, sentidos y desinteresados hay en la corriente que fluye por estos cauces!

Toda logia masónica es un templo de religión, y sus enseñanzas son formación en religión. Pues en ellas se inculca la generosidad, el afecto, la tolerancia, la devoción, el patriotismo, la verdad, una generosa simpatía con aquellos que sufren y padecen, clemencia ante los caídos, piedad ante el que yerra, alivio para los necesitados, Fe, Esperanza y Caridad. Aquí nos encontramos como hermanos, para aprender y para amarnos unos a otros. Aquí nos saludamos alegremente, somos comprensivos con las faltas de los demás, cuidamos de los sentimientos de nuestros hermanos y estamos dispuestos a aliviar las necesidades del otro. Esta es la verdadera religión revelada a los antiguos patriarcas, la que la Masonería ha enseñado durante siglos y que seguirá enseñando mientras duren los tiempos. Si pasiones indignas, o sentimientos egoístas, amargos o vengativos, desprecio, desagrado u odio entran aquí, son intrusos y no son

bienvenidos, son extraños que no han sido convidados, visitantes no invitados.

Sin duda hay muchos males y malas pasiones, así como mucho odio, desdén y desprecio por todas partes en el mundo. No podemos renunciar a ver el mal que hay en la vida. Pero no todo es mal. Todavía vemos a Dios en el mundo. Hay bien entre el mal. La mano de la piedad lleva riqueza a las chozas de la pobreza y el dolor. La Verdad y la Sencillez viven entre la malicia y el subterfugio. Hay buenos corazones bajo alegres ropas, y también bajo harapientos andrajos.

El amor toma la mano del amor, entre todas las envidias y distracciones de la competición y de la apariencia; fidelidad, piedad y simpatía velan toda la noche junto a la cama del vecino que sufre, entre la pobreza que nos rodea y la miseria escuálida. Hombres devotos van de ciudad en ciudad para socorrer a aquellos abatidos por la terrible pestilencia que renueva por intervalos su misteriosa presencia. Mujeres de buena cuna y delicadamente educadas cuidaban a los soldados heridos en los hospitales antes de que fuese una moda bien vista hacerlo; e incluso pobres mujeres perdidas, a las que sólo Dios ama y compadece, ofrecen a los castigados por las plagas su paciente y generoso heroísmo. La Masonería y sus órdenes dependientes enseñan a los hombres a

amarse los unos a los otros, a alimentar al hambriento, vestir al desnudo, confortar al enfermo y enterrar al difunto sin amigos. Por todas partes Dios encuentra y bendice la labor amable, el pensamiento piadoso y el corazón amoroso. Hay un elemento de bondad en todas las empresas legítimas de los hombres, y un espíritu divino respirando en todos los afectos honestos. El terreno en que se desenvuelven es terreno sagrado. Hay una religión natural de la vida que responde, aunque sea de forma rasgada en muchas ocasiones, a la religión de la Naturaleza. Hay belleza y gloria en la Humanidad, en el Hombre, contestando, aunque sea con muchas sombras, a la delicia de los paisajes suaves, las colinas onduladas y la gloria errante de los cielos estrellados.

Los hombres pueden ser virtuosos, pueden mejorarse a sí mismos y ser religiosos en sus empleos. Precisamente por eso se hicieron esos empleos. Todas las relaciones sociales, la amistad, el amor, los lazos familiares, se hicieron para ser santificados. El ser humano puede ser religioso sin necesidad de negar el resto de sus vocaciones, y puede hacerlo de conformidad con su verdadero espíritu. Esas vocaciones no excluyen la religión, sino que la demandan para la propia perfección. Los hombres pueden ser

trabajadores religiosos, ya sea en el campo o en la fábrica, médicos religiosos, abogados, escultores, poetas, pintores y músicos religiosos. Puede haber religión en todos los afanes y todas las alegrías de la vida. La vida puede ser una religión; la Tierra es su altar; su incienso es cada bocanada de aire; su fuego es inflamado por la brillantez del Cielo. Ceñidos a nuestra pobre y frágil vida, el Pensamiento Poderoso ignora el angosto margen de nuestra existencia visible. Pero el alma siempre se esfuerza por alcanzar más allá de lo que ve, y exige libertad. Mira más allá de la estrecha y sesgada ventana de los sentidos y se dirige hacia la inmensa creación, pues sabe que más allá de ella se extienden los senderos infinitos y eternos. Todo dentro y fuera de nosotros lleva nuestra mente a la admiración y a la maravilla. Somos misterios envueltos en misterio. La conexión de la mente con la materia es un misterio, así como la maravillosa comunicación telegráfica entre el cerebro y cada parte del cuerpo o el poder y acción de la voluntad. Cada paso cotidiano es más que una historia en un país de encantamiento. La capacidad de movimiento es tan misteriosa como el poder de la mente. La memoria, y los sueños, que son ecos vagos de recuerdos muertos, son igualmente inexplicables. La armonía universal

brota de la infinita complicación. El momento de cada paso que damos en nuestro errar contribuye en parte al orden del universo. Estamos conectados por lazos de pensamiento, e incluso por la materia y sus fuerzas, con la totalidad del Universo sin límites, así como con todas las generaciones de hombres pasadas y por venir.

El más humilde objeto bajo nuestros ojos desafía nuestro escrutinio tan completamente como la economía de la estrella más distante. Cada hoja y cada pétalo contienen dentro de sí mismo secretos que la penetración humana jamás podrá comprender. Ningún hombre puede decir cuál es el principio de la vida. Ningún hombre puede saber cuál es su poder de generación. Ambos son misterios inescrutables. Donde quiera que pongamos nuestra mano encontramos el seno inescrutable del misterio, donde quiera que pisemos, caminamos sobre incertidumbres. Las arenas del mar, cada puñado de tierra, los guijarros de los arroyos, las abruptas masas de roca, son trazadas una y otra vez, en todas direcciones, por una escritura más antigua y sublime que todas las ruinas antiguas, que todas las ciudades derrocadas y enterradas que las generaciones pasadas han dejado sobre la Tierra; pues es la misma escritura del Todopoderoso. La gran tarea de un masón en la vida es leer el libro

de Sus enseñanzas; descubrir que la vida no es únicamente realizar un trabajo penoso, sino la lectura de oráculos. La vieja mitología no es sino una hoja de ese libro, pues pobló el mundo de naturalezas espirituales; y la ciencia, con muchas más hojas, extiende ante nosotros la misma descripción de maravillas. Seremos tan felices como puros y honestos seamos, tan felices como nuestro temperamento nos prepare para ser, y nada más. Nuestra personalidad moral, como nuestra personalidad mental, no se forma en un momento, sino que es el hábito de nuestras mentes, el resultado de muchos sentimientos y esfuerzos unidos por fuertes lazos naturales. La gran ley de la Retribución es que toda experiencia que aparezca será afectada por todos los sentimientos presentes; un momento dedicado al vicio o no empleado en la mejora, ha sido sacrificado y perdido para siempre; se ha transformado en una hora de retraso para entrar en el sendero correcto y nos ha demorado en la eterna búsqueda de la felicidad.

La Ley de la Retribución actúa sobre todo hombre, lo crea él o no. Le persigue a través de todos los cauces de la vida, con un paso que nunca cede ni se debilita, y con un ojo que nunca duerme. De no ser así, el gobierno de Dios no sería imparcial; no habría discriminación; no

habría dominio moral, ni ninguna luz arrojada sobre los misterios de la Providencia.

Según el hombre siembre, así recogerá. Lo que quiera que hagamos, bueno o malo, triste o alegre, lo que hagamos hoy y lo que hagamos mañana; cada pensamiento, cada sentimiento, cada acción, cada suceso; cada hora que pasa, cada momento en que respiramos, todo contribuye a formar la personalidad por la que seremos juzgados. Cada partícula de influencia que colabora a formar el agregado - nuestra personalidad - será, en ese futuro escrutinio, separada de la masa; y, partícula a partícula, cada una con los años que hayan pasado, contribuirá en su medida a la suma de nuestras alegrías y pesares. Por ello cada palabra vana y cada hora ociosa tendrá que responder en el juicio. Cuidémonos, por lo tanto, de lo que sembramos. Una tentación malvada se nos ofrece; la oportunidad de una ganancia indigna, o de una licencia pecaminosa, ya sea en la esfera de los negocios o del placer, de la sociedad o de la soledad. Nosotros caemos, y plantamos una semilla de amargura y dolor. Al día siguiente amenazará con ser descubierta. Agitados y alarmados, escondemos el pecado, y lo enterramos en falsedad e hipocresía. En el lecho donde reposa escondido, en el fértil suelo de los vicios familiares, ese pecado no muere, sino que

florece y crece; y más y más gérmenes del mal se reúnen en torno a la raíz maldita, hasta que desde esa única semilla de corrupción brota en el alma todo lo horrible en forma de mentiras, bribonadas o vicio. Por lo general, damos con reticencia cada paso hacia abajo, pero una fuerza terrible nos apremia a ir hacia adelante; y el infierno de la deuda, la enfermedad, ignominia o remordimiento aúna sus sombras sobre nuestros pasos incluso en la Tierra; y no son sino el comienzo de los pesares. La mala obra puede cometerse en un instante; pero la conciencia nunca muere, la memoria nunca duerme y la culpa nunca puede convertirse en inocencia, ni del remordimiento puede nacer la paz.

¡Guárdate, tú que estás tentado por el mal! ¡Cuídate de lo que dejas para el futuro! ¡Cuídate de lo que dejas escrito en los archivos de la eternidad! ¡No hagas mal a tu prójimo! ¡No sea que tu conciencia te hiera, pues el que sufre por sus obras padece un aguijón que los años no privan de su amargura! ¡No irrumpas donde anida la inocencia para arrebatarle su tesoro, no sea que cuando pasen los años sobre ti el lamento de su aflicción no haya desaparecido de tu oído! ¡No construyas el desolado trono de la ambición en tu corazón; ni te ocupes en intrigas, maquinaciones, o confabulaciones egoístas, no sea que la

desolación y la soledad aparezcan en tu camino! ¡No vivas una vida estéril, impía o licenciosa! Pues unido a la vida está el inmutable principio de recompensa eterna, y los elementos de la creación divina nunca cesarán de actuar, sino que continuarán manifestándose a través de la eternidad. ¡No te engañes! Dios ha creado la Naturaleza para contestar en el futuro. Su ley no puede ser derogada, ni su justicia eludida; y será cierto por siempre jamás que "Según el hombre siembre, así recogerá".

XIV

Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón

(Elegido Perfecto)

Es misión de cada masón descubrir el secreto de la Masonería por medio de la reflexión acerca de sus símbolos y un sabio análisis de lo que se dice y hace durante el trabajo. La Masonería no inculca sus verdades. Las enuncia una vez, y brevemente, o las esboza a duras penas; o sitúa una nube entre esas verdades y los ojos que resultarían perturbados ante ellas. "Buscad y encontraréis", el Conocimiento y la Verdad.

El objeto práctico de la Masonería es la mejora moral y el progreso intelectual y espiritual de los individuos y la sociedad. Ninguno de esos fines puede ser alcanzado salvo por la diseminación de la Verdad. La mayor parte de las miserias humanas y desventuras de las naciones nacen de la falsedad de las doctrinas y de principios falaces. La opinión pública rara vez acierta en algún punto, y siempre habrá importantes verdades que serán sustituidas en la opinión pública por errores y prejuicios absurdos. Hay pocas verdades que la opinión pública no haya

odiado y perseguido como herejías en algún momento dado; y pocos errores que no hayan parecido en cierto momento verdades radiantes procedentes de la inmediata presencia de Dios. Hay enfermedades morales, también, del hombre y de la sociedad, cuyo tratamiento requiere no solo osadía sino además, y principalmente, prudencia y discreción, pues son más bien fruto de falsas y perniciosas doctrinas morales, políticas y religiosas, que no de inclinaciones perversas.

Gran parte del secreto masónico se manifiesta por sí mismo, sin discurso que lo revele, a aquel que, aún parcialmente, comprenda todos los grados en la proporción en que los recibe, y particularmente a aquellos que avanzan a los grados más altos del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Este Rito levanta una esquina del velo incluso en el grado de Aprendiz, pues en él declara que la Masonería es un culto.

La Masonería trabaja por mejorar el orden social iluminando las mentes de los hombres, caldeando sus corazones con el amor al bien, inspirándolos con el gran principio de la fraternidad humana, y exigiendo a sus discípulos que su lenguaje y sus obras se ajusten a ese principio, que se iluminen mutuamente, controlen sus pasiones, aborrezcan el vicio y compadezcan

al hombre vicioso como si padeciese una deplorable enfermedad.

La Masonería es la religión universal, eterna e inmutable, tal y como Dios la plantó en el corazón de la humanidad universal. Ningún credo ha perdurado si no se construía sobre este cimiento. La Masonería es la base, y los credos son la superestructura. "Esto es religión pura y sin mácula: visitar a los huérfanos y viudas para socorrerlos en su aflicción, y mantenerlos al margen de la crueldad y necesidades del mundo". "¿Acaso no es este el sacrificio que yo he escogido: aflojar las ataduras de la maldad, aligerar las pesadas cargas, permitir a los oprimidos partir en libertad y romper los yugos?". Los ministros de esta religión son todos masones que así lo entienden y que son devotos de esa causa; sus ofrendas ante Dios son las buenas obras, el sacrificio de sus pasiones más bajas y desordenadas, la expiación del interés propio en el altar de la humanidad y los esfuerzos perpetuos para alcanzar la perfección moral de la que el ser humano es capaz.

Debes honrar y obedecer a las luces guías que conducirán la nave de tu vida sobre los tormentosos mares del tiempo; debes hacer lo que es correcto, no porque te garantizará el éxito, o te supondrá una recompensa, o te granjeará el

aplauso de los hombres, o porque sea *la mejor política*, más prudente o más recomendable; sino porque es lo correcto, y por lo tanto debe ser hecho. Luchar incesantemente contra el error, la intolerancia, la ignorancia y el vicio, y al mismo tiempo compadecer a aquel que yerra, ser tolerante incluso con los intolerantes, instruir al ignorante y trabajar para redimir al depravado son algunos de los deberes de un masón. Un buen masón es aquel que puede mirar cara a cara a la muerte, y contemplar su rostro con el mismo estoicismo con el que escucha su relato; aquel que puede soportar todas las labores de su vida con el alma animando al cuerpo; aquel que puede despreciar las riquezas tanto cuando las tiene como cuando no, y no está más triste si están en la cuenta de su vecino ni más eufórico cuando se amontonan en su propia casa. El buen masón es el que no se altera tanto si la fortuna viene hacia él como si escapa, y puede contemplar las tierras de otro hombre con ecuanimidad y placer, como si fuesen suyas, y mirar a las suyas, y explotarlas como si fuesen las de otro hombre. El buen masón no gasta sus bienes de manera pródiga e irresponsable, ni los almacena de forma avariciosa como una urraca; no valora los beneficios por número y cantidad, sino por la intención y circunstancias de aquellos que se los

otorgan; nunca piensa que la caridad es cara, si el destinatario es digno de ello; no hace nada por las apariencias, sino por conciencia, cuidando minuciosamente tanto de sus pensamientos como de sus actos, ya esté en un mercado o en un teatro, y con temor de sí mismo aun cuando él sea su único testigo; es dadivoso y alegre con sus amigos, y caritativo y siempre dispuesto a perdonar con sus enemigos; ama a su país, vela por el honor de este y obedece sus leyes, y no desea ni osa hacer más de lo que es su cometido para honrar a Dios. Y tal masón puede considerar que su vida es la vida de un hombre, y contar sus meses, no por el curso del Sol, sino por el zodiaco y círculo de sus virtudes.

Todo el mundo no es sino una República, de la que cada nación es una familia y cada individuo un hijo. La Masonería, sin derogar en ningún caso los diferentes deberes que la diversidad de estados impone, tiende a crear un nuevo pueblo que, compuesto de hombres de distintas naciones y lenguas, resultará unido por los lazos de la ciencia, la moralidad y la virtud.

Esencialmente filantrópica, filosófica y progresiva, la Masonería tiene por base de su enseñanza una firme creencia en la existencia de Dios y su Providencia, así como en la inmortalidad del alma. Su fin es la diseminación

de las verdades morales, políticas, filosóficas y religiosas, así como la práctica de todas las virtudes. En todas las épocas su divisa ha sido *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, promoviendo gobiernos constitucionales, ley, orden, disciplina y subordinación al poder legítimo, y no la anarquía. Pero no es ni un partido político ni una secta religiosa. Engloba a todos los partidos y a todas las sectas para formar con los hombres una asociación vasta y fraterna. Reconoce la dignidad de la naturaleza humana, y el derecho del hombre a toda la libertad de la que sea capaz; y no encuentra ninguna razón por la que un hombre debiera ser puesto por debajo de otro hombre, excepto la ignorancia, la maldad y el crimen, así como la necesidad de subordinación a la ley y a la autoridad.

Es filantrópica, pues reconoce la gran verdad de que todos los hombres tienen el mismo origen, intereses comunes, y deberían cooperar juntos para el mismo fin. Por lo tanto enseña a sus miembros a amarse mutuamente, a prestarse asistencia recíproca en todas las circunstancias de la vida, a compartir las penas y pesares del otro, así como sus alegrías y gozos; a guardar las reputaciones, respetar las opiniones, y a ser perfectamente tolerantes con los errores de los demás en materia de fe y creencias.

Es filosófica, porque enseña las grandes Verdades que conciernen a la naturaleza y existencia de una Suprema Deidad, así como la existencia e inmortalidad del alma. Revive la Academia de Platón, y las sabias enseñanzas de Sócrates. Reitera las máximas de Pitágoras, Confucio y Zaratustra, y respalda reverencialmente las sublimes lecciones de Aquel que murió en la Cruz.

Los antiguos creían que la humanidad actuaba bajo la influencia de dos principios opuestos, el Bien y el Mal. El Bien urgía a los hombres a la Verdad, la Independencia y la Devoción. El Mal los instaba a la Falsedad, el Servilismo y el Egoísmo. La Masonería representa el Principio Bueno y batalla constantemente contra el malo. La Masonería es Hércules, Osiris, Apolo, Mitra y Ormuz en eterna y mortal justa contra los demonios de la ignorancia, brutalidad, perversidad, falsedad, esclavitud del alma, intolerancia, superstición, tiranía, maldad y la insolencia de la riqueza y el fanatismo. Cuando el despotismo y la superstición (poderes gemelos del mal y la oscuridad) reinaban por todas partes y parecían invencibles e inmortales, la Masonería inventó, para evitar la persecución, los Misterios, es decir, la alegoría, el símbolo y el emblema, y transmitió sus enseñanzas por el método secreto

de la Iniciación. Ahora, manteniendo sus antiguos símbolos, y en parte sus antiguas ceremonias, enarbola en toda nación civilizada su bandera, sobre la que se escriben sus principios en letras de Luz viva; y sonríe ante los enclenques esfuerzos de reyes y papas para aplastarla por excomunión y entredicho.

En lo concerniente a Dios, la perspectiva del hombre contendrá tanta verdad como su mente sea capaz de recibir, ya sea esa verdad alcanzada por el ejercicio de la razón o comunicada por revelación. Debe ser necesariamente tanto limitada como desnaturalizada para caber dentro de la exigua y finita inteligencia humana. Siendo finitos, no podemos formarnos una idea correcta o adecuada de lo Infinito; siendo materiales, no podemos formarnos una idea clara de lo Espiritual. Creemos y sabemos de la infinitud del Espacio y el Tiempo, así como creemos en la espiritualidad del alma; pero la idea de esa infinitud y espiritualidad se nos escapa. Ni siquiera la Omnipotencia puede infundir conceptos infinitos en mentes finitas; ni puede Dios, sin cambiar primero por completo las condiciones de nuestros seres, derramar un conocimiento completo e íntegro de Su propia naturaleza y atributos en la estrecha capacidad del alma humana. La inteligencia humana no podría

alcanzarla, ni la lengua humana expresarla. Lo visible es, necesariamente, la medida de lo invisible.

La conciencia del individuo solo se revela a sí mismo. Su conocimiento no puede pasar más allá de los límites de su propio ser. Sus concepciones de otras cosas y otros seres son solo sus concepciones, que no son esas cosas o seres en sí mismas. El principio vivo de un Universo vivo debe ser FINITO, pues todas nuestras ideas y concepciones son finitas, y aplicables únicamente a seres finitos.

La Deidad no es, por tanto, objeto de conocimiento, sino de fe; no podemos aproximarnos a Ella por el conocimiento, sino por el sentido moral. No podemos concebirla, sino sentirla. Todo intento de albergar la Infinitud por parte de lo Finito es únicamente un intento de acomodarla a la debilidad del hombre. Oculta de la comprensión humana en una oscuridad ante la que una mente escarmentada se echa atrás sobrecogida y el Pensamiento se retira en consciente debilidad, la Naturaleza Divina es un tema sobre el que el hombre no está autorizado a dogmatizar. Aquí el intelecto filosófico se vuelve dolorosamente consciente de su propia insuficiencia. Y sin embargo la mayoría de los hombres dogmatizan, clasifican y describen los

atributos de Dios, elaboran su mapa de la naturaleza divina y su catálogo de las cualidades, sentimientos, impulsos y pasiones de Dios; y entonces cuelgan y queman a sus hermanos que, tan dogmáticamente como ellos, han realizado un mapa y catálogo diferentes. El entendimiento común está exento de humildad. Su Dios es una Divinidad encarnada. La imperfección impone sus propias limitaciones sobre lo Ilimitable, y viste el Espíritu Inconcebible del Universo de formas que entran dentro del dominio de los sentidos y el intelecto y que están derivadas de esa naturaleza infinita e imperfecta que no es más que la Creación de Dios.

Todos estamos equivocados, aunque no todos lo estamos en el mismo grado. Los dogmas de cada uno de nosotros no son, al contrario de lo que pensamos, la pura verdad sobre Dios; sino únicamente nuestra particular forma de error, nuestros intentos de aproximarnos a la verdad, los rayos de luz fragmentados y reflejados que han recaído sobre nuestras mentes. Nuestras creencias no son sino luces quebradas de Dios, y Él es mucho más que eso. La Verdad Perfecta no puede alcanzarse en ningún lugar. Llamamos a este grado como *de Perfección*, y aún así lo que enseña es imperfecto e incompleto. Por ello no debemos detenernos nunca en la búsqueda de la Verdad, ni

aceptar cómodamente el error. Es nuestro deber perseverar siempre en la búsqueda, pues aunque la verdad absoluta es inalcanzable, la cantidad de error en nuestra visión del mundo puede disminuirse progresivamente de forma perpetua; y por ello la masonería es una continua lucha por encontrar la Luz.

No todos los errores son igualmente inocuos. El más lesivo es mantener concepciones sin valor acerca de la naturaleza y atributos de Dios, y esto es lo que la Masonería simboliza como ignorancia de la Verdadera Palabra. La verdadera palabra de un masón no es la verdad entera, perfecta y absoluta en lo concerniente a Dios, sino la más alta y noble concepción de Él que nuestras mentes son capaces de formar. Y esta palabra es inefable, porque un hombre no puede comunicar a otro su propia concepción de la Deidad, en tanto en cuanto la concepción de Dios de cada hombre es proporcional a lo cultivado de su mente, a su capacidad intelectual y a su excelencia moral. Dios es, tal y como lo concibe el hombre, la imagen reflejada del hombre mismo. Y puesto que la concepción de Dios de cada hombre debe variar con su cultura mental y capacidad intelectual, si cualquiera se contenta con una imagen inferior a la que su intelecto es capaz de alcanzar, entonces se contenta con lo que es falso

para él y falso de hecho. Si un hombre tiene una concepción de Dios inferior a la que puede conseguir, entonces él necesita sentir que Dios es falso. Y si nosotros, en pleno Siglo XIX después de Cristo, adoptamos las concepciones de nuestro siglo respecto a Dios, si aceptamos las ideas de Dios propias del ignorante, del estrecho de mente, y del israelita vengativo, entonces pensamos lo peor de Dios, y tendremos una perspectiva de su naturaleza más baja, más perversa y más limitada que lo que las capacidades que Él nos ha dado nos permiten.

La vista más sublime que podamos formar es la más cercana a la verdad. Si nos conformamos con una más baja, nos conformamos con una falsedad. Sentimos que es una afrenta y una indignidad para con Él concebirlo como cruel, caprichoso e injusto; concebirlo como un ser celoso, irritable y vengativo. Cuando examinamos nuestras ideas sobre Su carácter, si podemos concebir uno más noble, elevado, benefactor, glorioso y magnífico, entonces este último es para nosotros la verdadera concepción de la Deidad; pues nada puede imaginarse más excelente que Él.

La religión, empleada para obtener dinero e influencia de la gran masa humana, debe mezclarse con cierta cantidad de error para que sea posible situarla muy por debajo del nivel

alcanzable por las más altas capacidades humanas. Una religión tan pura como el más elevado y cultivado razonamiento humano pudiese discernir no sería comprendida por la porción de la humanidad menos educada. Lo que puede ser verdad para el filósofo no sería verdad, ni tendría el efecto de la verdad, para el campesino. La religión de la mayoría debe necesariamente ser más incorrecta que la de la minoría refinada y reflexiva, no tanto en su esencia y en las formas, no tanto en el concepto espiritual que yace latente en su fondo, como en los símbolos y dogmas que encarnan la idea. La religión más verdadera no sería, en muchos puntos, comprendida por el ignorante, ni le resultaría de consuelo, ni le serviría de guía y apoyo. Las doctrinas de la Biblia no están revestidas a menudo del lenguaje de la verdad estricta, sino que están expresadas de la manera más conveniente para transmitir a un pueblo rudo e ignorante los aspectos prácticos esenciales de la doctrina. Una fe perfectamente pura, exenta de añadidos extraños, un sistema de noble teísmo y elevada moralidad encontraría escasa preparación, en la mente y corazón comunes, para ser recibido por las masas de la Humanidad; y la Verdad no nos habría llegado de no haber sido sobre las alas del Error.

El Masón contempla a Dios como Gobernante

Moral, así como Creador Original; como un Dios a mano, y no únicamente un dios lejano en la distancia e infinito espacio, o en el pasado remoto o en la eternidad futura. Le considera como observador totalmente interesado en los asuntos del mundo, y como influencia en los corazones y acciones del hombre. Para él, Dios es la gran Fuente de Vida y Materia del Mundo; y el hombre, con su maravilloso marco corpóreo y mental, Su obra directa. Cree que Dios ha hecho a los hombres con distintas potencias intelectuales, y ha capacitado a algunos, otorgándoles mayor poder intelectual, para ver y descubrir verdades que están escondidas de la masa de hombres. Cree que cuando es Su voluntad que la Humanidad dé algún gran paso adelante, o alcance algún descubrimiento decisivo, hace nacer en algún intelecto de especial poder y magnitud alguna nueva idea, así como las más grandes concepciones de las Verdades vitales para la Humanidad.

Sostenemos que Dios ha ordenado así las cosas en este Universo hermoso y armonioso, pero misteriosamente gobernado: que una gran mente tras otra surgirá, periódicamente, conforme sean necesitadas, para revelar a los hombres las verdades que sean necesarias, y la cantidad de verdad que pueda ser discernida. Así lo dispone

Él, que la Naturaleza y el curso de los acontecimientos devuelva a los hombres al mundo dotados de mayor organización mental y moral, de la que surgirán inevitablemente grandes verdades y sublimes chispas de luz espiritual, y estas hablarán a los hombres por inspiración.

Sea lo que fuese Hiram, él es para nosotros el arquetipo, quizá imaginario, de la humanidad en su fase más alta; un ejemplar de lo que el hombre puede y debe convertirse con el paso del tiempo en su progreso hacia la realización de su destino: un individuo dotado de un glorioso intelecto, un alma noble y un ser perfectamente equilibrado en lo moral. Un objetivo trascendente, y que algún día se cumplirá, cuando Dios lo disponga. Es la posibilidad de la raza hecha real.

El masón cree que Dios ha organizado este mundo glorioso pero sorprendente con un propósito y un plan. Sostiene que cada hombre enviado a esta Tierra, y especialmente todo hombre de superior capacidad, tiene un deber que cumplir, una misión que realizar, un bautismo con el que ser bautizado; sostiene que cada hombre grande y bueno posee alguna porción de la Verdad Divina, que debe proclamar al mundo, y que debe dar fruto en su propio interior. En un sentido verdadero y simple, él cree que todo lo puro, sabio e intelectual es inspirado, y es así para la

instrucción, avance y mejora de la humanidad. Esa clase de inspiración, al igual que la Omnipresencia de Dios, no se limita a los escasos autores que afirman los judíos, cristianos o musulmanes, sino que se extiende a toda la raza. Es la consecuencia del uso fiel de nuestras facultades. Cada hombre es su sujeto, Dios es su fuente, y la Verdad es la única prueba. Difiere en grados, al igual que las capacidades humanas, la salud moral del alma y el grado de cultura de esas capacidades también difiere. No está limitada por credo, edad o nación. Es amplia como el mundo y omnipresente como Dios. No fue dada a unos pocos hombres, en el amanecer de la raza humana, para monopolizar la inspiración y proscribir a Dios del alma. No nacemos en el ocaso y declive del mundo. Las estrellas son tan hermosas como en su primer día, y los más antiguos Cielos son frescos y fuertes. Dios está todavía por todas partes en la naturaleza. Donde quiera que un corazón late con amor, donde la Fe y la Razón musitan sus oráculos, ahí esta Dios, como antaño en los corazones de los videntes y los profetas. No hay en la Tierra suelo tan sagrado como el corazón del hombre bueno, y nada está tan lleno de Dios. Esta inspiración no es dada únicamente al instruido, ni solamente al grande y sabio, sino a cada fiel hijo del Creador. Tan cierto como que el

ojo abierto bebe de la luz es que los puros de corazón ven a Dios. Y aquel que vive honestamente siente a Dios como una presencia dentro de su alma. La Conciencia es la misma voz de la Deidad.

Los cristianos, hebreos, musulmanes, brahmanes, los seguidores de Confucio y Zaratustra, pueden reunirse como hermanos en torno a los altares de la Masonería y unirse en oración para adorar al único Dios que se eleva por encima de todos los falsos ídolos, y deja a cada uno de sus iniciados que busque las raíces de su fe y su esperanza en las Sagradas Escrituras de su propia religión, pues en ella encontrará recogidas aquellas verdades escritas por el dedo de Dios en el corazón del hombre y en las páginas del libro de la Naturaleza. Las doctrinas de la religión y el deber, extraídas por la meditación del estudioso, confirmadas por la lealtad del bueno y el sabio, impresas como moneda por la respuesta que encuentran en cada mente sin corromper, exigen obediencia por parte de los masones de todo credo, y bien pueden ser aceptadas por todos. El masón no pretende definir la certeza dogmáticamente, ni imagina vanamente que tal certeza es viable. Él considera que si no hubiese revelación escrita, podría no obstante apoyar las esperanzas que le animan y los

principios que le guían en las deducciones de la razón y las convicciones del instinto y de la conciencia. Puede encontrar una base sólida para su creencia religiosa en ambos. Pues la razón le demuestra la existencia y los atributos de Dios, y esos instintos espirituales que siente son la voz de Dios en su alma, que insuflan en su mente un sentido de su relación con Dios, una convicción de la beneficencia de su creador y preservador, y una esperanza en la existencia futura; y su razón, al unísono con su conciencia, señala inequívocamente hacia la Virtud como el mayor bien, y como fin y propósito de la vida del hombre. Estudia las maravillas de los cielos, el entorno y dinámica de la Tierra, la misteriosa belleza y capacidad de adaptación de la existencia animal, la constitución moral y física de la criatura humana, tan terrible y maravillosamente hecha; y está satisfecho porque Dios ES; y porque un Ser Sabio y Bueno es el autor de los cielos estrellados que se hayan sobre él, así como del mundo moral que hay en su interior; y su mente encuentra una adecuada base para sus esperanzas, su culto y sus principios de acción en el Universo que se extienden hacia lo lejos en el glorioso firmamento, en la profunda alma donde surgen los pensamientos impronunciables. Estas son verdades que

cualquier mente reflexiva aceptará sin dudar como supremas e inmejorables; y por sí solas bastan, si son obedecidas, para convertir la Tierra en un Paraíso, hallándose el hombre tan sólo un poco por debajo de los ángeles. El valor de las observancias ceremoniales, y la necesidad de la virtud activa; el énfasis en la pureza de corazón como requisito para la pureza de la vida y del gobierno de los pensamientos, como originador y precursor de la acción; la filantropía universal, que nos exige amar a todos los hombres y hacer al prójimo aquello y solo aquello que creeríamos correcto, justo y generoso que los demás nos hiciesen; el perdón de las ofensas; la necesidad del autosacrificio en la realización del deber; la humildad; la genuina sinceridad, y ser aquello que aparentamos ser; todos estos sublimes preceptos no necesitan ningún milagro, ni ninguna voz de las Alturas, para recomendar nuestra fidelidad a ellos y garantizarnos su origen divino. Reclaman obediencia en virtud de su inherente rectitud y belleza; y han sido, y son, y serán ley en cada tiempo y en cada nación de la Tierra. Dios los reveló al Hombre en el principio.

Para el masón, Dios es nuestro Padre Celestial, y ser Su hijo es suficiente satisfacción para el manso, y contemplar Su rostro es la más sublime esperanza de aquel que es puro de corazón. Dios

siempre está dispuesto a fortalecer a aquel que Le adora sinceramente, y a Él debemos nuestro más ferviente amor y nuestra sumisión más humilde y paciente. No hay culto mejor para Dios que un corazón piadoso y una vida de practicar el bien, y en su constante presencia vivimos y actuamos, y nos sometemos a su piadosa disposición cuando nos acontece la muerte, de la que creemos y esperamos que no es sino la puerta a una vida mejor. En cuanto a nuestros sentimientos hacia Dios y nuestra conducta hacia los hombres, la Masonería enseña poco en que los hombres puedan diferir y disentir. Él es nuestro Padre, y todos somos hermanos, y esto es visible para el más ignorante y mundano al igual que para el más reflexivo y formado. Esta verdad no necesita sacerdote que la enseñe ni autoridad que la refrende. Y si todo hombre se ciñese a esta enseñanza, se exiliaría a la barbarie, la crueldad, la intolerancia, la falta de caridad, la perfidia, la traición, la venganza, el egoísmo y todos los vicios y malas pasiones más allá de los confines del mundo. El verdadero masón, creyendo sinceramente que hay un Dios Supremo y que gobierna este mundo, sostiene que Él lo gobierna por leyes, las cuales, aunque sean sabias, justas y benéficas, también son sólidas, inamovibles e inexorables. Cree que sus agonías y pesares han

sido ordenados para su corrección, su fortalecimiento, su elaboración y desarrollo; pues son los resultados necesarios del funcionamiento de las leyes, que están diseñadas para la felicidad y purificación de la especie, así como para dar oportunidad a que las virtudes sean puestas en práctica, desde la más cotidianas a la más nobles y sublimes; o quizá no sea así, sino que sean las mejores para llevar a cabo los vastos, terribles, gloriosos y eternos designios del Gran Espíritu del Universo. El masón cree que los acontecimientos dispuestos en la naturaleza, que le han acarreado miseria a él, han derramado bendiciones y brillo del sol sobre otros senderos; que el incesante carro del Tiempo, que le ha aplastado o herido en su irrevocable maldición, empuja adelante el cumplimiento de otros propósitos poderosos y serenos, a los que él ha contribuido, siquiera como víctima. Contempla esta visión del Tiempo, de la Naturaleza y de Dios, y aún así soporta su carga sin murmuración o disgusto; pues es una parte de un sistema que es el mejor posible, porque es ordenado por Dios. No cree que Dios deje de observarle mientras supervisa la marcha de las grandes armonías del Universo; ni que no fue previsto, cuando el Universo fue creado, sus leyes establecidas, y la larga sucesión de acontecimientos preordenada,

que en la gran marcha de esos eventos él sufriría pesar y calamidad. Cree que su bien individual entró en la consideración de Dios, así como el gran resultado cardinal al que el curso de todas las cosas conduce. Creyendo esto ha alcanzado un alto grado de virtud, el más alto entre la excelencia pasiva que la humanidad puede alcanzar. Él encuentra su recompensa y su apoyo en la reflexión de que él es un solícito y sacrificado cooperador con el Creador del Universo; y en la noble conciencia de que es merecedor y capaz de tal consideración, a pesar de su triste destino. Entonces es verdaderamente digno de ser llamado Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón. Está satisfecho de caer prontamente en la batalla, si su cuerpo puede servir de escalón para futuras conquistas de la humanidad.

No puede ser que Dios, Quien –lo sabemos con certeza- es perfectamente bueno, nos escoja para sufrir dolor, a no ser que recibamos a través de él un antídoto para lo que es malo en nosotros, o que ese pesar sea un elemento necesario en el esquema del Universo, que en conjunto es bueno. Tanto en un caso como en otro, el masón lo recibe de forma sumisa. Él no sufriría a no ser que fuese ordenado así. Sea cual sea su credo, si él cree que Dios existe y que Él cuida de sus criaturas, no

podrá dudarlo; ni que eso no habría sido ordenado salvo que fuese mejor para él o para algunas otras personas, o para algún fin. Quejarse y lamentarse es murmurar contra la voluntad de Dios, y es aún peor que no creer.

El masón, cuya mente está formada en un molde más noble que la del ignorante e irreflexivo, y está dotado con el instinto de una vida más divina; que ama la verdad más que el resto y prefiere la paz del Cielo a la paz del Edén; a quien un Ser más elevado impone severas obligaciones; que sabe que el hombre no vive únicamente del placer o la satisfacción, sino de la presencia del poder de Dios; él debe extender tras sí mismo la esperanza de un reposo y sosiego distinto a aquel que es concebido por las últimas agonías del pensamiento; debe rechazar cualquier perspectiva del Cielo salvo aquella cuya puerta de entrada es el pesar y el dolor. Debe aprestarse al trabajo duro, y preparar su candil, para el duro trabajo que se avecina y que no debe ser realizado con negligencia. Si no le gusta vivir en los cenáculos de la tradición, deberá construir su propia casa, su propio sistema de fe y de creencias, pues para él la esperanza de consecución del bien, no la de recompensa material, debe ser su fuerza motriz. Este fin, y no nuestro propio interés, debe ser nuestra inspiración. El egoísmo es pecado. No

deberíamos esforzarnos y morir por el Cielo o por el Paraíso, sino por el Deber. Por lo general, cuando tenemos que unir nuestros esfuerzos a aquellos de millones de semejantes para contribuir a una gran causa; para arar los campos y sembrar la semilla de una cosecha que será muy distante; o para preparar el sendero que permitirá la llegada de una gran mejora futura, la cantidad con que cada uno colabora al logro del éxito final, la parte del precio que en justicia se debe asignar a cada uno como su contribución particular, nunca podrá ser reconocida con precisión. Quizá unos pocos de aquellos que trabajaron, de forma paciente y en secreto, para procurar algún cambio político o social que creían un logro considerable para la humanidad, vivieron para ver el fruto de su tesón. Pocos de entre ellos pudieron apreciar el peso que sus distintos esfuerzos tuvieron en la consecución del cambio deseado. Incluso muchos dudarán si realmente sus sacrificios han tenido sentido y, descorazonados, cesarán todo esfuerzo activo. Para no desanimarse por ello, el masón debe trabajar para elaborar y purificar sus motivos, así como cultivar sinceramente la convicción, cierta sin duda, de que en este mundo no existe tal cosa como el empeño desperdiciado; que en toda labor hay un provecho; que toda abnegación sincera, en una causa recta y generosa,

se sigue necesariamente, a pesar de todas las apariencias en contra, de un éxito apropiado y proporcionado; que ningún pan arrojado sobre las aguas resulta totalmente perdido; que ninguna semilla plantada en la tierra cesa de brotar en su debido tiempo y medida; y que en los momentos de abatimiento dudaremos, no sólo de si nuestra causa triunfará, sino de si habremos realmente contribuido a ello. Hay Uno que no solo ha contemplado cada esfuerzo que hemos hecho, sino que puede asignar el grado exacto en que cada soldado ha propiciado la gran victoria sobre el mal social. Ningún trabajo honesto es realizado totalmente en vano.

El Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón nunca merecerá tan honorable título si no posee esa fuerza, esa voluntad y energía sustentadoras; esa Fe que no se alimenta de esperanzas terrenales, ni piensa en la victoria, sino que, satisfecha de su propio fin, combate porque debe combatir, pletórica en la lucha e incluso en la derrota. Los Establos de Augias del Mundo, la suciedad y miseria acumuladas durante siglos, requieren un poderoso caudal que los limpie minuciosamente; cada gota de agua con la que contribuimos ayuda a surtir ese caudal y aumenta su fuerza en un grado apreciable por Dios, aunque no apreciable por el hombre. Y aquel cuyo celo es

profundo y sincero no se preocupará porque sus gotas particulares no se distingan entre la poderosa masa de aguas limpiadoras y fertilizadoras. El verdadero masón no se cuidará de que su nombre se inscriba en la migaja que él aporta al tesoro de Dios. Le basta saber que al trabajar con intención pura en cualquier causa justa él ha contribuido a su éxito. El grado en que él ha contribuido no posee importancia. Más aún, su única recompensa es saber que él ha contribuido, por muy oscura y despreciable que sea su aportación.

Que cada Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón cuide su fe. Es un deber. Es la luz brillante e imperecedera que brilla dentro y a través del pedestal de alabastro, sobre el que reposa el perfecto cubo de ágata, símbolo del deber, inscrito con el divino nombre de Dios. Aquel que laboriosamente siembra y recoge es un buen obrero, digno de ser contratado. Pero aquel que siembra lo que será recogido por otros, por aquellos que él no conocerá, es un obrero de una orden más noble, y es merecedor de la recompensa más excelente.

El masón no incita a otros a llevar una existencia ascética que repudie la vida como una porción de existencia insignificante y poco merecedora de nuestra atención; pues ello exige

sentimientos que son antinaturales y que, por lo tanto, de ser alcanzados, deben ser mórbidos, y si únicamente se profesan externamente, insinceros; y no nos enseña a buscar en la vida futura la compensación de los males, sino a buscar su solución en esta, pues de otro modo ofendería a la causa de la virtud y del progreso social. La vida es real y trascendente, y llena de tareas que llevar a cabo. Es el comienzo de nuestra inmortalidad. Solo aquellos que sienten un profundo interés y afecto por este mundo trabajarán resueltamente para su mejora; aquellos cuyo afecto se centra en el Cielo asentirán fácilmente a las miserias de este mundo, considerándolas irreparables, positivas y ordenadas, y se consolarán con la idea de que serán reparadas en otro mundo. Es una triste verdad que aquellos que están más entregados a la vida contemplativa y en cuyos corazones gobierna la religión, son con frecuencia los más apáticos con respecto a la mejora de los sistemas de este mundo, y en muchos casos resultan conservadores del mal y hostiles a las reformas sociales y políticas, a las que consideran una distracción de las energías humanas de la Eternidad.

El masón no declara la guerra a sus propios instintos, ni macera el cuerpo hasta dejarlo débil y desordenado, ni menosprecia lo que le parece

bello, sabe que es hermoso y siente que es inenarrablemente atractivo y fascinante. No margina la naturaleza que Dios le ha dado para luchar tras otra que Él no le ha concedido. El masón sabe que el hombre ha sido enviado al mundo no como un ser espiritual, sino compuesto, hecho de cuerpo y mente, gozando el cuerpo, como es propio y necesario en un mundo material, de un protagonismo legítimo y presente. Toda su vida está presidida por el reconocimiento de este hecho, y no lo niega con palabras osadas ni tolera el cuerpo como una debilidad inevitable. El masón cree que su espiritualidad llegará en la próxima etapa de su ser, cuando consista únicamente en una naturaleza espiritual, tras ser su cuerpo terrenal arrojado a la muerte. Pero hasta entonces Dios desea que el cuerpo sea controlado y gobernado, que no negado, despreciado o ignorado por el alma, bajo pena de pesadas consecuencias. Y aún así el masón no es indiferente al destino del alma tras su presente vida, pues el alma continúa su existencia eterna y se desarrollará completamente en otras etapas. Estos tópicos son para él del más profundo interés, y merecedores de la contemplación más sutil y noble. Y ocupan buena parte de su tiempo libre mientras se familiariza con los pesares y calamidades de esta vida, mientras sus esperanzas

son defraudadas y sus visiones de felicidad terrenales se difuminan. Cuando la vida le ha agotado en su frenesí; cuando está acosado y exhausto, y la carga de los años pesa sobre el ser humano, el balance de la atracción se inclina a favor de la otra vida, y este se aferra a sus etéreas especulaciones con una tenacidad interesada que no admitirá prohibición y no escuchará alegato en contra. Son el consolador privilegio del que expira, del agotado, del exhausto y del anciano. Para ellos la contemplación del futuro arroja luz sobre el presente, y desarrolla las más elevadas áreas de su naturaleza. El masón intenta ajustar correctamente las peticiones de Cielo y Tierra sobre su tiempo y pensamiento de forma que pueda llevar a cabo sus deberes para con este mundo al tiempo que se prepara para un mundo mejor, al tiempo que cultiva y purifica su propia personalidad mientras se haya al servicio de sus congéneres. El masón no dogmatiza, sino que trabaja sus propias convicciones, y deja a todos los demás que hagan lo mismo libremente. Y solo espera que el tiempo nos lleve a una época, con el paso de los siglos, en que todos los hombres formarán una gran familia de hermanos, y habrá una sola ley, la ley del amor, que gobernará todo el Universo de Dios.

Cree como desees, mi hermano; si el Universo

no es, para ti, sin Dios, y si el hombre no es como las bestias que perecen, sino que tiene un alma inmortal, te damos la bienvenida entre nosotros, para llevar, como nosotros llevamos, con humildad, y conscientes de nuestros defectos y deficiencias, el título de Gran Elegido, Perfecto, y Sublime Masón.

No estaba exento de significado secreto que doce fuese el número de los Apóstoles de Cristo, y setenta y dos el de sus Discípulos. Ni que Juan dirigiese sus reproches y amenazas a las Siete Iglesias, el número de los arcángeles y los planetas. En Babilonia tenían lugar las Siete Etapas de Bersipa, una pirámide de siete niveles, y en Ecbatana se hallaban siete recintos concéntricos, cada uno de un color distinto. Tebas también tenía siete puertas, y el mismo número se repite una y otra vez en el relato del Diluvio. Los *Sephirot*, o Emanaciones, diez en número, tres de una clase, y siete de la otra, repite los números místicos de Pitágoras. Siete *arschaspands* o espíritus planetarios eran invocados con Ormuz. Siete *rishis* inferiores del Indostán se salvaron con sus cabezas de familia en un arca, y únicamente siete personajes antiguos retornaron con el hombre justo británico, Hu, del Valle de las Aguas Turbulentas. Había siete *heliadas*, cuyo padre Hellas, o el Sol, una vez cruzó el mar en

una barca dorada. Siete *titanes*, hijos del más viejo Titán, Cronos o Saturno. Siete *coribantes*, y siete cabiri, hijos de Sidik. Siete espíritus celestiales primordiales de los japoneses, y siete *karfesters* que escaparon del diluvio y se constituyeron en padres de la nueva raza sobre el Monte Albordi. También siete cíclopes construyeron las murallas de Tiro. Celso, tal y como cita Orígenes, nos dice que los persas representaban por símbolos el doble movimiento de las estrellas, fijas y planetarias, y el paso del alma a través de las sucesivas esferas. Erigieron en sus cuevas sagradas, en las que se practicaban las iniciaciones mitraicas, lo que Celso denomina una alta escalera, en cuyos siete escalones había siete puertas o portales, correspondientes a los siete principales cuerpos celestiales. A través de esas puertas se adentraban los aspirantes, hasta que alcanzaban la cima del conjunto; y este pasaje simulaba una transmigración a través de las esferas.

Jacob vio en su sueño una escalera apoyada en la Tierra, cuyo extremo alcanzaba el Cielo, y los ángeles de Dios ascendían y descendían por ella, y arriba se hallaba IHUH, declarando ser Él mismo Ihuh-Alhi Abraham. La palabra traducida como *escalera* es **םלה**, *Salam*, de **םלל**, *Salal*, elevado, levantado, encumbrado, exaltado,

apilado, *Aggeravit*. םללח, *Salalah*, significa un amontonamiento de tierra o roca artificial, o una muralla; y םלע, *Salaa* o *Salo*, es una roca, o acantilado, o una gran piedra, y de aquí el nombre de la ciudad de Petra. No hay una palabra en hebreo antiguo para designar a las pirámides. Al monte simbólico Meru se ascendía por siete escalones o etapas; y todas las pirámides, túmulos y montículos en los países donde se han realizado eran imitaciones de esta montaña mística y fabulosa de propósito ritual. Estos eran los Altos Lugares tan mencionados en los textos hebreos, donde los idólatras ofrecían sus sacrificios a los dioses extranjeros. Las pirámides eran en ocasiones cuadradas y a veces redondas. La torre babilónica sagrada, הנדל, *Magdol*, dedicada al gran Padre Bal, era una colina artificial, de forma piramidal y siete escalones, construida de ladrillo, y siendo cada escalón de un color diferente que representaba las sietes esferas planetarias según el color correspondiente a cada planeta. Del mismo Monte Meru se decía que era una única montaña que finalizaba en tres cumbres, lo que era símbolo del Trimurti. La gran pagoda de Tanjore constaba de seis habitáculos rematados por un templo como séptimo, y sobre el templo tres agujas o torres. Una antigua pagoda en Deogur estaba coronada por una torre que

sostenía el huevo místico y un tridente. Herodoto nos narra que el Templo de Bal en Babilonia era una torre compuesta de siete torres que descansaban sobre una octava que ejercía de base, disminuyendo sucesivamente de tamaño desde la base a la cima; y Strabón nos dice que era una pirámide.

Faber considera que la escalera mitraica era realmente una pirámide con siete escalones, provisto cada uno de una estrecha puerta o apertura, a través de las cuales pasaba el aspirante para alcanzar la cima, para posteriormente descender a través de puertas similares en el lado opuesto de la pirámide; con ello se representaba el ascenso y descenso del Alma. Cada caverna mitraica y todos los más antiguos templos pretendían simbolizar el universo, el cual era referido habitualmente como *El Templo y Habitación de la Deidad*. Cada templo era el mundo en miniatura, e igualmente el mundo entero era un gran templo. Los templos más antiguos estaban desprovistos de tejado; y por ello los persas, celtas y escitas eran reacios a cubrir artificialmente los edificios. Cicerón dice que Jerjes incendió los templos griegos arguyendo que el mundo entero era el *Magnífico Templo y Habitación de la Suprema Deidad*. Macrobio sostiene que el Universo entero era juiciosamente

considerado por muchos el Templo de la Deidad, e igualmente se expresó Platón; y Heráclito declaró que el Universo, repleto de animales, plantas y estrellas era el único y genuino Templo de la Divinidad.

Hasta qué punto el Templo de Salomón era simbólico queda demostrado, no solo por la continua reproducción que se daba en él de números secretos y de símbolos astrológicos en su descripciones históricas, sino también, y especialmente, por los detalles del imaginario edificio reconstruido visto por Ezequiel en su visión. El Apocalipsis completa la demostración y muestra los significados cabalísticos del conjunto. Los *Symbola Architectonica* aparecen en los más antiguos edificios, y estas figuras matemáticas son instrumentos adoptados por los templarios e idénticos a aquellos que aparecen en los sellos gnósticos y abraxas, y conectan su dogma con las filosofías caldeas, siríacas y egipcias orientales. Las doctrinas pitagóricas secretas referentes a los números fueron preservadas por los monjes del Tíbet, por los Hierofantes de Egipto y Eleusis, en Jerusalén y en los capítulos circulares de los druidas; y aparecen especialmente consagrados en ese misterioso libro, el Apocalipsis de San Juan.

Todos los templos estaban rodeados de

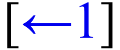
columnas que hacía referencia al número de constelaciones, los signos del zodiaco o los ciclos de los planetas; y cada uno era un microcosmos o símbolo del Universo, teniendo por techo y tejado la cúpula estrellada del Cielo. Todos los templos eran descritos como abiertos por arriba y cubiertos por la bóveda celeste. Doce pilares describían la serie del Zodiaco. Fuese cual fuese el número de pilares, siempre hacía referencia a algún elemento místico. En Abury, el templo druídico reproducía todos los ciclos por sus columnas. Alrededor de los templos de Chilminar, en Persia, de Baalbec, y de Tukhti Schlomoh en Tartaria, en la frontera de China, permanecían erguidos cuarenta pilares. A cada lado del templo de Paestum había catorce, en conmemoración del ciclo egipcio de caras de la Luna oscuras e iluminadas, tal y como lo describió Plutarco; y la suma total de treinta y ocho conmemoraban los dos ciclos astronómicos tan a menudo encontrados en los templos druídicos. El teatro construido por Scauro en Grecia estaba rodeado por 360 columnas; el templo de La Meca, y el de Iona en Escocia, por 360 piedras.

El Traductor:

Nacido en Albacete (España) en 1968, Alberto Moreno Moreno es Técnico en Empresas y Actividades Turísticas y traductor. Reside actualmente en Alfaz del Pi (Alicante), y es miembro de la R# L# S# Hiram Abiff Nº 80 de la Gran Logia de España, al Oriente de Alicante.

Este libro se terminó de componer en las
colecciones de MASONICA.ES el
22 de septiembre de 2009, día
del equinocio de otoño,
cuando la noche
es igual
al día

Notas



Los términos *de facto* y *de facto y ley* son figuras legales del derecho anglosajón. Cuando un jurado decide *de facto* se pronuncia sobre si un hecho ha sucedido o no. Cuando lo hace de *facto y ley* se pronuncia también sobre la consideración legal del hecho. Si un jurado llega a la conclusión de que, por poner un ejemplo, "un niño de cinco años ha sido abandonado durante horas", se está pronunciando *de facto*. Si además tiene potestad para dictaminar que ese hecho es constitutivo de un delito de negligencia por parte de su tutor, entonces adquiere carácter *de facto y ley*.

Índice